

BIBLIOTECA AMERICANA.

OBRAS

DEL

Dr. D. ALEJANDRO MAGARIÑOS CERVANTES.

TOMO III.

NO HAY MAL

QUE POR BIEN NO VENGA.

NOVELA ORIGINAL

DE

D. ALEJANDRO MAGARIÑOS CERVANTES.

TOMO UNICO.

BUENOS AIRES—AGOSTO DE 1858.

Imprenta de MAYO, calle de Representantes N. 128

A NUESTROS SUSCRIPTORES.

La escasez de papel ha hecho materialmente imposible publicar este tomo, que debió salir á luz en el pasado mes de Agosto durante nuestra ausencia en Montevideo, retardada como es notorio por la dolorosa pérdida de nuestro padre.

Así mismo escribimos oportunamente al Dr. Cané, rogándole diese á la imprenta, si los tenia prontos, los originales de sus novelas LAURA ò ESTHER, à fin de no perder tiempo, y *á pesar de estar anunciada primero*: NO HAY MAL QUE POR BIEN NO VENGA.

Transcurrido el plazo marcado, teniamos especial empeño en preferir una obra agena à la nuestra; pero desgraciadamente aquel amigo se hallaba tambien bajo el peso de un infortunio doméstico, y no ha podido terminar su trabajo, ni apremiantes ocupaciones le dejan inmediatamente espacio para ello, segun nos ha dicho á nuestro regreso à Buenos Aires. La imprenta sin embargo no admite espera, y el público menos.

No teniendo, pues, por el pronto ninguna otra novela original de que echar mano, y estando ya

ofrecida la presente, publicamos "NO HAY MAL QUE POR BIEN NO VENGA."

Por nuestra parte, haremos siempre lo posible por llenar el compromiso pendiente con el pùblico respecto à las obras ofrecidas pero en adelante, no anunciaremos en la portada ningun libro, y asì podremos facilmente reemplazar las obras que nos falten, con otras análogas de la numerosa lista con que contamos, previniendo con tiempo à sus autores.

Todas son dificultades al principio; el público ni las sospecha siquiera. Confiamos, no obstante, en su benevolencia.

Buenos Aires, 1.° de
Setiembre de 1858.

A. M. C.



CRITICA LITERARIA.

Hemos buscado inutilmente entre una multitud de papeles, el bello y extenso artículo publicado en Madrid por D. Eugenio de Ochoa en el periódico la *España*, á la aparicion de esta novela.

Las autorizadas palabras de este escritor, considerado en la península y fuera de ella como el primero talvez de los modernos críticos españoles, nos inclinaban á darle la preferencia sobre otros que podriamos citar, habiéndose reimpreso esta novela en el corto espacio de dos años, solo en Madrid, en las columnas de la SEMANA (periódico de literatura) en la NACION y la EPOCA (periòdicos políticos) y por último en forma de volúmen, en la BIBLIOTECA DEL SIGLO y en la de NOVELAS ORIGINALES ESPAÑOLAS èmprendida por D. Justo S. Gonzalez.

El inteligente editor Bloix, hizo en 1853 otra edicion en Paris, destinada esclusivamente à las Antillas. Los folletines de la prensa Sud Americana tambien la han reproducido, y no ha mucho la hemos visto en la NACION de Montevideo, donde antes la habia publicado la CONSTITUCION, redactada por

el Dr. Acevedo, quién se valiò probablemente de un ejemplar *único* de la segunda edicion de Madrid, que remitimos à nuestro finado padre en 1851.

Y sin embargo, fuera del ejemplar citado, no existe otro en el Rio de la Plata que el que tenemos á la vista, circunstancia que por si sola justificaria su reimpresion.

Lo que acabamos de decir respecto de "No HAY MAL QUE POR BIEN NO VENGA" es aplicable à varias otras obras nuestras, como esplicaremos à su debido tiempo, ya que no ha faltado quien pretenda que en los volùmenes anunciados, el *titulo* era lo que realmente existia *impreso*.

El epigrama es inmerecido y tonto, y por eso lo devolvemos à sus autores para que lo apliquen mejor, ó se lo apliquen à si propios, que seria lo mas razonable. En los treinta tomos nuestros que hemos anunciado, rigorosamente hablando, no llegan à cuatro los *ineditos*, como puede facilmente desengañarse el que no nos crea, acudiendo à esta su casa el dia que guste.

El que esas obras no hayan llegado al Rio de la Plata, solo prueba que habiéndose agotado la primera edicion en Europa, no ha habido sobrante, que es por regla general lo qne aqui se envia, y el autor no ha tenìdo por conveniente hacer ò permitir que se hagan otras ediciones.

Volviendo al juicio critico del Sr. Ochoa, diremos que si no nos es dado publicarlo íntegro, podemos en cambio ofrecer à nuestros lectores su parte mas notable, que se encuentra en un discurso preliminar de D. Ventura de la Vega, precedido de algunos pàrrafos de otro distinguido escritor español. Dice así el ilustre literato argentino:

"*No hay mal que por bien no venga*, ùltima novela del señor Magariños Cervantes, segun se espresa el señor Rua Figueroa en el artículo citado, es una ingeniosa paràfrasis en diez y siete capítulos del adagio vulgar que le sirve de título. El autor ha querido demostrar en ella cómo esa misteriosa reunion de aparentes casualidades que el vulgo cree obra del acaso, ese cúmulo de desgracias que suelen afligir à las personas mas justas, son muchas veces el medio oculto de que se vale la Providencia para hacernos mas buenos y felices."

"El ilustrado redactor de la *Nacion* epiloga de esta manera el juicio que ha formado de las tres novelas que va examinando:

"El señor Magariños Cervantes pertenece al corto número de esos jòvenes de talento que han conseguido distinguirse como novelistas, y que revelan en lo poco que han hecho, lo mucho que podrían hacer si encontrasen estímulo, ó lo que viene à ser lo mismo, honra y provecho en esta clase de trabajos.

Sus novelas americanas, que podemos considerar como españolas, puesto que estamos unidos con aquellos pueblos por los triples lazos de la sangre, de las costumbres y el idioma, se recomiendan, no solo por el intéres de su argumento, por la verdad de los caracteres, por el estilo fàcil, vigoroso y lozano, por la novedad de los tipos y resortes que el autor pone en juego, por la belleza de las descripciones y episodios locales, sino tambien por la idea altamente moral que desenvuelve en todas ellas. Posée el dificil secreto de cautivar la atencion del lector desde las primeras páginas, y de conservarla suspensa hasta el fin, aumentando el interés de capìtulo en capítulo; y esto, si no disculpa, atenúa mucho sus defectos, hijos de la sociedad en que ha vivido, de la precipitacion con que escribe, y mas que todo, de su poderosa imaginacion, exhuberante, desordenada y descarriada á veces; imaginacion verdaderamente americana, encendida en el sol de las Pampas, y en la pòlvora siempre humeante de los cañones de Rosas, como ha dicho con mucha oportunidad el señor Cánovas del Castillo al ocuparse de algunas de sus producciones."

"Finalmente, el señor don Eugenio de Ochoa, justamente reputado por uno de nuestros mas eruditos y mejores críticos, formula su opinion acerca de *No*

hay mal que por bien no venga, en términos tan lisonjeros como estos:

"Un jóven americano de mucho talento, el señor Magariños Cervantes, de quien ya hemos tenido ocasion de hablar con elogio en nuestras revistas dramàticas, ha publicado recientemente una novela de costumbres de su pais muy digna de que llamemos sobre ella la atencion del público. Titùlase *No hay mal que por bien no venga*, y ha salido á luz en el periòdico de literatura la *Semana*."

"El Sr. Ochoa narra el argumento y añade luego:

"Tal es el fondo de esta accion sencilla, al par que interesante, moral y patética: tal es el marco, digàmoslo asi, en que el señor Magariños Cervantes encaja hábilmente una pintura fiel y animada de las costumbres de su pais natal, el antiguo vireinato de Buenos-Ayres. El autor sabe dar tal caràcter de verdad á sus descripciones de los sitios; estàn estas tan impregnadas de lo que hoy se llama el colorido local, que cree uno hallarse, ya en los ranchos de los pampas, ya en medio de aquellas selvas vìrgenes, y participar en cierto modo de la aventurosa y estraña vida de los gauchos, tèrmino de transicion entre el salvage y el hombre civilizado. A estas pintorescas descripciones de paises y de costumbres, que para nosotros los españoles tienen todo el atractivo de la novedad, se agrega en la novela que nos

ocupa, el mérito de un lenguaje correcto, salpicado de locuciones y modismos americanos, oportunamente colocados en la boca de los interlocutores, dando asi al diàlogo una originalidad y una animacion de escelente efecto. En las escenas tiernas el autor despliega suma riqueza de sentimiento y un estilo muy levantado, pero sin afectada hinchazon. Se ve que ha hecho un estudio concienzudo de la lengua, asi como en la hàbil trabazon de la fábula se conoce que no es estraño al arte del novelista. En efecto, ya antes se habia ensayado en él muy felizmente con otras dos novelas, tambien de costumbres, titulada una la *Estrella del Sud,* y otra *Caramurú,* mas largas que la que hoy examinamos, y de un argumento mas complicado, pero no por eso mas interesantes. El señor Magariños Cervantes tiene todas las dotes de un buen novelista: si persevera en la senda en que con tanto acierto ha dado los primeros pasos, no dudamos que llegarà á ocupar un puesto muy distinguido entre los escritores mas acreditados de su patria y de la nuestra. Su segundo apellido le impone en cierta manera la obligacion de conseguirlo, una vez que lo ha intentado."

"Estos juicios, añade D. Ventura de la Vega, emitidos por personas *tan competentes como las que los firman,* al paso que nos ahorran entrar en ul-

teriores investigaciones, nos sirven de regla para apreciar este nuevo trabajo, etc. (1)

Como complemento del citado artìculo del Sr. Ochoa, transcribiremos algunos pàrrafos de otro del mismo autor, inserto en la ESPAÑA del 9 de Enero de 1853, y que hemos encontrado sin duda porque nos hacia falta. Lo reproducimos, no obstante, por las razones dadas en la CRÓNICA DE LA BIBLIOTECA (2) y por el interés que naturalmente inspiran las apreciaciones de hombres de la merecida reputacion del autor de los ECOS DEL ALMA y el TESORO DE ROMANCEROS ESPAÑOLES.

Hé aqui como se expresa:

"......... el Plata, vasta rejion, cuya topografia, usos, costumbres, tradiciones é historia antigua y moderna, se ha propuesto darnos à conocer el jòven escritor, Sr. Magariños Cervantes, en una serie de publicaciones de las que esta leyenda no es, segun él mismo declara en la introduccion, mas que una nueva pàjina. Aplaudimos el patriótico pensamiento del autor de las *Brisas del Plata*, de la *Estrella del Sud*, de *Caramurú*, hácia quien ya son conocidas á los lectores de *la España* nuestras vivas simpatias, pues no es esta la primera ni la segunda vez que nos ocupamos en el exàmen de sus composicio-

1. Celiar, *discurso preliminar* paj. 14 y 15.
2. *Horas de melancolia*, paj. 302.

nes. Le hemos juzgado como escritor dramàtico, como poéta lìrico y como novelista, y siempre un sentimiento de justicia á que cediamos, ¿para que ocultarlo? con particular satisfaccion, nos ha impulsado à tributarle sinceros elojios. No le faltarán, tampoco, en esta ocasion ni seràn en ella ciertamente menos justos que en las pasadas; lo cual podemos afirmar, con tanto menos temor de equivocarnos, cuanto lo mismo ahora que antes nuestra opinion sobre los escritos del señor Magariños està y ha estado conforme con la de los crìticos mas autorizados que cuenta la prensa madrileña. A su respetable fallo se agrega en el caso presente el de un escritor cuya competencia en materias literarias està encima de toda discusion, por que la ha demostrado de una manera irresistible en la pràctica, con el ejemplo, que es la mejor demostracion. Hablamos del señor don Ventura de la Vega. En el elocúente discurso preliminar del señor Vega, que precede al CELIAR, se examinan con seguro criterio esta y las demas producciones del señor Magariños, cuyas dotes de poéta tierno y à la par filósofo, conocedor de las buenas reglas del arte y correcto hablista, se confirman con numerosas citas sacadas de la interesante leyenda que nos ocupa. Nosotros nos engolfariamos muy gustosos en el mismo analisis razonado si el espacio y la oportunidad lo consintieran; pero

ni disponemos del primero hasta donde seria preciso para hacer bien este trabajo, ni hay tampoco para que detenernos en él, habiendo sido ya hecho mejor de lo que nosotros pudiéramos hacerle. Bàstenos llamar sobre esta obrita la atencion de los aficionados à la poesìa elegantemente ataviada, permitàsenos la espresion, (forma parte de la *Biblioteca española* del señor Mellado, ilustrada con profusion de làminas sacadas de hermosos dibujos, orijinales del señor Urrabieta) En ella hallaran una lectura de las mas amenas, ardientes amores contrariados, mujeres puras como ànjeles, y hombres perversos como demonios; descripciones de paises que en nada se asemejan à nuestra caduca Europa; caracteres que en fuerza de ser estraños, parecen imposibles, y sin embargo son reales; costumbres que para nosotros los españoles tienen un interés vivìsimo porque son las de una gran porcion de nuestros hermanos; batallas, incendios, raptos, y como vestidura de toda esta gran variedad de elementos poéticos y novelescos, una versificacion lozana, rica de felices ornatos, tan variada en sus tonos, como lo es en sus mil accidentes la narracion, ora ràpida, ora difusa, de unos sucesos cuyo interés no decae ni un momento, porque siempre hablan al alma ó la imajinacion. Cuando no conmueven, escitan la curiosidad: à veces producen á la par ambos efectos, que es uno de los

mayores triunfos que puede conseguir el poéta, despues del de enseñar y hacer amables las verdades morales.

Eujenio de Ochoa.

Alejandro Magariños Cervantes.

El editor de la BIBLIOTECA AMERICANA, cumpliendo lo prometido, va à trazar una lijera reseña de su vida y de sus escritos, á fin de que cada tomo pueda ir enriquecido con otras semejantes, ora las redacten los mismos autores, ora le faciliten los datos indispensables. Penetrado de la bondad de su pensamiento, incapaz de subterfugios, sin un compañero que desempeñe esta tarea, y deseando patentizar la teoria con el egemplo, no ha vacilado en consignar en las líneas que van á leerse, *con toda la veracidad y concision posibles*, el fruto de sus vigilias y las faces que ha recorrido su existencia.

Ojalá este imperfecto bosquejo sirva de estímulo y escudo à otros, y si alcanza ese resultado, poco le importarán al autor las murmuraciones de las nulidades, que como nada tienen que referir, se contentan con criticar *modestamente* lo que otros dicen ó hacen.

El interes de los apuntes de esta clase, no pueden apreciarse hoy; mas tarde seran talvez de grande importancia para la apreciacion de los hombres, y para la futura historia de la literatura americana. Entremos en materia.

Nací en Montevideo el 3 de Octubre de 1825: fueron mis padres D. José Maria Magariños y Da. Encarnacion Cervantes. Mis primeras poesías se publicaron en 1842 en el *Nacional* de Montevideo, siendo redactor D. José Rivera Indarte, á quien conocí en un exàmen público. Mi primera obra literaria, ó mejor dicho, con pretensiones de tal, fué un *Ensayo de Oratoria*, que el Dr. D. Antonio R. de Vargas, con sobrada induljencia, calificó de *notable*, en atencion sin duda á los pocos años del autor.

En el colejio de humanidades que dirijia este ilustrado sacer-

dote hice mis estudios preparatorios, y me disponia à ingresar en la Universidad, cuando un decreto del Gobierno vino á cerrarla, llamando á todos los orientales á las armas. El ejército de Rosas, vencedor en el Arroyo Grande, habia acampado en la falda del Cerrito.

Sin esquivar el servicio, pedí y obtuve como una gracia especial, seguir con el Dr. D. Valentin Alsina mis estudios de Jurisprudencia, que mas tarde terminé en España.

Antes de mi partida para Europa dí á luz (1845-1846) una coleccion de Episodios en verso de la historia contemporànea del Rio de la Plata. El volúmen de poesías titulado *Romances* y *Baladas*, contiene lo menos malo del *Canto á Montevideo* y la *Cruzada Arjentina.*

A mi llegada á la Península publicó en Málaga el editor Rosales, la *Estrella del Sud* (siete pequeños volúmenes en 32 de 200 pájinas) novela escrita durante la travesia, y que obtuvo muy favorable acojida,siendo reimpresa en Madrid y en algunas capitales americanas. En Buenos Aires, sinó me es infiel la memoria, la reprodujo la *Ilustracion:* igual suerte ha cabido poco mas ó menos à mis otras novelas dadas à luz posteriormente, contándose en este número : *No hay mal que por bien no venga*, *Caramurú*, *Justicia de Dios*, *Veladas de Invierno*, *Farsa y Contrafarsa*, etc. De mis obras poéticas, no se han publicado en forma de tomo, sinó *Impresiones* y *Recuerdos*, *Horas de melancolia*, *Celiar*, la comedia *Percances matrimoniales* y el juguete cómico *El Rey de los azotes* y el drama *Amor y Patria.* Las *Brisas del Plata* corren impresas en periódicos políticos y literarios.

De Málaga pasé à Madrid (Marzo de 1847) donde despues de luchar mas de un año con todos los inconvenientes de la obscuridad y la pobreza, logré entrar en la redaccion de la *Patria*; periódico político, órgano de la oposicion conservadora, y que sucumbió al fin bajo las multas y desmanes del gabinete Narvaez-Sartorius.

En ese periodo escribí *Las plagas de Ejipto*, publicadas por primera vez, con sendas mutilaciones de la censura, en las columnas de la *Semana*, y concienzudos artículos de *Crítica Literaria*, que aparecian semanalmente en los folletines de la *Patria*, atrayendo al autor no pocas enemistades y sinsabores, pero que le granjearon el aprecio y amistad de los primeros escritores de la Metrópoli.

La *Patria* terminó su existencia con un duelo célebre, merced á una tropelia incalificable del Coronel Sartorius (hermano del ministro) y algun tiempo despues entré á formar parte de la redaccion del *Orden*, donde permanecí diez meses, retirándome cuando el presidente del consejo de ministros D. Juan Bravo Murillo, dueño del periódico que dirijia D. Alejandro Olivan (1) presentó un proyecto de ley para modificar la constitucion, y que en realidad no era otra cosa que *un golpe de Estado*.

No habia transcurrido un año y el humilde redactor del *Orden*, *alucinado por las ideas republicanas*, veia llegar à Bayona huyendo en silla de posta al reaccionario y soberbio ex-ministro, que se creia omnipotente.

Yo me encontraba entonces en la capital de Francia, de redactor-corresponsal del *Mercurio de Valparaiso*, habiendo reemplazado en aquel puesto à D. Félix Frias, que se disponia à regresar á América. Era á la vez corresponsal de la *Constitucion* de Montevideo.

Entonces concebí y puse en planta el proyecto de crear una Biblioteca Americana.

Primero fundé y sostuve por mas de dos años con el apoyo del intelijente editor D. Francisco de Paula Mellado, que siempre fué para mi un noble protector y leal amigo, y la colaboracion de los principales escritores residentes en Madrid, la *Revista Española de ambos mundos*; revista que llegó à acreditarse y á reunir una suscripcion numerosa, principalmente en España y en sus posesiones ultramarinas. Desgraciadamente los que me reemplazaron en la direccion del periódico, cuando lo dejè á consecuencia de mi nombramiento de Secretario de una legacion que enviaba à varias córtes europeas el gobierno del General Flores, tuvieron que luchar con una reunion de circunstancias desfavorables, y faltándoles el apoyo del público, la Revista pasó á mejor vida.

No cabe en los estrechos límites de una lijera reseña biogràfica, narrar aqui los contratiempos que sufrí con motivo de la repentina muerte de mi tio D. Francisco, nombrado ministro plenipotenciario de la referida legacion, y que falleció en Rio Janeiro casi en los momentos de embarcarse para Europa. Recibí en Madrid, donde habia ido para pasar á Lisboa cumplien-

1. Véase la dedicatoria de los Estudios histórico-políticos sobre el Rio de la Plata.

do las instrucciones del finado, con la noticia de su fallecimiento la nota oficial en que me anunciaban la cesantía del cargo que no habia ejercido. Encontréme totalmente desprovisto de recursos, habiendo agotado estos en los primeros gastos de la Biblioteca Americana, perdido mi posicion en la Revista y en el Mercurio, y malquistàdome con casi todos los editores, cuya éstupidez y avaricia habia puesto en relieve en la carta-programa dirijida al Dr. D. Juan Bautista Alberdi.

Enfermo de cuerpo y alma, pero con el temple que dà al hombre la presion fecundante del dolor, dirijime à Andalucia, resuelto á pasar el invierno en Sevilla.

Cómo viví allí?····el *Porvenir*, periódico político, me abrió sus columnas, y el Teatro de San Fernando puso en escena el 25 de Febrero de 1855 *El Rey de los azotes*, hecho à ruegos del empresario, y que es una sátira de la última revolucion española. El éxito fué igual al que obtuvo en Madrid en el Teatro del Instituto el 12 de Febrero de 1850 la comedia en tres actos *Percances matrimoniales*, y en Buenos Aires y Montevideo la noche de su estreno, el drama en cinco actos *Amor y Patria*, representado por primera vez en estas dos Capitales el 3 de Octubre de 1856 y el 20 de Febrero de 1857.

Alli como aqui al otro dia del triunfo acudieron los eunucos y las hienas de la literatura. Hubo imbécil en Buenos Aires que osó estampar en letras de molde que ni aún versos bien medidos habia en *Amor y Patria*. Probablemente las orejas del criticastro (1) son mas largas que las del Rey Midas.

Concédole para no disputar con él que mis versos sean malísimos; pero Zorrilla, Figueroa y otros jueces competentes, jamàs me han dicho que les falte armonia rítmica. Quedaba eso reservado á un *anónimo* detractor, á un *quidam* tan audaz como ignorante, á quien ruego estampe otra vez su firma al pié de sus rapsodias, para ofrecerle respetuosamente el homenaje de mi admiracion.

Esta indirecta (del padre Cobos) solo tiene por objeto prevenir à los que quieran gastar en adelante bromas de mal género, que no estoy dispuesto á tolerarlas: ahora no tengo ningun cargo público por fortuna, y vivan persuadidos los que me las dirijan, que sé callar meses, y aun años, hasta que llega el mo-

1. Véase el folletin de la *Tribuna* del Jueves 9 de Octubre de 1856, No. 924.

mento oportuno de confundirlos con hechos irrefutables, ó de cumplir el precepto evanjélico, que manda enseñar al que no sabe.

En Sevilla vino à sorprenderme un folleto (*La jóven España*) de un periodista de talento, que se decia mi amigo, y à quien habia yo dado reiteradas pruebas de aprecio. El pobre mozo atribuyó mi moderacion à miedo, y se empeñó en retribuir mi franca amistad con alusiones embozadas y chocarreras, que me ofenden y exasperan mas que los ataques directos. Mi contestacion fué un libro publicado en forma de artículos periodísticos, en el *Porvenir* de Sevilla y en el *Nacional* de Cádiz. Dichos artículos forman con algunas adiciones el *Viage Chinesco.*

Quiero dar à mis lectores una idea de esta polémica y de mi profesion de fé á este respecto. Hé aquí como me espresaba:

"Vd. sabe D. Vicente, que cuando llega el caso, yo pongo todo en la parada: mi tranquilidad, mi reputacion y mi vida; y que acepto la discusion como me la plantean, con razones, con sofismas, con epigramas de grueso calibre; y si es necesario á palos y à estocadas. No escojo las armas, tomo las que esgrime el contrario.

"Vd. me ha provocado sin razon ni pretesto siquiera: tenemos cuentas atrasadas que chancelar, y oirá verdades en camisa poco menos que desnudas.

"Mi paciencia no es grande, y hace tiempo que la estan poniendo á prueba Vd. y otros como Vd.; hombres que solo han recibido de mi demostraciones de aprecio y deferencia, que no merecen. Al fin han logrado arrancarme de la region serena de la literatura independiente y digna, para enlodarme en el fango de sus miserias políticas y personales. Sea en buen hora: no he de retroceder. Una triste experiencia me ha enseñado que, para ciertas gentes la homeopatia es el mejor sistema, es decir, la pena del talion: *ojo por ojo, diente por diente*, ni mas ni menos!

"Sigan provocándome: yo iré tomando nota de todas sus desvergüenzas, y cuando el vaso de mi indignacion se llene, se los arrojaré à la cara. Veremos entonces quien queda mas manchado: veremos entonces quien tiene mas hiel, mas audacia, mas destreza é ingenio."

De regreso à Madrid envié á decir, con D. Luis Mariano de Larra, al que tanto ansiaba mi vuelta, que no queria volver à Francia sin contemplar antes su radiosa y olímpica frente, aun-

que fuese despidiendo rayos y centellas, es decir, pistola ó sable en ristre. Estaba pendiente el último capítulo de mi escursion chinesca, que encomendaba à su celo acabar, si me mataba.

El ofendido demostró que en efecto tenia talento, reconociendo que su amenaza habia sido pueril y nécia, y reconoció tambien á sus espensas que no se ultraja impunemente á hombres que tienen la conciencia de su valer y dignidad, y los medios y la voluntad firme y deliberada de hacerse respetar, cueste lo que cueste, suceda lo que suceda.

Una parte de la prensa madrileña reprodujo esta polémica que surtió el efecto apetecido. En las naturalezas envidiosas y perversas, encallecidas por la maledicencia diaria. los càusticos solamente obran con eficacia.

Me he detenido en este episodio de mi vida, porque ha ejercido en ella y en mis ideas y sentimientos una influencia decisiva.

El *Comercio del Plata* redactado entonces por D. José Maria Cantilo, transcribió algunos párrafos de los primeros artículos haciendo un resúmen de la cuestion, que terminaba con estas palabras:

"Estas breves transcriciones muestran el trabajo del Sr. Magariños, y bastan para probar que vive constantemente preparado para las luchas literarias, que al mismo tiempo que acaban de sazonar su cabeza, le disponen para volver mas tarde à su patria à prestarle los servicios que ella tiene derecho á exijir de los buenos ciudadanos."

En efecto, cinco meses despues, me embarcaba en el Havre de Gracia con destino à Montevideo, donde llegué el 26 de Noviembre de 1855. Terminé y publiqué allí el opúsculo *la Iglesia y el Estado.*

Fuí nombrado cónsul general de la república en Buenos Aires en Abril de 1856, y renuncié el 20 de Noviembre de 1857 por razones que son del dominio público.

En Julio de este año (1858) he vuelto á mi antigua empresa de crear una Biblioteca Americana, empezando por los escritores del Rió de la Plata. Me sobra fé y perseverancia, PERO.... DIOS Y EL TIEMPO.

Buenos Aires 3 de Agosto 1858.

A. MAGARIÑOS CERVANTES.

NO HAY MAL
QUE POR BIEN NO VENGA.

CAPITULO I.

Primera noche de Boda.

Niña primorosa
de los ojos negros,
del cabello en trenzas,
del ebúrneo cuello,
¿por qué late ansioso
tu nevado seno,
y con llanto inundas
ese rostro tierno?

ADOLFO BERRO. (1)

LA puerta de la alcoba nupcial acaba de cerrarse tras dos jòvenes esposos, unidos en perdurable lazo por un ungido del Señor. Las bendiciones de sus padres, los parabienes de sus amigos, las lisonjeras frases de los convidados, resuenan todavia en sus oidos.

---

(1) Todos los versos que sirven de epígrafe à los capítulos de esta novela, escepto los del capítulo XII, pertenecen à poetas americanos.

La jóven desposada camina con lento paso, se acerca á un canapé, y se deja caer en él, como agoviada por un gran pesar, escondido hasta entonces en lo mas hondo del pecho.

Acerbo disgusto, repugnancia invencible, dolor profundo y reconcentrado se revelan en su semblante; y aunque pretende ocultar lo que sufre, la vehemencia de sus sentimientos es tal, que toda la fuerza de su voluntad no alcanza à mitigarla.

Vìctima del deber sacrificada en sus àras, ha entregado su mano, pero no su corazon, y llora por vez última sus perdidos amores, sus doradas ilusiones, sus ensueños de felicidad, disipados para siempre en aquella noche maldecida.

Su esposo, por el contrario, aturdido con el exceso de su dicha, ciego de amor, apoyado contra el respaldo de una silla colocada junto al canapé, con el cuerpo inclinado hácia adelante, inmóvil, y silencioso la contempla embelesado, sin fijarse en las làgrimas que caen hilo à hilo de sus ojos. Sabe que ella no le ama pero ignora que ama á otro. Despreciado mil veces, y al fin dueño de aquella mujer que adorò largo tiempo sin esperanza, en el egoismo de su ardiente pasion, solo vé ahora la felicidad que le aguarda.

Ni puede ni quiere, ni aunque quisiera podria pensar en otra cosa. Las ideas hierven, se chocan

y confunden en su acalorada fantasía; la fiebre del amor cubre sus ojos con una venda; dulcísimas imàgenes forman à su alrededor una nube, sobre la cual flota su alma, pronta à remontarse al cielo, sumerjida en un océano de aventuras.

Si en vez de pobres sonidos nos fuera dado espresar nuestros pensamientos, derramàndolos iluminados con la llama del génio, sobre el lienzo ó el mármol palpitantes de vida é inspiracion, el descolorido cuadro que acabamos de bosquejar, apareceria en todo su relieve y magnificencia. ¡Oh! no creais que exageramos.... para apreciar dignamente el atroz quebranto de aquella mujer, y el éxtasis delirante de aquel hombre, seria necesario el pincel del amante de la Fornarina, ó el divino cincel que legò à la posteridad el grupo de Ladcoonte.

Seductora como el deseo, bella como la realizacion de una esperanza ya perdida y transformada de repente en realidad; dulce y lànguida como la estrella del alba en medio del mar, hundiéndose entre las olas una mañana de verano, Adela de Valdemor, risueña ò triste, produce siempre el mismo efecto. Asi el dolor no impide ahora que fulguren sus bellìsimos ojos azúles, emblema del candor y bondad que abriga su alma, al traves de sus largos pàrpados, por mas que los incline al suelo, velando á medias su abrasadora mirada; y su cútis de blan-

cura deslumbrante, levemente sonrosado; su hechicera barba marcada en el centro con un gracioso holluelo, el carmin de sus mejillas y de sus pequeños labios, tersos y relucientes cual dos ligeras cintas de granate; sus rubios cabellos, que en trenzas de oro recojidos y detras salpicados de perlas y brillantes, ciñe una corona de azahares, símbolo de su pureza; el talle de sìlfide, realzado por un magnìfico vestido de encage de Bruselas; los desnudos hombros que envidiaria una estatua griega, la voz de angel, el porte de reina, el enano pié, las manos, la garganta , los brazos de Madona cubiertos de valiosa pedreria; el frescor, el encanto, la màgia que atesora una vìrgen hermosa á los 17 años, justifican el arrobamiento de su infeliz esposo.

Haremos su retrato en pocas palabras. Don Luis Larteman, es un jóven como de treinta años, robusto, de pequeña estatura; de ojos pequeños, coronados por espesas cejas, anchas espaldas, làbios gruesos y salientes revelando lascivia, frente pequeña comprimida en los estremos; hombre en fin, de mediana inteligencia, de carácter irascible y violento, de pasiones fogosas, y poco escrupuloso en los medios con tal de arribar al fin que alguna vez se ha propuesto.

Adela despues de una larga pausa, levantó de

la alfombra sus ojos cubiertos de lágrimas, y le dijo con voz conmovida y recelosa:

—Caballero....recordais las condiciones bajo las cuales consentì en daros mi mano?

Aquellas breves palabras produjeron un efecto màgico en el jòven; erguiòse de pronto como si hubiese pisado una serpiente, y miró à su esposa con el semblante demudado, pàlido de congoja y atónito de sorpresa, sin atreverse ó sin poder encontrar una respuesta satisfactoria.

—Sì, continuò ella, bien sabeis que no os amo, bien sabeis que ùnicamente por salvar el honor de mi familia, me he sacrificado········tengo pues, derecho à exigiros que me cumplais vuestra promesa.

—Si hubiese creido, repuso D. Luis, cada vez mas agitado; si hubiese creido que vuestras palabras eran sinceras, yo no os hubiera empeñado mi palabra de honor···· Adela, ya estamos unidos para siempre····olvidémoslo todo, y en vista de la ceguedad de mi pasion, perdonadme los medios de que me he valido para arrancaros vuestro consentimiento····compadeceos de mí!

—Don Luis, para conquistar mi aprecio, para que os perdone···· es fuerza que transcurra algun tiempo. Sé cuales son mis deberes de esposa y los cumpliré···· Ahora dejadme llorar; dejadme que el tiempo y la reflexion me preparen à resignarme

con mi suerte; y sobre todo, caballero—añadió la jóven desposada con energia, notando el despecho y la còlera que se pintaban en el rostro de su marido,—procurad con vuestra delicadeza y pundonor que olvide vuestra anterior indigna conducta.

—Es decir, replicó Don Luis cruzàndose de brazos, no pudiendo ya contener la esplosion de su ira; que viviremos como dos estraños, aunque vivamos bajo el mismo techo, esposos en el nombre y solo à los ojos del mundo?

—A la verdad no sé de que os admirais: os lo previne antes.

—De qué me admiro? Ah! nunca me imaginé que abrigaseis contra mi tanto ódio y rencor!

—Me parece, Larteman, que no es gran cosa lo que exijo de vos. .... algunos dias, algunas semanas, algunos meses. .... qué sé yò?. .... esclamó la afligida hermosa como hablando para sì:—francamente, ahora no sé lo que me pasa. .... sufro tanto con la idea de que està ligada nuestra suerte para siempre, que no me es dado sobreponerme á la aversion que me inspirais. .... Oh! perdonad si os ofendo- .... me duele decíroslo. .... no me obligueis à revelaros lo que no quiero.

Al espresarse de esta manera. la jóven se habia levantado y con resuelto ademan, indicaba à su es-

poso otra puerta que comunicaba à un gabinete cercano.

Don Luis la vió entonces mas bella y seductora que nunca; al frenético delirio que sentia por aquella muger, se unia el aguijon de la imposibilidad, la sed creciente y devoradora que despiertan siempre los obstàculos que no està en nuestra mano vencer.

La viò en todo el esplendor de su hermosura sublimada por el dolor, engrandecida por la conciencia de su poder, fuerte con su dignidad, parapetada en su inespugnable posicion de muger sacrificada por la felicidad de su familia, y acaso, acaso combatiendo con otro amor tan violento é indomable como el suyo.

Todas estas reflexiones cruzaron por su frente con la velocidad del rayo, y acabaron de cegarle. Don Luis olvidò todo; todo.... hasta su dignidad de hombre, y cayó á las plantas de su ídolo, pidiéndole misericordia con palabras llenas de pasion, ternura y sin igual vehemencia. Prodigóla cuantas espresiones pueden halagar la vanidad de una muger. Se arrastrò á sus piés y rególos con sus ardientes làgrimas.

Ella inclinò la cabeza y le escuchó impasible, sin entreabrir los làbios ni mirarle, sin manifestar enojo ni placer, piedad ni impaciencia.

Largo rato estuvieron asì, hasta que por ùltimo

Adela, tal vez acongojada ya de oirle, alzó de pronto la frente, y entre dolorida y grave tendiò la mano à su marido para que se levantase, diciéndole con una calma y entereza que no dejaban lugar à apelacion:

—Don Luis, es inútil ······mi propósito es irrevocable·· ····allí hay otra habitacion que he hecho preparar desde esta mañana······escoged de las dos la que gusteis.

Y como él insistiese y procurase aun detenerla, ella le rechazò con violencia, corrió hàcia la puerta del gabinete, entrò y echò el cerrojo, por dentro. Todo esto en menos tiempo del que se necesita para escribirlo.

El burlado esposo se acercó á la puerta, y dió un golpecito con la punta de los dedos.

—Adela!

Nadie respondió.

Larteman golpeó por segunda vez con el reverso del puño.

—No abres, Adela?

Tampoco contestaron.

Don Luis furioso por tercera y última vez descargó varios golpes contra la traidora puerta, añadiendo por despedida.

—Ay de tí si no me abres!

Nada, silencio profundo.

Impulsos tuvo Don Luis de echar abajo de un puntapié el frágil obstàculo que le detenia; pero se acordó, que era la primera noche de su boda, y retrocediò ante la idea de dar uu escàndalo inutilmente.

—Oh! pérfida, tú me la pagaràs, murmurò entre dientes bramando de corage y paseándose frenético de una pared à otra.

Su esposa en tanto, se habia acercado à una bugia colocada sobre un velador en un estremo del gabinete, y contemplaba bañada en llanto y besaba con trasporte un retrato de miniatura que llevaba oculto en el seno.

Y todavia se paseaba él de una pared á otra y ella continuaba con el retrato en la mano llorando amargamente, cuando el reloj de la parroquia vecina daba las cinco y media, y la linda ciudad de Santa Fé, residencia de nuestros protagonistas, abria sus ojos à la luz del nuevo dia en la mañana del 4 de Octubre de 1845, época en que comienza nuestra historia.

CAPITULO II.

Redimir culpas agenas.

He comprado con fibras de mi pecho
una bella corona de azahares.

MARMOL.

La estraña conducta de nuestra heroina merece que entremos en algunas esplicaciones, sin las cuales no se comprenderia ciertamente.

Ya sabe el lector que es hermosa, jòven, sensible, dotada de las mas bellas cualidades morales, ya sabe que tiene diez y siete años, y que la han casado contra su voluntad con un hombre que detesta, y

ademas sabeis vosotras ¡oh simpàticas lectoras! que ama à otro, porque el incidente del retrato y algunas frases sueltas del anterior capìtulo os lo estàn patentizando, y sin duda presentìs los poderosos motivos que obligarian à la pobre Adela á pasar por el duro trance de deshojar una á una en las aras del deber, las mas fragantes rosas de su verde corona de ilusiones.

Garza real nacida para hendir el espacio y presa al abrir las alas por vez primera, despojada de su rico plumaje y encerrada en estrecha jaula por aleves cazadores, suyo era el trasparente azul para embriagarse de aromas y armonias. Suya la bóveda celeste para albergar en ella sus ensueños de amor y poesía, puros como las primeras fragantes exhalaciones de una selva vírgen, no profanada por el hombre; tiernos como el arrullo de la tórtola en el fondo de los valles; suya la dorada lumbre que baña el firmamento cuando el rey de los astros, suspenso un breve instante en el cénit, rueda luego sobre las nubes, como una inmensa bola de fuego impelida al abismo por el soplo de Dios; suya era esa antorcha de vida é inspiracion, para ir à arrebatarle como Prometeo, un rayo divino que animase el fango de la yerta realidad.... pero manos impías abatiéron su vuelo, y encerrada en un círculo de hierro donde no habia otra salida que la pérdida de su felici-

dad ó la infamia de los suyos, aceptó con sublime abnegacion el cáliz de hiel y la corona de espinas, que desde el Redentor del mundo hasta nuestros dias, brindan los hombres al que se sacrifica por ellos.

Hija de un hacendado de la provincia de Santa Fé, que gozaba de una decente mediania. Adela tenia un hermano gemelo á quien amaba con delirio.— Por desgracia, este jòven en estremo aficionado al juego, perdió una noche una suma considerable, de la cual era simple depositario, y no contento con esto, mal aconsejado por un calavera desenfrenado que se titulaba su amigo, cometiò la imprudencia de agrabar su falta con otra peor; falsificò letras de cambio, tomando la firma de un acreditado comerciante irlandés residente en Córdoba, en cuya casa habia estado de tenedor de libros.

Por una reunion de circunstancias muy largas de referir, estas letras fueron à parar á manos de Don Luis Larteman, antiguo pretendiente de Adela, opulento propietario de Santa Fé, bastante malquisto en la provincia, por su mal genio y orgullo, aunque muy temido y respetado por sus riquezas, influencia y relaciones políticas.

Don Luis, habia visto à Adela en un baile, y perdido al verla su sosiego. Enamorado locamente de ella, procurò ganarse su corazon, pero fué

despreciado: se atreviò á pedir su mano à pesar de sus desdenes, y recibiò un nuevo desprecio.

Don Antonio Valdemor, y su hijo Càrlos habian procurado al principio, creyendo que seria un capricho, vencer la resistencia de la jòven; pero nada consiguieron. Ádela declarò terminantemente que nunca consentiria en aquel enlace, porque Larteman le inspiraba una repugnancia invencible, porque sus riquezas ni la consideracion de que gozaba valian nada à sus ojos, y que por su gusto nunca se casaria sino con un hombre que fuese de su agrado.

Su padre y hermano la amaban demasiado para obligarla à hacer un matrimonio de conveniencia. Sobre todo el anciano que era un hombre honrado en toda la estension de la palabra, frugal, bondadoso, desinteresado é idòlatra de sus dos ùnicos hijos que además de ser mellizos, eran un vivo retrato de su malograda esposa, muerta al dar à luz à Adela.

A consecuencia de aquella repulsa, reiterada en distintas ocasiones, Larteman herido en su amor propio y escandalizado de que aquellos *miserables*, segun se espresaba él, no apreciasen dignamente el alto honor que les dispensaba, habia roto con ellos y jurado vengarse en la primerá coyuntura favorable que la suerte le deparase.

La ocasion se presentò pronto; mas pronto de lo que él esperaba. La casualidad hizo que las citadas letras viniesen à su poder, y que averiguase quién, como y por qué las habia falsificado.

Loco de alegria con su adquisicion y saboreando de antemano el placer de la venganza, mandó llamar à Carlos Valdemor à su casa, y presentàndole las letras, le dijo:

—O me caso dentro de seis dias con vuestra hermana, ù os hago meter en la càrcel por ladron, reduzco vuestra familia à la mas espantosa miseria, y arrojo vuestro nombre á la execracion pùblica.

Terrible alternativa!

Cárlos, que conocia á su futuro cuñado y que se veia imposibilitado de defenderse, procurò inútilmente, ya que no escitar su piedad, disuadirle al menos de su propósito, manifestàndole la tenacidad del carácter de su hermana y la dificultad de reducirla á la razon. Don Luis se mostrò sordo à sus plegarias y à sus protestas, y le despidiò repitiéndole lo que acababa de decirle.

Tristìsima y desgarradora fué la escena entre los dos hermanos; largas esplicaciones se sucedieron de una y otra parte. Adela le declaró que amaba en secreto y era amada de otro hombre; pero que renunciaria à todo por salvar el honor de su fami-

lia, siempre que Don Luis aceptase las condiciones que pensaba imponerle.

Para valorar el heroico sacrificio de la infortunada jòven, era preciso estar en antecedentes: hacia un año que Don Antonio complicado sin motivo en una causa criminal de la que al fin saliò inocente, tuvo que pasar à Còrdoba (1) adonde fué à reunìrsele su hijo, despues de dejar à Adela en Mendoza (2) en la casa de una tia suya, hermana de su padre.

En la quinta de esta, situada à una legua de la ciudad, capital de la provincia de su nombre, conoció Adela â su primo Enrique, escelente jóven, de veinte y tres años, de gallarda presencia, de finos modales y de gran talento, condenado à causa de su pobreza à vejetar en una oscura provincia, lo cual unido à ese germen de tristeza que se desarrolla mas tarde ò mas temprano en todos los hombres superiores, habia impreso prematuramente en sus bellas facciones el sello de una grave y simpàtica melancolia.

Faltàbanle dos años para concluir sus estudios de jurisprudencia y recibirse de abogado, cuando la repentina muerte de un pariente lejano que le sos-

(1) Ciudad capital de la provincia de su nombre en la república Argentina.

(2) Idem.

tenia en la universidad de Buenos-Aires le dejò en un estado próximo á la indigencia. Logrò à duras penas acomodarse en el bufete de un letrado; pero este nada le daba. Una grave enfermedad de su madre acaecida poco despues, le obligò, à pesar de sus ruegos, à retirarse á Mendoza, aplazando para otra época mas feliz la terminacion de su carrera. Enrique Artames se conceptuaba desgraciado y sobràbale razon para creerlo. Sintiendo rebosar en su mente el génio y el ànsia de elevarse, y falto de teatro donde desarrollar su actividad, forzado á malgastar su inteligencia y su tiempo en ocupaciones para las que no habia nacido, era natural que estuviese mal avenido cou su suerte. Todo lo que podia exigírsele, era que se resignase á sobrellevarla con calma, y él ponia por su parte los medios para conseguirlo: no era culpa suya si no lo alcanzaba.

Adela le vió y no pudo menos de concederle su estimacion y convenir con todos en que su primo era un jòven apreciabilísimo bajo todos conceptos, al mirarle tan tierno y afectuoso con su anciana madre, ocultando su pesar por no afligirla, y siempre dispuesto à renunciar à todo por ella.

Tras el aprecio vino la simpatia, tras la simpatia el interés, y tras el interés el amor. Se hablaron, se comprendieron, y juraron ser el uno del otro;

y como prenda de aquel juramento cambiaron sus retratos y dos sortijas, que prometieron devolverse el dia de su union.

Tres meses despues, habiendo salido libre Don Antonio de las injustas acusaciones que le llevaron à Còrdoba, retornó á Santa Fé, y Adela volvió á la casa paterna acompañada de su tia y de Enrique.

Por un sentimiento de delicadeza muy fácil de comprender, atendida su posicion, Enrique habia exigido de su amada que reservase el secreto de su amor hasta que la suerte se le mostrase mas risueña. El era pobre, muy pobre, y se avergonzaba de que creyesen que pensaba en casarse para vivir à espensas de su tio, que apenas contaba con lo suficiente para vejetar con decencia.

Su amante respetó este capricho hijo de su pundonor, y nadie ni su mismo hermano, à quien confiaba todos sus secretos, llegò á arrancarle este.

Al poco tiempo Larteman, como ya dijimos, la encontrò en un baile que dió el gobernador de la provincia y se enamoró de ella.

Los desprecios de Àdela, como sucede siempre, no hicieron mas que acrecer su pasion, y si el orgullo le alejó de su lado momentàneamente, no por eso renunciò à sus esperanzas. Don Luis era de aquellos hombres tenaces cuya energia se aumenta

con las dificultades, y que saben luchar con los obstáculos hasta vencerlos, ó ser anonadados por ellos.

Confiado, pues, en la superioridad de las terribles armas que el destino habia puesto en sus manos, se presentó à la ingrata que le despreciaba, mas que como un amante sumiso, como un hombre justamente ofendido, cansado ya de sufrir sus fantasias y estravagancias, y dispuesto á perder à su hermano.

Adela le escuchò en silencio, y cuando hubo concluido le dijo:

—Caballero, dadme esos papeles, y me casaré con vos.

—Cuando? preguntò don Luis sin poder ocultar su alegria.

—Dentro de un año····

—Adela, si pretendeis engañarme con vanos pretestos, sabed que sois todavia muy jóven para burlaros de mì····De aquí á tres dias sereis mi esposa, ó si no!··

Laterman hirió el suelo con el pié, y el carmin de la ira coloreó su tez morena y prestó à su audaz fisonomia algo de imponente y amenazador, que contrastaba con la mansedumbre y la altiva resignacion de su víctima.

—Està bien, repuso la jóven con la misma afec-

tada tranquilidad; puesto que sois implacable y no hay remedio, cúmplase la voluntad de Dios.... seré vuestra esposa dentro de tres dias, si me empeñais vuestra palabra de honor de que respetareis mi voluntad en algun tiempo....

—No solo la respetaré, sino que procuraré anticiparme à vuestros deseos, probaros á todas horas y en todas ocasiones, la sinceridad y vehemencia del ardiente amor que os profeso!.... esclamò don Luis anhelante, embelesado, ébrio de gozo, creyendo que soñaba.

—Caballero, continuó Adela enjugándose algunas làgrimas que á su pesar corrian à lo largo de sus mejillas, reflexionad bien lo que me prometeis.

—Una vez casado con ella, pensò Larteman, yo haré lo que mejor me parezca, por lo tanto, nada se arriesga con prometer. Inspirémosla confianza.

—Os juro por mi honor, señorita, por lo mas sagrado que haya, añadió en voz alta, que respetaré hasta vuestros caprichos.

—Oh! no olvideis lo que acabais de prometerme.... ya que nuestro enlace va à efectuarse con tanta precipitacion, porque así lo exigis vos, y yo.. siento decìroslo.... no os amo.... dejadme al menos el tiempo necesario para que os cobre estimacion y cariño.... si eso es posible.... murmu-

ró Adela con acento tan débil que no lo entendiò su futuro esposo.

Don Luis, para tranquilizarla, volviò à prometerla cuanto quiso; y en virtud de tan solemne promesa, tres dias despues Adela le entregaba su mano y tenia lugar en la estancia donde hemos introducido à nuestros lectores, el dramático episodio que sirve de prolegómeno ó exordio à esta verìdica historia.

Dilucidados los hechos, la singular conducta de Adela con don Luis, nada tiene de estraordinaria. Réstanos solo al cerrar este capítulo, mencionar una circunstancia que vino à justificarla mas y mas. Esa misma noche, poco despues de la ceremonia nupcial, recibió ella una carta de su amante, en la que le anunciaba que su madre habia muerto, y que no teniendo ya quien le detuviese en Mendoza, pensaba irse à Bolivia, donde residian algunos de sus parientes ricos y en muy ventajosa posicion, y donde esperaba en breve, á fuerza de constancia y laboriosidad, crearse una fortuna independiente,

La carta escrita con el mayor desòrden, sin fecha, sin puntos ni comas, casi ilegible, sin conexion ni unidad en sus periodos, borradas las letras con las lágrimas que debieron caer sobre el papel al trazarlas, revelaba el desconcierto de su cabeza y el mal estado de su espíritu, y finalizaba diciendo à su *ángel custodio*, à su Adela *idolatruda*, que ella sola

era la ùnica esperanza, el ùnico vìnculo que le ligaba al mundo, y que el dia que le faltase pondria término à su vida.

Fatal y estraña coincidencia! En esa misma noche recibia él á la misma hora la carta que ella le escribió participándole su pròximo enlace y las poderosas razones que la obligàran à serle infiel y á renunciar al cielo de su amor, para aceptar en cambio el infierno de pasar su vida al lado de uu hombre que detestaba....

Y todo ¡ay! por REDIMIR CULPAS AGENAS.

CAPITULO III.

Spleen

Entre deshecha tempestad perdimos
los tres el rumbo al arribar al puerto,
y en el mismo lugar el pecho abierto
padecemos el mismo frenesí.

(JOSE RIVERA INDARTE.)

LAS cartas de ambos amantes produjeron el efecto que era de esperar: los dos se vieron acometidos de esa letal melancolìa que engendran los grandes padecimientos morales; fiebre lenta y devorante que si se prolonga demasiado conduce à la demencia ó al suicidio. Los dos cayeron gravemente enfermos, y debieron su salvacion à su juventud y al cuidado de las personas que los rodeaban.

En los primeros dias, Enrique anonadado por su dolor, se abandonò enteramente á él; y si no atentó contra su vida, fué porque se sintió herido de muerte y creyó que no sobreviviria mucho tiempo à su quebranto. La fiebre le sorprendió en este estado de enagenacion mental, y la crisis que sobrevino modificò totalmente sus ideas.

Vuelto à la vida contra sus deseos, comprendiò que la muerte como un asesino cobarde, huye de los que le salen al encuentro y la provocan, mientras persigue, hiere y se ensaña sin piedad en los que tiemblan en su presencia y pretenden evitar sus golpes implorando misericordia.

Un horrible pensamiento brotò en la mente del jóven;pero antes de realizarlo quiso ver por vez ùltima á su Adela, à *su ángel custodio*, á su *única esperanza*, como él la llamaba en dias mas felices, y à quien ahora en medio de su desesperacion, absolvia generosamente cual tierno hijo y pundonoroso caballero, pues él habria hecho lo mismo puesto en su lugar.

En idéntica situacion y tal vez mas desgraciada que su amante, Adela se pasaba los dias y las noches sumergida en profunda tristeza llorando à solas sus perdidos amores, deleitándose en irritar las heridas de su pecho, como si encontrase una emponzoñada voluptuosidad en atormentarse à sì misma; en per-

sudir à su esposo que su dolencia se agravaba cada adia, y mantenerle asi à la misma distancia que la noche de su enlace.

Cansada de la vida y no esperando ya nada del porvenir à la temprana edad de diez y siete años, Adela tambien deseaba que una enfermedad mortal la librase del peso de la existencia; y si el sepulcro no se abriò para ella, tuvo la satisfaccion de notar que su belleza se marchitaba y que su salud decaia visiblemente.

Don Luis al principio habia procurado vencer aquella naturaleza rebelde, con sus ruegos é importunaciones: luego, el orgullo le aconsejó seguir otra marcha; empleó los sarcasmos, los insultos y hasta las amenazas, dejàndose arrebatar de su genio irritable y fogoso. Adela contestàbale con sus làgrimas ò con un silencio mas elocuente todavia que las palabras, y don Luis que á pesar de todo la amaba con frenesí, se enfurecia, la agoviaba de improperios, juraba que no volveria à hablarla mas en la vida, y acababa siempre por sentirse domeñado por la dignidad y firmeza de caràcter de Adela, y retirarse con ánimo de no verla en una semana lleno de hiel el corazon y el alma de ruines sospechas.

A fuerza de recapacitar sobre los verdaderos motivos de la incomprensible conducta de su esposa, Larteman adivinó cual podia ser el orígen de su

tristeza y de la aversion que le profesaba, tristeza y aversion que con el tiempo parecian aumentarse en vez de disminuir. Necesariamente ella està enamorada de otro, se dijo, y no me perdona que la haya obligado à sacrificármelo. Sì, la pérfida abriga un amor sin esperanza!

Desde que se le ocurrió tal idea, los celos se despertaron en su alma rabiosos y devoradores; la observó por algunos dias, espióla cuando venian à verla su hermano ó sus amigas, cuando creia estar sola; y sus sospechas se trasformaron en evidencia, aunque no pudo descubrir quien era el feliz mortal que habia sabido conquistar su corazon.

Entonces empezó para la pobre jóven una nueva serie de sufrimientos y de injustos ataques por parte de su marido, que contribuyeron no poco à que dejenerase en una enfermedad de peligro que al fin la postró en cama, la ligera indisposicion nerviosa producida por el insomnio y la debilidad que hasta entonces la habia molestado.

Bastante aliviada al cabo de un mes y ya casi restablecida, gracias à sus pocos años y à su benigna complexion, los médicos declararon que seria muy conveniente llevarla al campo para completar la curacion. En consecuencia, don Luis se trasladò con ella à una magnífica hacienda que poseia distante cuatro leguas de Santa Fé.

Allì en la soledad y el aislamiento, lejos de disiparse la melancolia de la enferma, lejos de recobrar su marido la paz del corazon, acabaron uno y otro de profundizar el abismo que los dividia.

La tristeza, lo mismo que la alegria, tiene algo de contagioso, que se comunica à los que nos rodean.

Larteman, exasperado por los celos y el despecho de no poder sobreponerse à la indomable pasion que le inspiraba aquella mujer tan poco digna en su concepto del cariño que sentia por ella, comprendió toda la estension de su infortunio, cayó en un desaliento mortal, sintiò el vacio de su existencia, vió el mundo à traves del negro velo del desencanto, y avergonzado y furioso de ser el juguete de una coquetuela caprichosa é imbécil, segun él la calificaba, recordó con feroz alegria, que el reposo de la tumb era preferible à los crueles tormentos que emponzoñaban su vida.

Asì por distintos senderos y por la misma causa, Enrique, Adela y don Luis, acometidos de esa fatal enfermedad tan bien caracterizada por los ingleses con la palabra *spleen*, se abandonaban à sus descabelladas ideas, y forjando cada uno mil proyectos à cual mas siniestro y extravagante, ponian su esperanza en la muerte, que se mostraba sorda à sus plegarias, porque, como ya lo hemos dicho, ella, semejante á un vil asesino, huye de los que le salen

al encuentro y la provocan, mientras persigue, hiere y se ensaña sin piedad en los que tiemblan en su presencia y pretenden evitar sus golpes implorando misericordia.

CAPITULO IV.

Adelante!

¿Qué vale la vida, si en mengua y tormento
las horas se cuentan en vil abyeccion,
y opreso, sin alas, se ve el pensamiento,
el alma sin fuego, sin fé el corazon?
Oh! no, adelante! la muerte primero....

(D. Isidoro de Maria.)

Al anochecer de una nebulosa tarde de verano salia de la ciudad de Santa Fé, cabalgando en un brioso corcel, un jóven viajero que acababa de llegar de una provincia del interior.

La huella de profundos padecimientos se veia grabada en su rostro; y las congojosas ideas que á la sazon trabajaban su espìritu, reflejàbanse en su fisonomia grave, noble y simpàtica. Tal vez por

esta circunstancia cualquiera le hubiese creido mas viejo de lo que realmente era; y para rectificar este primer juicio involuntario, necesitaria fijarse en los negros y rizados cabellos que coronaban su espaciosa frente, altiva, magestuosa y rebosando energia é inteligencia, à pesar de las precoces arrugas que la surcaban, á pesar del quebrantado color de su tez morena, y á pesar de su complexion débil y nerviosa, pero que nada tenia de afeminada; como necesitaria sorprender una arrogante mirada de sus rasgados ojos, tan negros como sus cabellos y poblada barba, para apreciar al traves del círculo lìvido de sus órbitas hundidas, todo el fuego y la fortaleza que el dolor mas que la edad, parecia haber apagado en ellos.

Vestido caprichosamente como acostumbran los que viven en nuestras campañas, su traje y los arreos de su caballo indicaban que sin pertenecer à la ùltima clase de la sociedad, tampoco se contaba entre las mas acomodadas, si hubiera de juzgarse por signos esteriores y por los usos del pais.

Es sabido que en algunas secciones de América, en mayor escala que en el Rio de la Plata, por el *apero*, ó sea el tren de los corceles, puede valuarse la fortuna del ginete. El freno, las riendas, el pretal, las espuelas, la parte delantera y posterior de la silla (que llaman *recado*), los estribos,

la baticola, el testero, todo en fin, lo que es susceptible de trabajarse en metal, se hace de plata maciza incrustada de oro y pedreria, con un trabajo tan primoroso y delicado, que hay *upero* cuyo valor asciende à cantidades que parecerian fabulosas à nuestros lectores europeos, si se las dijéramos.

Desde esta magnificencia régia hasta la humilde montura de los *gauchos* mas infelices, hay gradaciones en el lujo hìpico adaptadas à la posicion y á la fortuna de cada uno, y por las cuales pueden tambien estimarse ambas.

De modo que en tésis general los arreos del caballo en la campaña y fuera del recinto de las ciudades, son el barómetro mejor para juzgar del estado del bolsillo de su dueño.

Ahora bien, el que montaba nuestro desconocido revelaba à tiro de ballesta, que ni era el de un opulento *estanciero* (1), ni el de un acaudalado comerciante, ni menos el de un rico propietario de la capital. Induccion que acababa de confirmar el modesto traje del ginete; traje heterogéneo, vago y sin caràcter propio, como la parte de nuestra sociedad que no es europea ni americana. Gorra de pieles de forma triangular, sujeta al cuello por un cordon

---

(1) Dueño de una estancia, que es una hacienda aislada en medio del campo,

de seda; poncho *vichará* (1) con botonadura de cobre; chaqueta de merino con solapas de tafetan; chaleco de lanilla roja abotonado hasta la garganta, ceñida por una ligera corbata cuyas puntas desaparecian entre el aro de una sortija de oro; anchos pantalones de hilo aplomados, y botas granaderas.

Entre las gergas y *caronas*, especie de mandiles de cuero que se ponen debajo del *recado*, veíase asomar el puño de un largo *facon* (2) única arma que llevaba.

Galopando por valles, sierras, collados y llanuras, continuó su carrera sin detenerse, hasta que llegó á un parage en que el camino real hacia cruz con otros dos.

Sofrenó de golpe à su bridon, y permaneció algunos instantes irresoluto sin saber cual tomar. En seguida adelantòse impaciente, retrocedió de nuevo, y paseó la vista en todas direcciones como buscando à alguno que le informase.

La noche habia cerrado, lóbrega y pavorosa; densa oscuridad envolvia los cielos y la tierra, y solo à

(1) El poncho es una especie de capa cerrada mas larga de atras que de delante. Se mete por la cabeza y se dobla sobre los hombros para poder jugar los brazos. Vichará es el nombre de una tela de lana de varios colores, que se fabrica en las provincias del interior.

(2) Cuchillo de dos cuartas de largo.

intérvalos el fuego eléctrico escondido en el seno de las nubes, al escaparse en rojas espirales, ondeando como aurea serpiente de multiplicados anillos, rasgaba la negra bòveda del firmamento y la esmaltaba con una faja de luz, con un reguero de fulmìnea lava que se estendia del Sud al Septentrion, semejante à un puente de fuego suspendido en el espacio por el génio de las tinieblas á la voz del Todopoderoso, para que cruzase por él su carro de diamante.... Fragoroso el trueno bramaba à lo lejos anunciando su aproximacion, batía el huracan sus resonantes alas, retemblaba el llano, gemia el césped, doblábanse los àrboles, estremecíanse las montañas, como si la planta del Eterno se apoyase en su cumbre; y el *Paraná* coronado de hervorosa espuma, abria su enorme boca rugiendo de placer, recogia y lanzaba delante de sì sus mil afluentes, y precedido de ellos, reunìase al *Uruguay*, y se arrojaban juntos en brazos del Oceano, que los recibia en su seno, receloso, confuso, abrumado por el caudal inmenso de sus aguas.

A favor, pues, de aquellos relàmpagos fugitivos, que iluminaban el espacio con la brillantez del sol, el desconocido alcanzò à divisar allà en el fondo de la llanura, cerca de un dilatado bosque, à la izquierda del camino, un bulto blanco, una casa aislada que necesariamente debia ser una *estancia*.

Cerró espuelas á su alazan, y en breve pudo convencerse por el tropel de caballos atados en la *tranquera* (1) por la algazara y el ruido de los vasos y guitarras, que no era una estancia, sino una *pulpería*, ó lo que viene à ser lo mismo, un ventorrillo ò taberna donde estaban reunidos como de costumbre todos los gauchos del distrito.

Acercòse à la puerta y sin bajarse del caballo gritó:

—Ave Maria! .... Buenas noches, *paisanos*.

—Buenas noches, *aparcero* (2) repitieron los gauchos asomàndose al umbral; ¿qué se le ofrece?

—Poca cosa: tened la bondad de decirme hàcia donde queda la estancia de Aracay.

—Apéese y eche un trago.

—Sentiria demorarme.

—Apéese y eche un trago, añadió uno de los circunstantes con tono de autoridad; el tiempo está malo y ademas no conviene que vaya solo por ese camino.

—Por qué? preguntó el viajero con la calma de un hombre à quien le es indiferente la vida ó la muerte. Acaso hay ladrones?

—Otra cosa peor: ea, apéese, eche un trago y se lo contaremos, esclamaron todos à una voz.

---

(1) Una viga atravesada entre dos postes de madera.

(2) Amigo.

El viajero, iniciado en los usos y costumbres de los gauchos, à pesar de su vivo anhelo por continuar su marcha, obedeciò à esta invitacion no queriendo lastimar su amor propio y hacerles lo que ellos llaman un desprecio; desprecio que habria pagado muy caro, pues ademas de dirigirle mal y estravíarle, eran capaces de haberle jugado una pesada burla y hasta de haberle insultado.

Tomò el vaso que le ofrecian, y procurando sonreirse y mostrarles el rostro placentero, brindò *á la salud de todos en general y de cada uno en particular*; y lo apuró de un trago.

—Vaya otro, replicó el que hacia de Anfitrion aquella noche.

—Mil gracias, amigo mio; he tomado el anterior por complaceros; tengo muy débil la cabeza y otro vaso me embriagaria.

—Pues señor, *á su salud, á la de su apreciable familia y á la de todos sus aparceros*! contestò el gaucho apurando el vaso que no habia querido aceptar el jòven y otros dos mas.

—Perdonad, amigos mios, continuó este no bien hubo concluido aquel su triple brindis; perdonad si me alejo tan pronto de vuestra inestimable y grata compañia; me urge llegar cuanto antes à la estancia de Aracay: con que asi vuelvo à suplicaros que me digais cual es el camino mas corto.

—Ya le manifesté, murmuró el que habia hablado primero, que no conviene que vaya solo por ese camino.

—Pues que hay?

—Nada .... una friolera .... un *tigre cebado* que ha aparecido hace una semana y ha devorado ya mas de quince personas.

—Dichosos ellos! pensó el desconocido. Ah! si no fuese porque deseo verla una vez siquiera antes de morir, yo aprovecharia esta ocasion para libertarme del peso de la existencia.

Los gauchos, al ver que permanecia como acobardado y perplejo con los ojos clavados en tierra, atribuyendo à miedo su indecision, se echaron una mirada de burla acompañada de una sonrisa irónica, que á la verdad no merecia el valiente jóven.

—No seria posible evitar el encuentro del tigre dando algun rodeo? .... preguntó el aludido sonriéndose à su vez de la ligereza con que le habian juzgado, y del apego à la vida y el temor de morir que le suponian.

—Imposible! la estancia de Aracay queda frente à los bosques del Chaco (1) lugar donde ahora se encuentra esa perversa alimaña, segun las últimas

(1) Los bosques del Chaco, célebres en el Rio de la Plata, comienzan à dos leguas de la ciudad de Santa Fé, y se dilatan por toda la provincia en un ràdio de muchas leguas.

noticias. Ayer ha devorado à un *peon* de la misma estancia.

—Pues bien! sea lo que Dios quiera .... adelante! repitiò el jòven con desden; es necesario que yo llegue allì esta noche.

—Aguardad al menos hasta mañana ....

—No puede ser!

—Pues señor, adelante! para los valientes se han hecho las grandes cosas: adelante! .... esclamaron en tono de mofa algunos que estaban medio ébrios.

Todos creyeron que el desconocido era un fanfarron, que queria echarla de valiente, pretension que jamas los gauchos perdonan, y aparentando que iba à la estancia, quedarse luego à dormir en otra parte: por eso se apresuraron à enseñarle el camino, repitiendo en coro: adelante! adelante! .... y ninguno se ofreciò à acompañarle.

El jòven montó à caballo, se alejó à galope, y perdióse muy pronto de vista en medio de las pullas é impertinencias de los taimados gauchos, que permanecieron en la puerta de la *pulperia* largo espacio, para ver si seguia el camino indicado.

—*Ay juna* .... el aguardiente se le ha subido à la cabeza, decia uno.

—El *mozito* nos cree *sonsos*, añadiò otro.

—Vaya un *balaquero!* (1) esclamaba este.

—*Se le hace la rana sapo* (2) respondia aquel.

—Ha hecho bien en *guasquearse* (3) mas ligero que un *ñandú* (4), vociferaba otro tan largo de lengua como escaso en obras; *porque ya estaba lambiéndome por fajarle una sumida.* (5)

Pero con gran sorpresa suya, con asombro y espanto de todos, à la claridad de los rayos y centellas, mas frecuentes à medida que arreciaba la tormenta, le divisaron media hora despues, siempre à galope, cerca ya del fatal bosque, encerrado entre los árboles y el rio, trasponiendo la *cuchilla* (6) de Aracay.

Diez ó doce de los gauchos, impulsados de la admiracion y entusiasmo que siempre inspira à esa gente cualquier rasgo de heroicidad no comun, gritaron al cerciorarse de que era el mismo:

—Es làstima que dejemos matar à un hombre tan valiente: ó està loco ò borracho.... corramos à salvarle.

Y precipitàndose en tumulto à la *tranquera*, de-

---

(1) Fanfarron,
(2) No sabe lo que se pesca.
(3) Irse de carrera.
(4) Avestruz.
(5) Estaba consumiéndome por darle una puñalada.
(6) Colina, eminencia.

sataron sus corceles, cabalgaron, y seguidos de la mayor parte de sus compañeros, partieron à toda brida, sin reflexionar que cuando llegasen ya seria inútil su socorro.

Tal acontece con frecuencia en muchas situaciones de la vida; los que pueden y deben salvarnos, por indolencia, por estupidez ó falta de voluntad, dejan que nos precipitemos al abismo, y cuando ya no es tiempo, van à tendernos una mano generosa, y à deplorar tal vez sìnceramente nuestro infortunio.... Asi obra por lo regular el mundo.... al asno muerto la cebada al rabo.

CAPITULO V.

El tigre cebado.

Estes grupos de coqueiros
enleados de taquaras,
saon muytas veces ó coito
dais temiveis jaguaras.

(J. A. MAGALHAES, POETA BRASILEÑO,)

EMPECEMOS el capìtulo esplicando lo que significan las palabras que le sirven de epìgrafe.

En aquellas regiones donde el hombre y las fieras se disputan el dominio de la naturaleza, que ostenta do quier su exuberancia y fuerzas primitivas, donde las ciudades y las poblaciones no son mas que pequeños oasis de civilizacion, enclavados en medio de inmensurables *pampas*, desiertos y bosques que

no se sabe donde acaban, sucede à menudo que el hombre cae bajo la sangrienta garra de los animales feroces. Entre estos, el tigre es sin disputa el mas temible. Sobre este particular observase en América un fenómeno muy curioso y digno de un estudio especial por parte de los naturalistas. Desde que el tigre ha llegado à probar la carne humana, se aficiona tanto á ella, que no quiere la de otros animales, y se dedica con toda la astucia, perseverancia y arrojo de que es capaz, á este nuevo género de caza, à la caza de hombres. Se oculta en los *pajonales* (1) de los llanos y entre los cañaverales de los rios; se pone en acecho en las sendas transitables, vaga por los alrededores de los pueblos y de las *estancias*; y en las altas horas de la noche, à la caida de la tarde, y aun à veces à la mitad del dia, penetra en ellas sin ser sentido. No hace muchos años que entrò en Montevideo, ciudad que ya entonces contaba mas de treinta mil almas, uno de estos tigres, cuyo recuerdo ha consignado la tradicion en el parage donde fué muerto. que hoy se llama la *Esquina del tigre.*

Desde que el citado animal se entrega á su devoradora sed de carne y sangre humana, que le impele à saciar su voracidad solo con las personas, desde-

(1) Yerba que crece hasta la altura de un hombre.

ñando otras presas que facilmente podria hacer, se le da el nombre de *Cebado*; y apenas dos ò tres desgracias anuncian su aparicion en un distrito, el juez de paz de aquel departamento està obligado por una costumbre inmemorial que se considera como ley, á convocar en el acto à todos los varones hábiles para la caceria, y bajo su autoridad y direccion disponer una batida general hasta conseguir el esterminio de la fiera. Rastreado el tigre y descubierta su guarida mas tarde ó mas temprano, aunque tiene la precaucion de variar con frecuencia de albergue, sucumbe al fin à manos de los amigos y deudos de los que dias antes ha devorado.

El que ahora esparcia la alarma y la consternacion en la estancia de Aracay y sus alrededores, llevaba muertas sobre ocho personas, y ya el juez de paz, puesto de acuerdo con el propietario de la estancia, que no era otro que don Luis Larteman, habia determinado celebrar la batida general, tan pronto como llegase el *vaqueano* (1) de la provincia, que habia ido à *Salta* y debia estar de vuelta de un momento à otro.

Loca y descabellada era por lo tanto la conducta del jóven, màxime cuando podia haber aplazado la

(1) Hombre pràctico en el conocimiento del terreno de una localidad ó de toda una provincia.

ejecucion de sus proyectos para dos ó tres dias despues.

Desgraciadamente, los que están dominados por una idea fija, se parecen á los enfermos que quieren curarse en pocas horas apelando à remedios heróicos, estraordinarios, y agravan su dolencia; como aquellos, dejàndose arrastrar de sus estravagantes caprichos, creyendo conseguir mas pronto lo que desean, lo aventuran y pierden todo.

Hé aquì los silogismos que se propuso nuestro viajero con la rapidez inconcebible del pensamiento, mientras se burlaban los gauchos de su supuesta cobardìa, y las indeclinables consecuencias que de sus premisas dedujo lògicamente.

—Yo estoy resuelto á suicidarme.

—Pero antes de morir, quiero ver y despedirme de la muger que amo.

—Y cuando la vea no vacilaré en mi resolucion?.... No adivinarà ella mis intenciones, y procurarà disuadirme de mi criminal propòsito?

—Podré resistir à sus lágrimas, à sus ruegos y al remordimiento de acibarar su existencia y hacerla mas infelice todavia....?

—Quisiera no verla, y una fuerza superior à mi voluntad me empuja y me arrastra hácia donde està ella; quisiera bajar al sepulcro sin decirla *adios*, y

el arma homicida se me cae de las manos à esta dolorosa idea.

—Véala ò no, debo y quiero morir. Mi buena ò fatal estrella ha arrojado entre ambos el resorte misterioso, el imantado eslabon que debe unirnos un momento ò separarnos para siempre.... y ese resorte misterioso, ese imantado eslabon, es la muerte que tanto anhelo.

—Por qué retroceder? No es este un señalado favor que me hace la Providencia?....

—Si el tigre sale à mi encuentro, huiré ò lucharé con él.... Si sucumbo, se habrà cumplido mi destino y habré dejado de penar sin mancharme con un crímen; si, por el contrario, me libro de sus garras, creeré que Dios proteje mi vida para que la vea y espire en su gracia.

—Vencedor ó vencido en esta prueba, *él* tendrà piedad de mi alma, y *ella* rogará por mí.

Desordenadas, confusas, anàrquicas, estas reflexiones y otras semejantes afluian en torbellino á su frente, y deslumbrado por su engañosa apariencia de verdad, cerrò los oidos à las prudentes advertencias de los gauchos y se arrojó ciego en brazos del acaso....

Hemos dicho que la noche habia cerrado lóbrega y pavorosa, y que la tempestad, pròxima à esta-

llar, rugia por el cielo amenazando desplomarse sobre el mundo.

Aquella medrosa oscuridad, interrumpida solo por el repentino fulgor de cien relàmpagos, y los lùgubres bramidos del viento que al pasar doblaba silbando las copas de los àrboles; aquel imponente desconcierto de la naturaleza, en vez de aterrar al viajero, le hacian esperimentar una intensa sensacion febril que no carecia de encantos. El estado de su alma se identificaba con el de los elementos, y escitado su sistema nervioso por la electricidad de la atmósfera, y enardecido su espìritu por los ardorosos recuerdos que informes bullian en su cerebro, como bulle y salta el inflamado salitre al reventar la preñada bomba, sentia dentro de sí la lucidez de ideas, el aumento de fuerzas, de bienestar y brios que suele comunicarnos algunas gotas de un vino generoso.

Desde la cumbre de la pequeña eminencia de que hablamos no ha mucho, divisó à poco mas de un cuarto de legua la estancia de Aracay, y observò tambien no sin algun recelo, la estrecha senda que à ella conducia, encajonada entre el rio y el bosque.

Entonces comprendió toda la estension del riesgo que corria: una vez metido allì no habia escape; para libertarse era preciso matar ò ser muerto.

El viajero detuvo la brida à su caballo, y permaneció algunos segundos contemplando al resplandor de las centellas la casa à donde se dirijia.

—Allì estarà ella ahora, se dijo, tal vez pensando en mi, mientras yo caigo sin vida casi á sus puertas, enviàndola como última prenda de amor, mi ùltimo suspiro.

Melancòlica sonrisa vagò por los làbios cárdenos del jóven, que levantó sus ojos al cielo con indescribible espresion de orgullo y mansedumbre, de enojo y resignacion; luego bajó la cabeza, y quedòse embebido en hondas, tristìsimas reflexiones.

Dos gruesas làgrimas mas amargas que la hiel corrieron á lo largo de sus descoloridas megillas, volviò à clavar su altanera mirada en el firmamento, y con un gesto de feroz indiferencia se alzó de hombros y bajó lentamente la colina.

Al entrar en la reducida senda que quedaba entre el rio y el bosque, sacó un pañuelo, se lo atò por los ojos à su corcel, y le cerrò espuelas, al mismo tiempo que desnudaba su largo *facon*, cuyo puño de marfil asomaba entre las jergas y caronas.

De esta manera galopò un buen trecho, y ya estaba à doscientos pasos de la estancia y se regocijaba interiormente de su buena fortuna, cuando el caballo se detuvo de repente, retrocedió desatentado y lleno de espanto, irguió las orejas moviéndolas en

direccion opuesta, tendiò el cuello y levantò la cabeza, aspirando el aire que venia de la selva.

A poco resonó un bramido gutural, sordo, veloz y prolongado; el inteligente animal erizò la crin, se encalabrinò, quiso huir y no pudo: acometido al punto de un temblor nervioso, con la velocidad del acero colocado junto al iman, volvió la cara hàcia el parage de donde parecia venir aquel alarido aterrador, respirò con estrépito, y permaneció inmovil como herido de un rayo.

El viagero conociò que el tigre estaba cerca y seguia sus huellas; tendió su anhelosa mirada en torno suyo, y al brillo de los relámpagos, vió á la fiera que marchaba ó mas bien corria con la cabeza baja, oliendo el suelo, batiéndose los hijares con la cola y bramando con mas frecuencia y mas furiosa á medida que se acercaba á su presa.

Aunque el desconocido sintiò lo que sienten aun los mas intrépidos la vez primera que escuchan en medio del campo el bramido del tigre, bramido vibrante, áspero, cavernoso, que participa del gruñido del cerdo, del aullido de los lobos y *cimarrones* (1) y del graznido de la serpiente; es decir, aunque sintiò un sacudimiento galvànico en todo el cuerpo, como si la carne se estremeciera por sì so-

---

(1) Perros montaraces.

la al anuncio de la muerte, acompañado de calofrios y violentas palpitaciones, no por eso se amedrentò ni perdiò su serenidad habitual.

Dos medios le quedaban para salvarse; el primero, y el mas arriesgado, consistia en echar pié à tierra, envolverse el *poncho* en el brazo izquierdo y luchar cuerpo á cuerpo con el tigre como hacen los gauchos; el segundo, si no tan peligroso, ofrecia otro inconveniente: al abrir una ancha herida al caballo para que recobrase con la pérdida de la sangre la facilidad de moverse, y huyese, se esponía à matarle antes de conseguirlo, pues no siempre este recurso es infalible.

La fiera en tanto avanzaba con paso acelerado por la márgen del rio, cual si temiese que el viajero buscase en él su salvacion mas bien que en el bosque.

Rutilaban en medio de la oscuridad como dos brasas encendidas sus grandes ojos, centelleantes, rojizos y amenazadores, despidiendo una luz cárdena y sangrienta que deslumbraba y heria con invencible fascinacion aterradora à los que la contemplaban.

Tal era la impresion que producian aquellas dos òrbitas brillantes, que parecian girar y adelantarse por sí solas cuando el feroz animal bajaba y levantaba la cabeza en medio de la velocidad de su carrera, sin que la lobregnez de la noche permitiese dis-

tinguir su cuerpo; órbitas de fuego que se destacaban en la sombra sin ningun punto de apoyo, como dos estrellas perdidas que hienden el firmamento; como dos fàtuas exalaciones que brotan, se apagan, reviven y oscilan sobre la cruz de abandonada iglesia; como las almas de dos réprobos, condenados en forma de luces errantes, à vagar por los cementerios y à perseguir á los viageros en las encrucijadas y caminos solitarios.

Eso pensaria cualquiera ignorando la causa, por poco dispuesta que estuviese su imaginacion á creer en las cosas sobrenaturales.

La ilusion era completa, hasta que una ràfaga de luz se abria paso al traves de las densas nubes, y reflejaba sus fugaces destellos sobre el hermoso animal que tan fieros ojos tenia.

Entonces, si la idea del peligro no quitase el deseo de examinarle de cerca, haciéndole objeto de un estudio fisiológico, no habria podido menos de admirarse su bella planta, el brillo de su amarillenta piel jaspeada de manchas negras y relucientes; la régia altivez, el sello de pujanza y ferocidad impreso en su semblante, y la soltura, la gallardia y agilidad de todos sus movimientos.

Mientras el jóven se decidia à echar pié à tierra ó à herir su alazan, el tigre se habia aproximado tanto que apenas distaba veinte pasos.

Era preciso resolverse; y nuestro viajero, que aunque muy valiente, no tenia la destreza necesaria para luchar cuerpo à cuerpo con tan temible enemigo, antes que esponerse à una muerte casi segura, apeló al único recurso que le quedaba. Levantó el brazo, y atravesó con su cuchillo de parte á parte el cuello del caballo.

Este, al sentirse herido, partió como un rayo, no para la estancia como deseaba el ginete, sino en direccion á la selva.

Por fortuna era blando de boca, y pudo su dueño contenerle y enderezar el rumbo hácia la casa, que segun digimos se divisaba ya á doscientos pasos.

Pero en el breve intérvalo que tardó en esta operacion, diò tiempo á la fiera para que le alcanzase.

Y en el mismo instante que arrancaba el pañuelo à su caballo y volvia à herirle en el vientre, temiendo que se le *empacase* de nuevo, sintiò sobre sus ancas el choque de un cuerpo cercano y un ruido seco y àspero, semejante al estallido de la vela de un buque partida por una ràfaga de viento.

Dos minutos despues sintiò otro golpe idéntico al primero, y creyò percibir rechinamiento de dientes y ruido de garras hundiéndose en las ancas de su corcel.

Vuelto en sì por la inminencia del peligro, revol-

vió el brazo atràs y descargò tres ó cuatro golpes en la grupa del caballo.

La acerada hoja del *facon* debiò chocar contra algun cuerpo sólido, porque rebotò dos veces, y à la tercera saltó rota por la mitad.

Un rugido espantoso ensordeció la llanura, y tras él oyòse el rumor de una pesada mole que caia y se arrastraba revolcándose por el suelo.

El caballo siempre à escape, llegò à la estancia, saltò desbocado por encima de la *tranquera*, y ciego y desesperado fué à estrellarse contra las paredes de la casa.

Caballo y caballero rodaron por tierra; el primero sin vida, el segundo sin conocimiento.

Cuando llegaron los gauchos que salieron de la pulperia en su auxilio, solo encontraron dos anchos regueros de sangre: uno que se dirigia hàcia la estancia y otro que iba à perderse en el fondo del bosque.

CAPITULO VI.

Adivinacion.

........misterio,
visiones del alma son!
Los vagos presentimientos
de la inquieta fantasia,
forman coro en la armonia
de la invisible creacion.
(ECHEVERRIA)

EL caballo desbocado se estrelló contra la pared de la habitacion que servia de antesala y donde se reunian por la noche para tomar el té Larteman y su esposa.

A la sazon se encontraban juntos; eran poco mas de las nueve; el primero leia los periódicos de Buenos Aires llegados en el último correo, y la segunda una leyenda de Zorrilla; y si don Luis no hubiese

estado tan engolfado en la lectura de las enérgicas notas pasadas por el *ilustre restaurador de las leyes* (1) à los plenipotenciarios estrangeros Deffaudis y Ouseley. enviados por sus respectivos monarcas, la reina Victoria y el ex-rey de los franceses, Luis Felipe, para arreglar definitivamente por la milésima vez la cuestion del Rio de la Plata, sin duda habria notado la profunda impresion que causaban à su encantadora mitad las dulces trovas de su poeta predilecto. Adela leia por primera vez los *Cantos del Trovador*, y se habia detenido embelesada en estos preciosos versos que tan bien pintaban su situacion y el estado de su alma:

"¡Ay! triste de quien llora
y en soledad amarga
los perezosos dias
numera con afan,
y puede sólamente
de su existencia larga,
temer los venideros,
llorar los que se van!"

"Ay triste del que jóven
y alegre todavia
sus horas de ventura
recuerda con dolor,

---

(1) D. Juan Manuel Rosas.

y siente que aun adora
su ardiente fantasia
la fugitiva sombra
de su perdido amor!"

En aquel momento pensaba ella en Enrique, pensaba en los venturosos instantes pasados junto à él; contemplaba à su marido, repetia para sì los versos que acababa de leer, y al evocar los recuerdos mas gratos de su vida, oprimìasele el corazon como si una mano de hierro se lo apretase; y si sus làbios se negaban à dar paso à los hondos suspiros que en secreto exhalaba aquel, sus ojos menos crueles, vertian alguna lágrima furtiva, que enjugada apenas brotaba, renacia de nuevo al volver à fijar sus ojos en el libro.

Y cuando mas engolfados estaban uno y otro en su lectura, oyeron el rüido estraño y alarmante producido por el violento choque del corcel, que hizo retemblar las paredes de la casa, al abrirse el cràneo contra las macizas piedras de que estaba construido el edificio.

Adela, trémula y llena de sobresalto, como impelida por una fuerza sobrenatnral, arrojò el libro, se levantó de la otomana en que estaba sentada, y preguntó à su esposo:

—No habeis oido?

—Sí, contestó él con la mayor indiferencia, vol-

viendo la hoja del periódico y hablando á medida que leia; será algun potro ó algun novillo *alzado* (1) ó tal vez el tigre que hace dias trae aterrorizada esta comarca; pero no te asustes, las paredes son muy altas y por mas que haga no podrà saltar por encima de ellas. A Dios gracias, mañana, segun me ha escrito hoy el juez de paz, se harà la batida.

—Tendreis la bondad de abrir esa ventana? continuò Adela con creciente agitacion; acaso sea algun infeliz que huye perseguido por la fiera....

El recuerdo de Enrique cruzó ràpido por su frente; pero ella le rechazó al punto como una quimera de su imaginacion enferma.

—Tambien puede ser eso, repuso Larteman con voz pausado y grave, recostándose perezosamente en el respaldo del sillon, preocupado ya por el interes y angustia con que se espresaba su compañera.

Sus celos eran tales que hasta en las cosas mas leves encontraba motivo para alarmarse.

—Si no quereis abrir la ventana, replicó Adela, os pido, os ruego que mandeis à vuestros criados á que se informen de lo que puede haber ocasionado ese ruido.

Larteman la mirò fijamente y continuò impasible su lectura.

---

(1) Se dà este nombre al ganado que huye de las estancias y se vuelve silvestre.

—Dios mio! Dios mio!·· repitió la pobre jòven poniéndose la mano sobre el corazon, y sin atinar à esplicarse la causa del agudo, intensísimo pesar que sentia, Dios mio!···· paréceme que alguna gran desgracia va á caer sobre nosotros!

Sonrióse el incrédulo marido y añadió con ironia:

—Eres muy nerviosa, Adela; quiero decir, muy sensible···· y por eso te asustas de todo···· ya lo ves···· el ruido ha cesado y nada se oye que justifique tus pueriles temores.

Acompañó don Luis estas palabras con un gesto desdeñoso que equivalia à decir: no te canses, porque es inùtil.

—Burlaos de mi en buen bora, si asi os place, respondió ella con resignacion, procurando sonreirse y comunicar à su voz un acento de dulzura y à su fisonomia una espresion de afabilidad que disipase el mal humor de su esposo; burlàos de mi cuanto querais, pero al menos, amigo mio, complacedme en lo que nada os cuesta.

—Tienes mas que abrir tú misma la ventana y desengañarte?···· Bonito estoy yo para impertinencias!

A esta impolìtica respuesta que no esperaba, Adela se encogiò de hombros, se acercò à la ventana y la abrió de par en par.

Una ràfaga de viento apagò las luces que ardian sobre la mesa.

—Mujer ò demonio! gritò don Luis encolerizado, me habia de alegrar que anduviese por ahì el tigre y te tirase un manoton!

—Gracias, contestò ella con amabilidad, indiferente á aquel amoroso requiebro, acostumbrada como estaba al grosero lenguage de su marido; gracias por el buen deseo.

—Vamos, has satisfecho ya tu curiosidad? preguntòle este con mas buen modo, desarmado à su pesar por la angélica bondad de su consorte.

—Veo dos bultos, repuso Adela metiendo la cabeza por entre los hierros de la ventana; pero està la noche tan oscura que no me es posible distinguir si son personas ò animales.

En este momento el càrdeno resplandor de una centella iluminó el espacio.

Adela diò un grito retrocediendo, cubrióse el rostro con las dos manos, y se dejó caer sobre la otomana esclamando:

—*Es él, él!*

Su esposo al oirla, mas veloz que el caminante cuando por descuido pisa una serpiente que no ha visto, saltó de su asiento, precipitóse á ella, y ciego, y sin reflexionar:

—Quién es él? .... la preguntó con voz amena-

zadora, cogiéndola bruscamente de un brazo y arrastràndola hàcia la ventana.

—Enrique! .... contestò Adela bañada en llanto.

—Y quién es Enrique? .... tornó à preguntar don Luis con doble ira que la vez primera.

—Mi primo ....

—Ah, tu primo! ....

Larteman se hirió la frente con la mano que tenia libre, y arrojó una mirada satànica sobre su atribulada mitad.

Iluminado por los celos, por una de esas intuiciones misteriosas que no pueden esplicarse y que no obstante nos revelan frecuentèmente la verdad tal como es, así como su esposa habia adivinado ò presentido, que en último resultado viene à ser lo mismo, la llegada de su amante, adivinó él las relaciones que mediaban entre ambos; y asaltado de una certidumbre tal, que primero hubiera dudado de su existencia que de la infalibilidad del sentimiento que se la inspiraba, habia encontrado la esplicacion del enigma que antes no alcanzaba à descifrar: el amante misterioso, el ser ideal à quien Adela consagraba en secreto su ternura, habia por fin aparecido.

En medio del atroz suplicio de los celos y de sus sospechas cambiadas en realidad, en medio de lo que sufria llevando las cosas mas allà de lo que la

razon aconsejaba, suponiendo á su esposa mas culpable de lo que realmente era, Larteman no cabia en sí de gozo.

—Ahora podré vengarme, se dijo; y á esta sola idea escondiò su dolor en lo mas hondo del pecho y recobró su semblante una espresion afable y placentera.

—Ah! es tu primo, repitió: que necio he sido en figurarme otra cosa! .... vamos .... no llores .... probablemente eso no serà nada ....

—Ay! tal vez ha muerto! esclamò Adela sollozando.

—Pronto lo sabremos .... vuelvo al instante.

—Si, corred, no os detengais ....

Saliò don Luis acompañado de sus domésticos, à falta de hachas con faroles encendidos.

Con lo primero que tropezaron fué con pobrele caballo que estaba horrorosamente mutilado; tenia la cabeza abierta, atravesado el cuello y el vientre, y toda una anca desollada. Las garras del tigre en la primer embestida, no pudiendo hundirse en sus carnes, habian llevado tras sì toda la piel desde el estremo de la espina dorsal hasta los muslos, la cual habia producido al rasgarse, el ruido seco y àspero que comparamos al estallido de la vela de un buque partida por una ràfaga de viento. Ademas, tenia en el mismo parage dos profundas heridas, ocasio-

nadas involuntariamente por el mismo ginete, al dirigir sus golpes à la fiera que traidora pretendia encaramàrsele por detràs.

Al capitalista y à su comitiva les bastó una simple ojeada para hacerse cargo de cuanto habia sucedido.

Pusieron al joven sobre una manta, y le llevaron à la habitacion donde Adela le esperaba con un pomito de éter en la mano.

—Aquì, colocadle en este sillon, dijo apresuradamente á los domésticos no bien pasaron el umbral.

En seguida apoyó su temblorosa mano sobre el corazon de Enrique, le tomò el pulso, corrió, trajo un espejo y se lo puso sobre la boca, ansiosa de ver si lo empañaba con su aliento.

—Ah! sí.... vive, vive todavia!.... esclamó llena de alborozo dàndole à respirar el pomo.

Y como tardase en volver de su letargo, impaciente le llamò con voz vibrante de ternura y amor:

—Enrique! Enrique mio!

El jòven se estremeció, y fuese efecto del éter ò de aquella voz querida que resonaba hasta el fondo de su alma, voz celeste capaz de levantar á un muerto de su tumba, abrió los ojos y se incorporó en el sillon con la velocidad del enfermo à quien van à enterrar vivo, y que en aquel terrible trance vuelve en sì, rompe la cubierta de su ataud y asoma la cabeza;

Aire buscando y anhelando luz. (1)

Fascinado, atontecido aun por la caida, sin saber lo que le pasaba, abrió sus brazos y por poco Adela se precipita en ellos.

El brusco movimiento que esta hizo para no ceder à aquel involuntario impulso, obligó à su amante à pasear la vista en torno suyo.

Entonces divisó à Larteman que à poca distancia los contemplaba silencioso, haciendo inauditos esfnerzos para contenerse.

Enrique se creyò obligado à dirigir algunas palabras à aquel hombre que suponia esposo de su prima, y à justificarse y à justificarla, desvaneciendo cualquiera sospecha que hubiera podido infundirle la libertad que habia querido tomarse con ella.

—Sin duda, señor don Luis, le dijo tendiéndole la mano, no ignorais que me he criado con Adela, y que la quiero como à una hermana.

—Y si lo ignorase, respondió el celoso marido con una sonrisa tan falsa como el doble sentido envuelto en sus palabras, bastarian para probàrmelo las demostraciones que la he visto hacer con vos esta noche. Se conoce que ella tambien os quiere muchísimo. Amor con amor se paga.

Ni Adela ni Enrique se dejaron alucinar por la

---

(1) Espronceda.

sonrisa artera de aquel hombre que ni aún para fingir tenia habilidad. Los dos comprendieron que habia sorprendido su secreto, y los dos temblaron: ella por él y él por ella. Desgraciadamente ya era tarde.

—Como dentro de dos ó tres dias parto para el Brasil, prosiguiò Artames, y supe en Santa Fé que en este intérvalo debia celebrarse por aquí una batida de tigres; queriendo dar el parabien à mi prima, sorprenderla agradablemente, y participar tambien de la referida diversion, á que soy muy aficionado, me aventuré à venirme solo y à estas horas.. Por poco me ha costado cara mi temeridad.. pero en fin.. heme aquí....

El señor de Aracay aparentó creer esta fàbula, y contestó con afectada alegria:

—Sea en buen hora, don Enrique; estais en vuestra casa y podeis permanecer en ella el tiempo que os agrade. Así como asì, no podiais venir en mejor ocasion; mucho celebro tener un compañero mas para mi partida de caza. Voy à mandar que os preparen una habitacion.

—Eso me toca á mì, dijo Adela en ademan de encaminarse à la puerta.

—Perdóname, querida, si usurpo esta noche tus atribuciones, contestó él adelantándose à su esposa: ya que tu primo ha de permanecer tan poco tiem-

po entre nosotros, no quiero privarle del placer de estar algunos minutos mas à tu lado.

No bien se quedaron solos y se perdiò en el largo corredor el eco de las pisadas de don Luis, Adela se acercó à su antiguo amante, y tomándole la mano le dijo en tono de queja y amorosa reconvencion:

—Enrique, Enrique! por que has venido?

—Perdóname, Adela; al partir à lejanas tierras quise verte por vez última, quise hablarte, hablarte, sí, pero sin testigos....

—Imposible! mi marido tiene celos hasta de su propia sombra.. me acecha à todas horas.. estoy rodeada de espias.. ya desconfia de tí, y ¡ay de nosotros si llega á sorprendernos!

—De modo, repuso Enrique con dolorosa amargura, que ya ni aun esó me es dado esperar. De modo que habré espuesto mi vida por hablarte, nada mas que por hablarte, Adela, y ni siquiera llevaré el consuelo de haberlo conseguido, al despedirme de tí para siempre!

Tristísima era la espresion del rostro del desdichado, y desgarrador su acento al espresarse de esta manera; y mucho le idolatraba Adela todavia, para mostrarse insensible à su quebranto.

—Ah! esclamò ella, no es que no quiera, sino

que no puedo; te amo demasiado, Enrique, para esponer tu vida····

Artames la contemplò en silencio, moviò la cabeza y le diò las gracias con una mirada en la que se leia el pensamiento infernal que le traia à morir allí, junto à la ingrata que se negaba à recoger su ùltimo suspiro.

Aquella mirada produjo en la impresionable jóven el efecto de un àscua encendida arrojada sobre la pòlvora: à sus siniestros resplandores divisó el abismo hácia el cual se encaminaba su amante, empujado por la desesperacion y el hastío de su postrer desengaño.

La idea de salvarle se despertó en su pecho, vehemente, arrolladora, irresistible.

Y cerrando los oidos à toda reflexion para no arrepentirse del generoso impulso que sentia, y retroceder ante sus consecuencias, le dijo precipitadamente:

—Enrique, haré por tì cuanto puede hacer una mujer··pongo en tus manos mi honor, porque sé que no lo mancillaràs; prométeme, jùrame que seguiràs mis consejos, y esta misma noche nos veremos.

—Te lo prometo, te lo juro! respondiò el desventurado con la insensata alegria del reo que al pié del cadalso recibe el indulto que no esperaba.

—El único parage donde podremos vernos, continuó Adela bajando la voz sin advertirlo à medida que hablaba, es en la última de mis habitaciones, en el gabinete que me sirve de tocador. Allí nadie podrá sentirnos.... en otra cualquiera parte seria muy arriesgado.

—Lo malo es, que no conozco la casa....

—Despues de las doce, cuando todos duerman..

—Acaba!

—Yo misma iré à buscarte.....

—No me engañarás?

—No: cierra en falso la puerta de tu cuarto.

—Adela, eres un ángel!

—Pero no olvides, Enrique, que no vas à ver á tu antigua amante, sino à la esposa de D. Luis Larteman....

—He abusado nunca de la confianza ilimitada que en mi has depositado? ¿Me he tomado jamàs la menor libertad contigo, à pesar de vivir bajo el mismo techo, y de estar siempre juntos y solos la mayor parte del dia?..

—Sí, bien lo recuerdo! esclamò Adela enternecida; tu leal é hidalga pasion merecia otra recompensa..Dios en sus juicios impenetrables no lo ha querido..resignémonos á lo que no tiene remedio. Ahora que la sociedad y la religion han puesto entre nosotros una barrera insuperable, para sostener-

nos mùtuamente en la àspera senda que vamos atravesando, recordemos, Enrique, lo que te dije la vez primera que huiste de mi porque me encontraste sola: ven, no estamos solos: *Dios nos mira*!

—Sí, *Dios nos mira,* repitió maquinalmente Enrique, cuya imaginacion escitada por tan dulces recuerdos, vagaba en torno de la quinta de su madre, y evocaba todo un pasado de felicidad divina.

Adela acababa de transportarle al cielo: la llegada de D. Luis vino á sacarle de su éstasis y á sumergirle otra vez en el infierno de la realidad.

A las diez tomaron el té; hablaron una hora del estado y asuntos de sus respectivas familias, y como Enrique y Larteman debian levantarse temprano para la caceria, se retiró cada cual á sus habitaciones.

Momentos despues, todos en la casa parecían gozar las dulzuras del sueño, sueño tan profundo y regalado, à juzgar por las apariencias, que no fué interrumpido por la deshecha tempestad que se desencadenó à media noche.

A media noche.... Lectores, este capítulo es ya muy estenso, y las cosas que pasan à media noche, requieren una seccion aparte. Dejaremos pues, para el siguiente, lo que ibamos à decir en este.

CAPITULO VII.

A media noche.....

...vacila y tiembla,
y en silencio llora y gime,
porque hay algo que la oprime,
indefinible quizà:
en horas que el mundo todo
es una nube sombria,
donde no penetra el dia,
donde la vista no va.

(JOSE M. CANTILO.)

Entrechocábanse las nubes despidiendo fulmìneas exhalaciones, al rodar por la inflamada esfera, que parecia hundirse bajo su tronadora planta.

Caia el agua à torrentes, y estrellàbase contra los cristales de las ventanas, que crujian azotadas por el viento.

Y el rumor de la lluvia que caia, confundido on

el estrépito de los rayos y los lùgubres gemidos del huracan, ora remedaba el gigante murmullo de una lejana catarata, ora el pavoroso estruendo de una tromba marina, cuando el genio de la tormenta bulle en su seno, y se eleva con ella de ola en ola, hasta tocar con su mano el firmamento....

Terrible era la noche, lectores; mas á propòsito para descansar en mullido lecho, bien acompañado si posible fuese, que para pasarla en vela como algunos de los moradores de la estancia de Aracay.

Y sin embargo que no todos dormian, nadie hubiera creido lo contrario, á juzgar por el silencio sepulcral, profundo, que reinaba en sus largos corredores y en cada una de làs habitaciones de la casa.

Solo turbaba aquel silencio cada quince minutos, el golpe pausado y vibrante de un reloj de sobremesa colocado en el comedor.

Tres veces habia recorrido ya el horario los doce números de la esfera, desde que se recogieron los dueños de la casa y su huesped improvisado.

Si algun espia oculto hubiese estado en acecho, nada notable habria percibido hasta entonces; pero al dar la una, no habria dejado de escitar su curiosidad el casi imperceptible ruido de una puerta que se abria poco à poco, y las leves pisadas de una persona que se adelantaba cautelosamente, apoyàndo-

se en las paredes para no tropezar, y deteniendo la respiracion como si temiera ser sentida.

Seria Adela, su marido ó Enrique?

Quien quiera que fuese la persona en cuestion, muy poderosos motivos tendria para conducirse con tiento, porque marchaba con gran sobresalto, precaucion y recelo; precaucion, sobresalto y recelo, que se aumentaron al oir ó parecerla haber oido rumor de cercanos pasos, que se dirigian en direccion opuesta, hàcia la pieza de donde ella acababa de salir.

Detùvose indecisa en la mitad de la galeria donde se encontraba, volviò la cabeza como si sus ojos fueran capaces de distinguir los objetos al través de la oscuridad que los envolvia, prestó el oido, y permaneciò en aquella postura cerca de diez minutos.

Y fuese que nada hubiera oido en realidad, ó bien que el que la seguia, precavido por la interrupcion de su marcha, se hubiese detenido al mismo tiempo, nada oyò que justificase sus aprensiones, y continuó su camino.

Ilusion ò verdad, à poco volvió à escuchar tras sì el mismo ruido misterioso y alarmante.

Detúvose otra vez por doble tiempo que la primera, y tampoco percibió nada.

—Es mi propia imaginacion la que me engaña, se dijo; el eco repite mis pisadas y el miedo me hace

creer que son las de otra persona que me sigue.... Adelante!.... ya no debo ni puedo retroceder.

Y recobrando de pronto todo el valor que al principio parecia haber perdido, atravesó la galeria, cruzó el patio, entró en un corredor y llegò á una puerta que quedaba casi en el centro, junto à otra que hizo estremecer à nuestro misterioso personage, al pasar por delante de ella.

En el cuarto de la segunda habia luz, y por el ojo de la llave podia fàcilmente distinguirse à nuestro jòven viagero, medio acostado en el borde de su lecho, con el codo sobre la almohada y la sien en la palma de la mano.

Al leve crujido de la puerta, que se iba abriendo tan despacio y suavemente que parecia girar sobre sus goznes por sì sola, levantò él la frente con viveza, se incorporò en el lecho, y clavó su mirada centelleante en el oscuro hueco de entrambas hojas.

Adela, como una aparicion celeste, se habia detenido en el umbral y con un dedo sobre los labios le indicaba que guardase silencio, mientras con la otra mano señalaba al tabique que dividia aquella pieza de la inmediata, como queriendo darle à entender que allì dormia su marido y podia oir su conversacion.

Embelesado y absorto la contemplaba Enrique en la misma actitud en que ella le sorprendiò. El si-

lencio y el misterio de la noche envolvian à Adela con esa aureola de ilusion que irradia en torno de una hermosa, cuando se presenta à su amante haciéndole sacrificios y venciendo obstáculos, que le prueban la sinceridad y estension de su cariño.

Enrique olvidó por un instante la amarga realidad y se creyò trasportado al dichoso tiempo de sus amores.... y como no abandonarse à tan gratas quimeras cuando todo se reunia para herir su imaginacion y fascinar su espìritu?

Adela, inmòvil en el dintel, vestida de negro con un largo peinador que dejaba al descubierto sus torneados brazos, su garganta y sus espaldas mas blancas que el jazmin, deshechos por el calor de la tarde los bucles de su rubia cabellera, que oscilaban en su sien y circuian en gracioso desórden sus pàlidas megillas, coloreadas ahora por la inquietud y el rubor; Adela, con la sonrisa en los labios y el alma herida por mortal angustia, fija su candorosa mirada en la mirada de fuego de Enrique; fortalecida por la virtud y la conciencia de su deber, dignificada por una pasion que ya à sus ojos nada tenia de terrenal; Adela, esponiendo su honor, su tranquilidad futura y hasta su vida, por tender una mano salvadora al que tanto habia querido cuando Dios y la sociedad no condenaban su amor.... Adela no era ya una muger.... era un angel.

Era un àngel, si.... sombra, espìritu, serafin, emanacion, reflejo de la divinidad, creacion sublime que en sus ensueños de ventura é idealismo se forja y entrevé la ardorosa fantasia del adolescente, que no es ya niño, ni es todavia hombre, y vìrgen el cuerpo como el alma, adora y diviniza á la que ama con todo el vigor del primero y toda la pureza de la segunda.

Y asi permanecieron largo rato el uno enfrente del otro; ella esperando que él se levantase y la siguiera, y él contemplàndola embebecido, inundado el rostro de gozo, tranquilo é inmóvil, como sino le fuera dado romper la poderosa fuerza de atraccion que le impedia desviar sus ojos de los de la sílfide encantadora.

No de otro modo en los bosques de América, el tímido pajarillo que suspende su morada en los àrboles mas altos para resguardarse de sus muchos enemigos, al divisar al *buío* (1) que trepa serpeando por el delgado tronco ó arrastràndose de rama en rama, tiende las alas para huir; pero fascinado al punto por su letal mirada, describe en el aire un ancho cìrculo que cada vez se hace mas corto, gira y gira sin descanso, va y viene, se afana, resiste, relucha, agítase con desesperados esfuerzos, hasta

(1) Especie de serpiente.

que rendido y sin movimiento vuelve à caer en el nido, y desde allì contempla al espantoso reptil que se le acerca rugiendo de placer, amaga devorarle, y se goza en prolongar su agonia.

Adela se adelantó paso á paso hasta el lecho de Enrique, le tomò de la mano, y le dijo en voz baja.

—Vèn....

El acento del idioma nativo no resuena tan dulcemente en los oidos del proscripto, errante largos años en estrangero suelo, como aquel breve monosìlabo en el corazon de Artames.

Su temblorosa mano estrechó la de su amada, y dejándose guiar por ella, levantóse y siguióla, cual si el estado de su espíritu le quitase la facultad de pensar y de obrar por si propio.

Salieron juntos apoyando el pié como dos malhechores; atravesaron el corredor, el patio, la galeria, y por ùltimo llegaron sin tropiezo à la estancia de la esposa de Don Luis.

Al entrar ellos, sonò en la oscuridad un ligero rumor semejante al que produce la hoja de un puñal al sacarlo cautelosamente de la vaina, precedido de una aspiracion penosa, violenta y sofocada, como de una persona escondida que procuraba reprimirse.

El ruido de la lluvia que se estrellaba en los cris-

tales, impidiò que Adela y su acompañante percibiesen aquel rumor y aspiracion con bastante claridad para alarmarse.

La esposa de Don Luis cerrò con llave la puerta que comunicaba al corredor, atravesó la alcoba, y seguída de Enrique, penetró en el gabinete, ùnica pieza donde habia luz, y à cuya puerta vidriera resguardada con trasparentes cortinas de seda verde, corrió el cerrojo tambien, para evitar que el viento que entraba por las hendiduras de las ventanas, la abriese y cerrase con violencia. Precaucion muy natural en una situacion tan arriesgada como la suya.

Medio minuto despues, à favor de los apagados destellos que vertia una làmpara de cristal cincelado, puesta sobre un velador, en un estremo del gabinete, un observador indiferente habria visto salir del fondo de la alcoba á un hombre con los ojos fuera de las órbitas, en desorden el cabello, entreabiertos los làbios y mal seguro el paso, y adelantarse blandiendo un puñal en la diestra, y levantar furioso el pié con ànimo sin duda de derribar la puerta y hacer pasar à los dos desventurados amantes de los brazos de la felicidad à los de la muerte.....

CAPITULO VIII.

¡Dios nos mira!

Yo no puedo sembrar de eternas flores
la senda que correis de fragil vida,
pero si en ella recogeis dolores
un alma encontrareis que los divida.
Yo pasaré con vos por entre abrojos,
y el uno al otro apoyo nos daremos,
y ambos alzando al cielo nuestros ojos,
allí la dicha y el amor veremos.

(GERTRUDIS GOMEZ DE AVELLANEDA.)

Adela se habia sentado en un canapé junto á Enrique, é invitàndole con una afectuosa sonrisa á que hablase, viendo que permanecia silencioso, añadiò:

—Ya estamos solos, Enrique; te escucho.

—Tal vez te reiràs de mi capricho, repuso él tristemente; pero solo queria estar à tu lado algunos ins-

tantes, oir de tu boca los pormenores de tu enlace, saber si eras dichosa, y por último, despedirme de ti para siempre, porque es probable que no nos volvamos à ver en el mundo. Me voy lejos, muy lejos. . .

Continuaba lloviendo à càntaros, y los dos jòvenes por un esceso de precaucion hablaban tan despacio, que el que estaba en acecho detràs de las cortinas, habiendo variado de resolucion, deseoso de averiguar hasta que punto eran culpables, nada podia percibir de su coloquio. Solo llegaba à sus oidos un murmullo vago y confuso, y de vez en cuando algunas palabras ò frases perdidas que entendia mal, é interpretaba peor, como era de suponer en una persona predispuesta contra los que las proferian.

Por fortuna, las cortinas permitian, aunque confusamente, distinguir los objetos y enterarse de lo que pasaba en el interior del gabinete. Circunstancia que notada con oportunidad por el que estaba oculto, le hizo desistir de su primer propòsito.

—Me preguntas muchas cosas á la vez, contestò Adela, y me pides esplicaciones sobre cosas de las que mas valiera no hablar, porque al fin, Enrique, eso ya no tiene remedio. . . Créeme, lejos de encontrar de ese modo alivio à nuestros males, solo

conseguiremos enconar mas y mas las heridas de nuestro pecho, no cicatrizadas todavia.

—Es verdad.... pero el dolor escitado voluntariamente tiene tambien su voluptuosidad moral; tambien el enfermo postrado por una terrible dolencia, aunque sufre horriblemente, esperimenta una amarga y dolorosa satisfaccion, cuando el escalpelo del médico busca y encuentra sobre la llaga el orígen de sus padecimientos, y entre ayes y gemidos logra al fin estirparlo de raiz.

—Enrique! Enrique! murmuró Adela enternecida por la triste realidad envuelta en su ingeniosa imágen, ten mas resignacion y fortaleza.... Te repito lo que te decia en mi última carta. Vendí mi mano, compré con mi felicidad el honor, el reposo y bienestar de mi familia.... qué habrias tu hecho en mi lugar?

—Quién..yo?..

—Sí, tù.

—No lo sé.

—No te habrias sacrificado por tu anciana madre?

—Ah! sí, esclamó el escelente jòven, vuelto de su delirio por el santo recuerdo de la que le dió el ser.

—Entonces, Enrique, porqué me preguntas si soy dichosa?..podia yo serlo sin tí?

—Tienes razon, Adela, hablemos de otra cosa.

—Sí, es lo mejor.. ahora à mi vez quiero yo hacerte una pregunta.

—Dila.

—A donde piensas irte?

—Lejos, muy lejos.. à España,

—Enrique, tú me ocultas la verdad; tú has venido á verme con ànimo de hacer lo que me decias en tu postrera carta, es decir, con ànimo de atentar contra tu vida.

El jóven hizo un movimiento involuntario, como si Adela hubiera puesto inadvertidamente la mano sobre alguna herida secreta de su pecho.

—Sí, en vano quieres ocultármelo, continuò ella; mi corazon que nunca me engaña me lo anuncia.. Enrique, en nombre de nuestro antiguo amor, en nombre de tu anciana madre, yo te pido, te ruego, te ordeno que vivas.

Sonrióse Artames con desden y clavó la vista en el suelo, cual si temiese dejar traslucir en su mirada el fatal pensamiento escondido en su alma.

—Amigo mio, prosiguió Adela, tomando y estrechando entre las suyas una de las manos del impetuoso doncel, que temblaba, quien sabe si de placer ò de pena; dulce amigo mio, apuremos hasta las heces el càliz de la amargura cumpliendo nuestro deber. Tal vez la Providencia nos reserve en pago de nuestro sacrificio, la recompensa que tarde ò tem-

prano alcanza la virtud en la tierra. A mì la paz del alma, la resignacion para cumplir los sagrados deberes que mi estado me impone: á tí la calma, la alegria, la felicidad de que ahora careces.... Quién puede adivinar lo que nos guarda el porvenir!.. Eres muy jòven todavia; y la gloria, los honores, la fortuna, acaso otros nuevos amores llenarán muy pronto el vacio de tu corazon....

—Imposible! esclamó Enrique con la conviccion del escepticismo; imposible! Hombres como yo no se satisfacen con el humo de la gloria, con el oropel de la grandeza, ni con el favor de la fortuna; hombres como yo no aman sino una vez en su vida.... y dónde, dónde encontraré otra mujer que iguale à la que he perdido?....

—Búscala y la encontraràs; sobran en el mundo. La virtud, la belleza, la gracia, el talento, no son patrimonio de nadie. Existen en la sociedad mil jóvenes que reunen esas cualidades en grado mas eminente que yo.... Créeme, Enrique, con los recomendables dotes que te ha prodigado la naturaleza, no tardaràs en encontrarla. Todavia la Providencia te reserva un tesoro de felicidad.

—En la tumba!.. murmurò el desgraciado amante con voz ininteligible.

—Yo siempre seré tu amiga, tu hermana.. y nada mas. Rogaré á Dios por tu ventura, y el dia que te

vea feliz, me creeré recompensada de todo lo que he perdido al perderte. Ese dia será el mas bello de mi vida.

Adela lloraba y oprimia fuetemente la mano de su amante, que oia con la cabeza baja sus apasionadas palabras. El angustiado acento de la primera y las lágrimas que derramaba, hicieron comprender al segundo cuanto debia sufrir. Tambien él tenia húmedos los ojos y embargada la voz.

Miràronse de hito en hito, y entónces, solo entonces conocieron cuanto se amaban, y cuan dichosos habrian sido unidos el uno al otro.

Aquella muda escena, en que sus dos corazones en alas del sentimiento y la pasion, se hablaban con un misterioso lenguage que los pobres sonidos de ningun idioma por rico que sea, alcanzan á espresar, difundió en todo su ser, una centella del fuego divino que abrasa à los àngeles. Aspiracion à una felicidad que pertenece á otro mundo; santa embriaguez voluptuosa sin vértigos ni deseos terrenales; sed irresistible de elevarse y engrandecerse á los ojos de la persona querida; generoso anhelo de confundir é identificar su existencia con la suya, de sentir, pensar, querer, lo que ella siente, piensa y quiere; triunfo del espìritu sobre la materia; destello inmortal que se desprende del lodo que nos circunda, para revelarnos nuestro orígen celeste;

heróico y ciego impulso que arroja al màrtir à la hoguera, al guerrero entre los humeantes cañones, al misionero en medio de las hordas salvages, y à Jesucristo sobre la cruz que debia redimir al linage humano!

A su brillante luz purificadora, Enrique sintió rasgarse la venda que cubria sus ojos, y pudo sondear todo el egoismo de su desesperacion: para no sufrir apelaba al remedio de los cobardes, al suicidio; se hundia en la eternidad, condenaba à su amante à llorarle toda su vida, y le legaba en premio de su entrañable cariño el remordimiento de haber causado su muerte.

En tanto ella, como si adivinase lo que estaba pensando, le dijo:

—*Dios nos mira,* Enrique, y él, no lo dudes, por que es justo y bueno, tendrá piedad de nosotros.... Seamos virtuosos como hasta aquí, perseveremos en el bien para hacernos dignos de su bondad. Sostengàmonos mútuamente, cual dos peregrinos que suben por distinto sendero una escabrosa montaña, y al divisarse desde lejos, cobran aliento para continuar su marcha, hasta que al fin se encuentran juntos en la cumbre.

—Sì, viviré, viviré!.... repitió instintivamente Enrique, animado de súbita energia, casi con júbilo, obedeciendo à la espontànea y generosa resolu-

cion que le comunicaban las consoladoras reflexiones de aquella mujer angelidal.

—Me empeñas tu palabra de honor? me lo juras por la sombra de tú madre? ....

—Sì.

—Gracias, gracias, Enrique mio, prosiguió Adela con demente alborozo y regocijo: no sabes de que enorme peso me libra tu promesa .... Oh! ya que eres tan bueno voy à exigirte otro sacrificio, sacrificio inmenso y muy cruel .... pero necesario à los dos .... Me lo haràs?

—Puedo yo negarte algo? .... fué la espresiva respuesta de Artames, cuyo noble corazon se habia abierto à todas las nobles impresiones de que era capaz, y que en aquel momento dominado por la influencia de la que adoraba con loco frenesí, aunque lo hubiera intentado no habria podido resistir à su màgia fascinadora.

—Tendràs valor para no verme en algunos años?... preguntó Adela.

Una contraccion dolorosa desfigurò el pàlido semblante del gallardo mancebo, y vacilante y dudoso contestó:

—Si tú lo quieres ....

—Duro es el sacrificio, pero necesario .... ya entre nosotros no debe haber intimidades ni aun aquellas que se permiten entre deudos cercanos. Mi deber

y los severos principios en que he sido educada me prohiben olvidarme en adelante que pertenezco á otro hombre. No quiero ultrajarle ni aun con el pensamiento; no quiero justificar sus celos.... solo por esta noche, Enrique, he vuelto à ser tu Adela; tu Adela pura é inocente como la veias en la quinta de tu madre.... mañana seré otra vez la esposa de D. Luis Larteman y....

—Siempre ese hombre, ese hombre que detesto!.... esclamó el infortunado amante lívido de cólera. Oh! daria mi alma à Satanás, porque me provocase: seria el ùnico hombre à quien mataria con placer!....

—Por Dios, no me lo digas, Enrique, murmuró Adela estendiendo el brazo y volviendo la cabeza horrorizada; harto desgraciado es él, tú y yo. Perdónale como yo le he perdonado....

—Nunca, jamás!

—Pues bien, continuò Adela con doble fervor y energía, te lo juro por mi salvacion, cualquiera de los dos que sucumbiese en un desafio provocado por tí ó por él, nunca jamàs le perdonaria su muerte al que quedase vivo. Tendria siempre el remordimiento de haber sido yo la causa, y antes que ceder á tu amor si la suerte te era favorable, me encerraria en un claustro.... Dios mio, Dios mio! no es bastante que os haya hecho infelices á los dos,

para que aun tenga que llorar el asesinato del uno por el otro?.... Enrique, si es verdad que me has amado, si es verdad que todavia soy para tí lo que fuí en otro tiempo, prométeme, jùrame que si algun dia por cualquiera circunstancia, que no es fàcil preveer, pero que fácilmente puede realizarse, llega mi esposo à proponerte un duelo, prométeme, jùrame que no lo aceptaràs, aunque te ultraje y te crea un vil. Prométeme, júrame que coronarás con este rasgo sublime, tu sublime y generosa pasion.

A medida que Adela hablaba, Enrique se iba sintiendo dominado por el tono solemne y à la vez suplicante, cariñoso y tierno con que se espresaba ella. Convencido como estaba de la aversion que profesaba à D. Luis, y de los justos motivos que tenia para odiarle y hasta para desear su muerte, encontraba algo de grande y heróico en que quisiera interponerse entre ambos como un ángel de paz, obligando indirectamente à renunciar à todo proyecto de venganza al mas desgraciado é infeliz, al que con mas empeño, à falta de derecho, buscaria las ocasiones de bañarse en la sangre de su rival.

La bondad de un corazon magnànimo y la virtud de una muger colocada entre el amor y el deber, no podian rayar mas alto.

En vista de esto, qué estraño era que Enrique, ciegamente apasionado, despues de una corta resis-

tencia la prometiese y jurase cuanto ella se empeñò en exijirle?....

—Todavia tengo que pedirte otro sacrificio, replicó Adela muy conmovida por la facilidad con que su humilde adorador se habia prestado á complacerla en todo, no bien le manifestaba sus deseos; te ruego que partas de Aracay lo mas pronto posible, y que para ser dichoso procures olvidarme....

—Eso, jamàs, repuso Artames con exaltacion mezclada de enojo y ternura; tu recuerdo me seguirá à todas partes: será el talisman que me detenga en el mundo.... tú, tù si que me olvidaràs en brazos de otro hombre.

—Olvidarte!.... yo?.... Ah!.... por vez última te lo digo, créasme ò no. Eres el ùnico hombre à quien he querido, y te amo y te amaré hasta la muerte, ingrato! esclamò Adela sin detenerse á medir el valor de sus palabras.

La brusca inculpacion de su amante la hizo perder la serenidad y reserva con que hasta entonces habia procurado conservarle à una prudente distancia. Pobre é inesperta niña que á pesar dé su talento, ignoraba cuan difícil es, por no decir imposible, substraerse completamente en casos dados à la tirànica influencia de las pasiones, que una vez escitadas ofuscan la razon, electrizan los sentidos y adormecen el alma.

—Oh! repíteme esas dulces palabras, añadiò Enrique ébrio de gozo, palpitante de amor: resuenan y caen sobre mi corazon como gotas de un bàlsamo divino! ....

La esposa de D. Luis, con el admirable instinto de las mujeres, conociò el resbaladizo terreno en que se encontraba, y como ya habia conseguido su objeto, creyò oportuno indicar á su jòven amigo la necesidad de retirarse.

—Ya es hora de separarnos, le dijo sonriéndose para hacer menos triste su despedida; pronto va à amanecer.

Y sin esperar respuesta, le abriò los brazos como solia en la quinta siempre que se separaban por dos ò tres dias, é inclinó su blanca mejilla con infantil candidez, para que imprimiese en ella un fraternal y casto beso. Los antecedentes que mediaban, los vínculos de estrecho parentezco y la costumbre justicaban esta libertad.

Artames la estrechò contra su corazon, estampò sus àvidos làbios en su pequeña y rosada boca, y las ondas de sus cabellos por tres veces se confundieron, y por tres veces su sombra amiga velò à medias el púdico rostro de la hermosa ....

Pero ay! en el mismo instante que ella esquivaba el rostro, y que él iba à soltarla, la puerta que comunicaba á la alcoba, crugió con violencia sacudida

por una mano vigorosa, y saltó y cayò à sus piés el cerrojo partido en dos pedazos.

Un hombre apareció en el dintel.

—Mi marido !!! esclamó Adela, lanzando un grito desgarrador y cubriéndose el rostro con las manos.

—Don Luis !!! añadió con igual sorpresa Enrique, cogiendo velozmente una silla y parándose delante de su amada con aspecto amenazador, resuelto á morir allí defendiéndola ....

CAPITULO IX.

Insinuaciones conyugales.

No vanas palabras
ni llanto infeliz....
solo nos es dado
callar y morir.

(F. DE FIGUEROA.)

DON Luis de Larteman era en efecto el personage que ocasionaba aquel trastorno.

Aconsejado por los celos, cuando Enrique volvió de su desmayo se alejò de la sala con el pretesto de hacer que le preparasen una habitacion; pero volvió à los pocos minutos con gran cautela, y desde el corredor pudo sorprender algunas palabras entre él y su esposa, de las cuales dedujo que pensaban verse

esa misma noche. En consecuencia formò su plan, que realizò en la forma y modo que hemos visto mas atràs.

Y si bien es cierto que saliò de su habitacion y se escondiò en la de Adela, resuelto à asesinar à la perjura apenas se presentase con su seductor, el largo rato que estuvo en asecho antes y despues de su llegada, diò lugar à que obrase la reflexion.

—Esperemos, se dijo; en la oscuridad puede escapàrseme uno de los culpables y entonces quedaron incompleta mi venganza.

La entrevista de Adela y Enrique durò cerca de una hora; pero ya hemos indicado que la distancia que los separaba de don Luis, el ruido de la lluvia y la precaucion de hablar en voz baja impedian que él se hiciera cargo de lo que decian; solo llegaba á sus oidos un murmullo vago y confuso y de vez en cuando algunas palabras ò frases perdidas que entendia mal é interpretaba peor, como era de suponer, en una persona cegada por los celos y predispuesta de antemano contra los que las proferian.

Don Luis, partiendo de un supuesto falso, atribuyò su larga conversacion à enojo de Enrique; se imaginò que antes de su matrimonio habian tenido estrechas relaciones, y cuando viò que se abrazaban y que sus làbios se unian, pensò que habrian hecho las paces y que trataban de consumar su afrenta.

Entonces la sangre se agolpó à su cabeza, la razon le abandonò, y llevado de un ciego impulso que no fué dueño de reprimir, empujò la puerta con ira, y se presentó à ellos imponente, amenazador, terrible como la cabeza de Medusa, que tenia la virtud de trasformar en piedra à los que la miraban.

Don Luis se habia adelantado al medio del aposento brotando fuego por los airados ojos, trémulos de indignacion los làbios y con la diestra mano metida en la abertura de su levita, acariciando el pomo del puñal que llevaba oculto: tal vez la serenidad y arrojo de Artames que parecia dispuesto à defender à Adela hasta rendir el postrer aliento, y sobre todo, el temor de q' aquella llamase en su auxilio mientras luchase con él, contribuyeron à que conservase en la vaina el arma homicida y opinase que lo mas conveniente era separarlos y despues tratar á cada uno como merecia; à ella como à una adúltera infame, mancillada antes de recibir su nombre; y à él como á un desleal caballero que no contento con haberla prostituido, venia à arrojarle al rostro su deshonor en su propia casa.

El infierno sin duda le inspiraba tales pensamientos y le devolvia la calma suficiente para obrar y espresarse en términos que no dejase traslucir sus futuras intenciones.

—Podeis retiraros, caballero, dijo à Enrique con

una dignidad glacial que le llenó de asombro y de despecho, atendido el caràcter irritable é impetuoso del que así le hablaba.

El imprudente doncel, solo aguardaba un ademan, un gesto, una palabra dura para precipitarse sobre él, y romperle en la cabeza la silla que tenia en la mano. Su afectada tranquilidad le desarmò, y una mirada suplicante de Adela le hizo adivinar que lo mejor que podia hacer para no agravar su situacion, era seguir el consejo de su marido.

Con todo, antes de irse, previendo las esplicaciones que iban á tener lugar, se acercò à él, y le dijo:

—Don Luïs, os juro por mi honor, que vuestra esposa de nada tiene que ruborizarse. Està inocente....

—Yo no os pido esplicaciones, caballero, sino que os retireis, contestò el incrédulo marido con una ironia burlona que rayaba en insulto.

Y cogiendo la làmpara que ardia en el fondo del gabinete, le fué alumbrando hasta llegar à la última puerta. Alli le despidió con esta frase, al parecer insignificante, en la que iba envuelta una terrible amenaza:

—Mañana hablaremos!....

—Ahora mismo, si gustais, replicó Enrique con presteza, deseando conjurar la tormenta que iba à caer sobre la pobre Adela.

Don Luis, sin dignarse contestar, inclinó levemente la cabeza, cerró la puerta y echó la llave.

Artames aplicó el oido á la cerradura, y como si adivinase el riesgo eminente que corria la vida de su amada, oprimido el corazon, atribulado y anheloso, esperò el resultado de aquella fatal entrevista.

Al principio nada pudo oir, porque la lluvia continuaba; poco despues esta cesò, y el eco le trajo algunas palabras, algunas frases sueltas, que le bastaron para enterarle de lo que se trataba.

Larteman habia vuelto con paso acelerado al gabinete, donde le esperaba Adela, humilde sin bajeza, tranquila sin hacer alarde de su sangre fria, resignada sin orgullo.

—Ahora, infame! esclamó aquel cogiéndola brutalmente de un brazo, y obligàndola à que cayese de rodillas; ahora, aleve, ahora prepárate à morir. Pídele à Dios misericordia....

La acerada hoja del puñal brilló desnuda, amagando el seno de su vìctima.

Pero Adela en vez de atemorizarse, juntó las manos en ademan de súplica, y le mirò con una espresion tal de feroz é insensata alegria, que el puñal quedò suspenso en el aire temblando, como la pluma de un cisne que vaga indecisa sobre la faz de un lago en calma, cual si al ir à caer, la invisible mano de un àngel hubiese asegurado la muñeca del asesino.

—Màtame, sí, màtame! le decia ella: prefiero la muerte à vivir contigo!

Ya lo hemos dicho: Larteman no tuvo valor para herirla; el hierro matador se le cayó de las manos. La sorpresa y la rabia de ver que acogia con júbilo hasta la misma muerte, con tal de no pertenecerle, paralizaron su brazo. Tal vez si hubiese ella implorado misericordia, habria sido él implacable; tal vez si hubiese ella amado la vida porque esperase alguna felicidad del porvenir, comprada à costa de un crimen, se habria él gozado en cortar con el hilo de su existencia el de sus esperanzas. Incomprensibles anomalìas del corazon humano, que nos fuerzan à menudo á querer y hacer lo contrario de lo que debiéramos! Misteriosa ley de los contrastes, que tanto en el mundo moral como en el fisico, nos llevan por distintos caminos al fin que mas conviene á los ocultos designios de la Providencia!

—No, no! .... puesto que deseas verte libre de mì, respondiò D. Luis, vive, pero vive para espiar el mal que me has hecho .... El amor que te tenia, ha empezado á cambiarse en odio!

Hasta ahora he respetado tus caprichos creyéndote digna de consideracion; de hoy en adelante, te trataré como mereces. Haràs de grado ó por fuerza lo que te mande, y si no lo haces, ay de tì .... ya no lo te tendré mas contemplaciones; me acordaré que

soy tu marido para lo que sepa que mas te desagrada. La última de mis esclavas será de mejor condicion que tú! ....

Adela, que permanecia de rodillas con la cabeza inclinada sobre el hombro, la mirada fija y altanera oyendo impasible aquel torrente de insultos que salian de los lábios de su marido, levantóse y fué à sentarse en el canapé, dàndole á entender con su elocuente silencio, que sus amenazas no la amedrentaban, à pesar que nunca le habia visto tan irritado, y que le creia muy capaz de todas las villanias que estaba enumerando.

—En cuanto á tu cómplice, continuò don Luis mas furioso por el poco caso que su consorte aparentaba hacer de sus palabras; me vengaré de él como se vengan los hombres. No cabemos los dos en el mundo .... es preciso que uno baje à la tumba; si, es preciso que el sol de mañana no brille para tu aleve seductor!

Adela, que habia escuchado con serenidad las amenazas dirigidas á ella, temblò al considerar que corria peligro la vida de su amante.

—Ah! os juro que no volverà mas à verme, esclamò incorporàndose en el canapé y tendiéndole las manos juntas en la humilde actitud del que suplica à un enemigo inexorable, sediento de venganza: hoy mismo saldrà de aqui con la luz del alba ....

sed genoroso con él, si quereis que oivide lo que de otro modo nunca olvidaré.... Qué culpa tiene él si me ha conocido y amado antes que vos?

Larteman le volvió la espalda con desprecio, y llegó hasta la última puerta seguido de su esposa, que gemia y lloraba queriendo en vano detenerle y darle esplicaciones que él se empeñaba en no oir.

Enrique al sentir que se aproximaban, retiróse con cautela y se encaminò à su cuarto.

Los estraños acontecimientos de aquella noche, las pocas palabras qne acababa de escuchar, le sumerjieron otra vez en la negra melancolia, en el ansia devoradora de arrebatarse la vida de que momentàneamente habia conseguido curarle Adela, tanto mas temible ahora, cuanto sn delirio estaba basado en un sentimiento generoso y grande que hasta cierto punto disculpaba el estravìo de sus ideas. El desgraciado queria con su muerte rehabilitar el honor de la que adoraba, comprometido por una imprudencia suya à los ojos de don Luis, incapaz en su grosero materialismo de comprender la pureza y santidad de su amor.

En tal estado penetrò en su cuarto; dejóse caer en una silla, sacó una carta que llevaba siempre consigo en una carterita de tafilete verde, y preparábase à leerla, cuando la puerta que habia quedado medio entornada se abriò de golpe, y entró don Luis Larteman con dos pistolas en la mano.

CAPITULO X.

Un celoso y un enamorado, ò lo que es lo mismo, dos locos.

En mi mente fatal un pensamiento
hay de acerbo dolor y de amargura!
. . . .
Siempre nublado el sol de mi esperanza!
Siempre mi suerte y mi destino igual!

(Francisco X. de Acha.)

Enrique levantó la cabeza, y con la mayor serenidad, sin que le sorprendiese aquella brusca manera de presentarse, aguardó à que su rival se tomase la molestia de dirigirle la palabra, pues harto comprendia el objeto de su visita.

—Caballero, le dijo don Luis presentàndole las dos pistolas, escoged de estas dos armas la que mas

agrade. Despues de lo que ha pasado, seria necedad perder el tiempo en esplicaciones inùtiles. Seguidme ....

—Tened la bondad de escucharme diez minutos, contestò Enrique con calma. Los celos os ofuscan, y aunque las apariencias me condenan, estoy seguro que mudareis de opinion apenas os manifieste la verdad de los hechos.

Larteman impaciente golpeó con el cañon de una de las pistolas sobre la mesa, indicàndole que la tomase, y señaló con la otra hàcia la puerta para que saliese.

—Os suplico que me escucheis, continuò Artames impasible; el honor, el reposo de Adela, vuestra propia conveniencia asi lo exigen.

—Pesado estais!

—Oidme!

—No quiero!

—Al fin y al cabo, nada sacariais con matarme ó que os matase .... porque todo puede ser.

—Sabed, exclamó don Luis ya exasperado, que vengo resuelto à no escuchar ni una palabra. Nada quiero saber. Me basta y me sobra con lo que he visto.

—Pues si nada quereis saber, tampoco yo quiero batirme.

Larteman atribuyò á cobardia lo que era efecto

del juramento que Enrique acababa de hacer à su consorte, y tambien del estado en que se encontraba su espíritu. El desgraciado conocia à fondo el caràcter de Adela, y estaba convencido de que por mas que se sintiese dispuesta à perdonarle, nunca uniria su mano à la del asesino de su esposo, porque como ella le habia manifestado, los remordimientos levantarian entre ambos una barrera mas insuperable que la que ya los separaba.

—Sois un cobarde, un villano, un vil seductor, incapaz de volver dignamente por la honra de la muger á quien habeis perdido!.... gritó don Luis cegado por la falsa creencia de que su rival temblaba y retrocedia ante la posibilidad de morir.

Tamaño ultrage, despertó al veliente y pundonoroso jóven del marasmo físico-moral en que le tenia sumergido la idea fija del suicidio, y produjo en su nerviosa naturaleza el mismo efecto que à un paralítico la aplicacion de un hierro candente que le devuelve el uso de sus miembros entorpecidos: irguióse de pronto, arrebató una de las pistolas à don Luis, y con la mirada centellante, enarcadas las cejas, contraidos los lábios, gritó à su vez con estridente, avasalladora voz:

—Salgamos!

—Salgamos! repitiò Larteman siguiendo con dificultad su marcha acelerada.

Pero no bien traspusieron el umbral, y caminaron diez ó doce pasos, Enrique, vuelto de su enagenacion, recordò el terrible dilema de su amada, su juramento y su primer propòsito, y como si una fuerza superior à su voluntad le obligase á retroceder, volviò a entrar en el cuarto, y arrojó la pistola sobre la mesa, diciendo:

—Es imposible.... no puedo batirme con vos, señor don Luis. Esa mujer à quien calumniais, á quien creis culpable....

Artames se detuvo indeciso, dudando si deberia concluir la frase.

—Y bien? repuso su adversario interrogàndole con el gesto y la mirada.

—Esa mujer, noble y generosa como ella sola puede serlo, me ha prohibido que os mate....

—Escusas, pretestos, miserables subterfugios para cohonestar vuestra cobardia, replicó el ultrajado esposo con todo el desprecio y altivez que la supuesta debilidad de Artames le infundia.

—Calificad mi conducta como gusteis; pronto, muy pronto, mas pronto tal vez de lo que juzgais, espero probaros que no soy ni un cobarde ni un villano.

—El hombre que provocado rehusa batirse con el que ha ofendido, jamas puede justificar su vileza. La dignidad de hombre es antes que todo, y el que deja

sellar su frente con el baldon de la ignominia, mal podrá luego rehabilitarse y lavar su afrenta.

—Muy equivocado estais, don Luis.

—Eh! basta···· yo sé lo que me resta que hacer. Ya està amaneciendo; dentro de pocos instantes empezaràn á llegar los que han de concurrir à la *batida*. Aprovechad esos momentos para alejaros de aqui, y si estimais en algo vuestra vida, procurad que no os encuentre yo à mi vuelta; procurad olvidaros para siempre de ella, y huir siempre del punto donde se halle···· porque, amigo mio, puesto que no sabeis ni sois capaz de batiros, yo sabré y soy capaz de asesinaros ó mandaros asesinar, en cuanto sospeche que pretendeis burlarme otra vez.

La tranquilidad y la desdeñosa espresion de los làbios de Enrique, al escuchar aquellos insultos y amenazas, hubieran convencido de su valor à otro hombre menos obcecado é irreflexivo que Larteman, asi como su respuesta franca y esplìcita habria desvanecido cualquiera duda injuriosa à su honor, y hechòle adivinar sus futuras intenciones.

Hé aqui como se espresò:

—Me iré de vuestra casa ya que de ella me arrojais···· pero os acompañaré à la *batida* y allí os daré pruebas irrecusables de la inocencia de vuestra

esposa; allí os probaré tambien si tengo un corazon bien puesto y si me espanta la muerte....

Hay situaciones en que la verdad es tan poderosa, que produce su efecto aun cuando nos sobren fundados motivos para rechazarla: el sentimiento vence à los sofismas de la razon: se cree sin saber por qué, la conviccion moral se rebela contra los hechos y las pruebas mas perentorias: vemos con los ojos del alma lo que se escapa à los ojos del cuerpo.

La generosa protesta del jóven envolvia un terrible misterio, y el corto plazo que demandaba para descifrarlo, valia la pena de prestar hasta entonces crédito á sus palabras. Tal le sucedió à don Luis, planteada la cuestion en ese terreno.

—En ese caso, le dijo, aunque no comprendo vuestro singular capricho, y no alcanzo la razon de reservar para mas tarde lo que podriais decirme ahora, estoy pronto á prestarme á vuestro deseo.

—Oid, continuó Enrique, entraremos juntos en el bosque y nos internaremos lo suficiente para que no oigan nuestra conversacion los demas cazadores, mientras buscan y rastrean al tigre.

—Nada mas teneis que decirme?

—Nada, sino que entonces os desengañareis de que Adela està pura como los ángeles y que lejos de haber mancillado vuestro nombre, es digna de toda vuestra consideracion y cariño.

Amarga sonrisa bañada de sardónica ironia asomó à los lábios del incrédulo esposo:

—Imposible, imposible! repitió lanzando à Enrique una mirada oblicua, con la que hubiera querido penetrar hasta el fondo de su alma.

—Os repito, caballero, que està inocente, y que confio probároslo de tal modo que no os quede la mas mínima duda.

—Oh! daria la mitad de mi vida por adquirir ese convencimiento, y la otra mitad por ser amado de ella!....

Ardientes làgrimas inundaron el rostro de don Luis, y como si se avergonzase de esta ingénua é involuntaria confesion en presencia de un rival que odiaba, volvió la cabeza y salió de la habitacion tan bruscamente como habia entrado.

Entonces Enrique volviò à sacar de su cartera el billete que se preparaba à leer cuando se presentò Larteman.

Este billete, ò mas bien epístola, era la que le escribiò Adela participándole su enlace: en ella estaba compendiada la historia de sus amores y la justificacion de ambos.

Dicha carta era un verdadero cuadro, luciente prisma en el que resaltaba, diseñado à grandes rasgos, el caràcter de nuestra heroina; revelando en su mas alta espresion toda la virginidad y pureza de

su afecto, toda la fé religiosa que puede abrigar una tierna niña consagrada desde su infancia à los altares; toda la bondad de un serafin; toda la resignacion y virtud de que es susceptible el corazon de una mujer nacida para labrar la felicidad agena à costa de la suya....

Séanos permitido, por lo tanto, trasladar à continuacion esa carta, lo mismo que la postrera que Enrique la escribió despidiéndose de ella. Esto nos ahorrarà el tener que entrar mas adelante en otros enfadosos pormenores, al par que acabarà de dar à conocer el escelente fondo, los sólidos principios, la resignacion angelical y las bellas cualidades de Adela, como igualmente la inmensa pasion volcànica de su amante; pasion que rayaba en idolatria y locura, y que pertenecia al corto número de esas que, satisfechas, convierten el mundo en un Eden; y no satisfechas, consumen y devoran, y van absorviendo toda la savia de la vida hasta que rompen el fràgil hilo que la sostiene....

Y por ùltimo, si es verdad que basta á veces un solo pensamiento, una frase, una espresion cualquiera para calificar á una persona y formarse un juicio exacto de sus sentimientos y de su valer intelectual, el que lea con detenimiento las dos epístolas que en el próximo capítulo insertamos, encontrarà en ellas el mejor barómetro para medir y valorar la inteligencia y el corazon de cada uno de nuestros dos protagonistas: Adela y Enrique.

CAPITULO XI.

Correspondencia.

Asi en armonia
vibran las pasiones
en los corazones
que saben amar.

(E. ECHEVERRIA)

Santa Fé, octubre 2 de 1845.

Querido Enrique:

TRISTES, muy tristes son las noticias que tengo que comunicarte.... cuando recibas esta carta, mi suerte estará ligada à la de otro hombre. Asi lo ha querido mi adverso destino.... En vano he intentado resistir; todos mis esfuerzos han sido inùtiles. Obligada à optar entre el deshonor y la desgracia de mi familia ò el sacrificio de mi felicidad, no he va-

cilado.... tu noble corazon me disculparà. Tù me conoces. Enrique, tú mejor que nadie puedes valorar la inmensidad de mi cariño. Ah! yo te amaba, no, te adoraba, te idolatraba y te idolatro con todas las fuerzas de mi alma; ser tu esposa y consagrar à tu ventura mi vida entera, fué desde que te ví el sueño mas grato de mis años juveniles. Considera, pues, cuàn poderosos motivos habré tenido para serte infiel, para olvidar mis juramentos y sellar con tu infortunio el mio.

No es verdad que tú me crees sin necesidad de ulteriores pruebas?.... No es verdad que no atribuyes al vil interés, ni á ningun otro sentimiento mezquino mi resolucion? No, tú eres bueno, noble y generoso, y no ignoras que la vanidad no tiene cabida en mi corazon, que desprecio las riquezas y que como te he repetido mil veces, aceptaria con gusto las privaciones y la miseria á trueque de ser tu compañera y ver deslizarse mis dias á tu lado. Esto mismo te contesté cuando me manifestaste que tu pobreza te impedia franquearte con mi padre y pedirle mi mano; y si entonces no insistí sobre este ùltimo punto, fué porque mi delicadeza de mujer me lo prohibia, fué porque apreciando tus escrúpulos confiaba como tú ciegamente en el porvenir.... y como no confiar en él cuando tù apenas tenias veinte y tres años y yo diez y siete?

Quisiera no evocar tales recuerdos, càndidas ilusiones de un pasado de gloria divina, que solo sirven para tornar mas amarga la negra realidad del presente.... pero hace cuatro dias, desde que pronuncié el fatal *si* que debe separarnos para siempre, que no me es dado ocuparme de otra cosa. Paso los dias y las noches pensando en tí, recordando nuestro perdido paraiso y llorando por los dos sin esperanza.... Bien te lo indican las làgrimas que inundan este papel y borran al caer sus mal trazados caracterés. Ah! yo quisiera gozarme de tal modo en mi dolor, que fuera este el mas fuerte y el ùltimo que sintiera en mi vida.

Oye ahora, ya que es preciso decìrtelo todo, la relacion compendiada de los estraños sucesos que se han combinado para perdernos.

A mi vuelta de esa, en julio de 1844, don Luis de Larteman, el mas rico y considerado propietario de esta provincia, me vió en un baile y se enamoró de mì.

No puedes figurarte cuantos desprecios le hice y con que diabólica tenacidad se empeñó, primero en que habia de amarle, y despues, desengañado de que para mí maldito lo que valia su persona, sus riquezas ni su gran influencia política, en que habia de casarme con él, de grado ò por fuerza. Basta decirte que se atrevió à pedirme à mi padre

sin mi consentimiento, y que à pesar de los conocidos deseos y del apoyo de mi familia, yo le rechacé como era natural.

No te he informado antes de todo esto, Enrique mio, porque nunca me ha gustado hacer alarde de mis triunfos, y porque queria evitarte hasta el disgusto y la zozobra de saber que tenias un rival tan temible y poderoso. Si he hecho mal, mi falta es disculpable, puesto que nacia del escesivo cariño que te profeso.

Irritado don Luis con mi repulsa, rompiò con mi familia, jurando vengarse del injurioso desprecio que le hacian, en la primera ocasion que se le presentase.

Pasò algun tiempo y no volví à verle: huía de mi, ó mas bien acechaba la oportunidad de llevar adelante sus inicuos planes.

Noches pasadas, cuando iba à acostarme, entró Carlos en mi habitacion, demudodo el rostro, confuso, aterrado, con las làgrimas en los ojos y la desesperacion en el alma.

—Adela, me dijo, estamos perdidos; tu sola puedes salvarnos.

—Carlos, por Dios, qué ha pasado? le contesté sobresaltada y llena de ansiedad.

Su respuesta, me dejó sin aliento: confesòme que arrastrado de su funesta inclinacion al juego, habia

perdido una suma considerable que no le pertenecia, y con el objeto de satisfacerla, falsificado dos letras de cambio, las cuales, sin saber como, habian caido en poder de don Luis, y que este se proponia perse- seguirle ante los tribunales, si yo no consentia en otorgarle mi mano en el breve plazo que señalaba.

No encuentro palabras bastante enérgicas para decirte lo que entonces sufrí, Enrique. Al otro dia, vì à Larteman que se mostró inflexible, y acabò de trastornar mi pobre razon, ya combatida por tantos y tan encontrados sentimientos: lloré, supliqué, me arrojé à sus pies.... todo fué inutil! no hubo mas remedio que aceptar sus condiciones.

Que hubieras hecho tú en mi lugar? yo profeso à Carlos y él me profesa un cariño sin límites. Es mi único hermano, y privados de las caricias de nuestra madre que muriò al darnos la vida, separados de mi padre en los primeros años de nuestra infancia, infelices desde la cuna, la igualdad de edades, inclinaciones é ideas, ha engendrado en nosotros un afecto verdaderamente fraternal. Yo habia traslucido en sus palabras, que si buenamente no podia conformarme à hacerle el sacrificio de mi libertad, estaba resuelto á poner término à sus dias antes que verme desgraciada.

En una situacion semejante, cerré los ojos, y para librarle, arrojé nuestro amor en el abismo que se

abria à los piés de mi hermano y de mi padre. El fué el puente salvador, la postrera tabla del naufragio de nuestra honra....

Tambien el pobre anciano habria muerto, agoviado por el deshonor y la pérdida de su querido hijo. Era imposible vacilar.

Valor, Enrique, resignacion!.... pronto se habrà consumado el sacrificio y la bendicion de un sacerdote romperà todos los vìnculos que en el mundo nos unian.... Esto es horrible, lo comprendo.... la mente y el corazon, se sublevan contra esa tirànica sentencia; pero acaso puedo yo, débil mujer, oponerme y domeñar la furia irresistible del destino conjurado contra nosotros?.... Imposible!

Dios lo quiere, cùmplase su santa voluntad!.... Figùrate que la muerte ò el claustro nos han separado; figúrate que la losa del sepulcro cubre mis cenizas.... Ah, no llores! pronto llegará ese instante, tengo el presentimiento de que no sobreviviré à mi desgracia.

Los sòlidos principios en que he sido imbuida desde mi niñez, y la voz de mi conciencia, me prohiben abandonarme à la criminal idea de abrigar un amor impuro. No, jamás! cumpliré mis deberes de esposa: aunque no ame à don Luis, aunque le deteste. nunca mancillaré su nombre: primero muerta que culpable!

Te pido, te ruego, te suplico de rodillas que no vengas à Santa Fé. Los dos necesitamos sostenernos mùtuamente para perseverar en el buen camino, y al fin, qué sacariamos con vernos?.... Nada, Enrique, nada! enconar las heridas de nuestro pecho, y hacernos mas desgraciados de lo que somos. Para recobrar la paz del alma, ya que no la felicidad, para no renegar de la virtud, único consuelo que nos queda, necesitamos por mucho tiempo interponer entre nosotros una distancia física, igual à la distancia moral que nos divide.

No por eso creas que te olvidaré: el amor que te profeso me acompañará hasta la tumba, viviré con mis recuerdos, me haré ilusion, si es posible, y consagraré á tu memoria el culto santo de un afecto que nada tiene de terrenal. Mi cuerpo no me pertenece, pero mi alma es tuya, tuya por una eternidad. Enrique, túque como yo, creesen las promesas de otra vida y en un Dios bueno y justiciero; no querràs perderla y perderme, no querrás empañar su virginal pureza con la mancha del crímen. Tras esta mísera existencia de làgrimas y luto, hay un porvenir de gloria para los que supieron resistir á las seducciones del mundo. Seamos nosotros de ese número, seamos de los escojidos en vez de confundirnos con los réprobos: pongamos nuestro amor tan alto que no lleguen hasta él las mezquinas y

transitorias pasiones de la tierra, y primero que las rosas del pecado, aceptemos las espinas del martirio.

Valor y resignacion, Enrique! no te dejes abatir por la desgracia; tú que eres hombre, dame el ejemplo de la fortaleza y el poder de la voluntad sobre tì mismo. En vez de mi àngel malo, sé tù el genio invisible que sostenga mis pasos vacilantes, y me guie por la escabrosa senda en que me hallo.

Vuelvo à suplicarte que no me veas hasta que hayan trascurrido algunos años, y si me escribes, procura hacerlo de modo que mi marido pueda leer tus cartas.

De hoy en adelante solo seré tu prima, tu hermana, tu amiga.... y nada mas, Enrique; pero una amiga fiel, constante, afectuosa, que llorarà tus penas y participarà de tus alegrias; que se enorgullecerà de tus triunfos, que velará por tí como una madre, y emplearà la influencia, las riquezas y el poder que tiene sobre su esposo para abrirte el camino de la fortuna y de los honores, y elevarte á la alta posicion que tu talento y bellas cualidades reclaman.

Verte al fin dichoso, devolverte con usura la felicidad que ahora te arrebato, es lo ùnico que pido à Dios en pago de mi sacrificio. Áh! si lo consigo, me creeré suficientemente recompensada en tì de lo

mucho que he sufrido, y sufro y sufriré por los dos.

Adios, Adios!.... cuando los pesares te abrumen, cuando te asalten pensamientos indignos de tì, lee esta carta, amigo mio, y ella endulzará tus dolores y depurarà el fuego que abrase tu corazon; no te detengas en lo que dicen sus desaliñados renglones, penetra su espíritu, indaga, busca, interpreta el sentido oculto en cada una de sus frases, y acaso descifren tus ojos, al traves de estas informes, pobrísimas lìneas, todo lo que yo he querido y no he acertado à decirte.

¡Adios, mitad de mi alma! El que todo lo puede nos separa en la tierra para unirnos en el cielo; hagámonos desde ahora dignos de su santa bendicion, tú olvidàndome, y yo perdonando à mi esposo. Adios, adios, adios!....

ADELA.

Hé aquì la carta de Enrique à Adela, escrita á las cuatro de la mañana, despues que se retiró D. Luis.

Aracay, diciembre 15 de 1845.

Adela:

Cuando esta carta llegue à tus manos habré dejado de existir; oye, pues, las últimas palabras de un moribundo, que no quiere bajar al sepulcro sin despedirse de tí. Perdóname, ángel mio, el dolor que te ocasiono considerando que será el postrero:

perdóname si olvido mi promesa y no tengo valor para vivir.

Tú, Adela, me reconciliaste por un instante con la vida, y acaso sin los tristes acontecimientos de esta noche, tres veces fatal, hubiera renunciado à mis designios. Sì! tù lo has adivinado; solo el deseo de verte antes de morir, me trajo á tu presencia; tu sublime resignacion, tus afectuosas y convincentes razones, me hicieron vacilar.... Por qué la suerte siempre adversa conmigo, ha vuelto á colocarme en la misma senda de perdicion de donde vino à arrancarme tu mano generosa? Por qué ese fatal pensamiento se ha despertado otra vez en mi pecho, mas impetuoso é irresistible que nunca?.... Por qué, aunque conozco el mal que voy à hacer, aunque mi razon lo condena, no quiero combatirlo, y me dejo arrastrar por él, como el nàufrago que pudiendo salvarse, suelta la tabla en que se apoya, y se hunde en las profundidades del mar?.... No lo sé; lo que me pasa es un misterio qae yo mismo no comprendo. A veces me imagino que estoy loco. La idea del suicidio es una enfermedad que ha contaminado mi alma, una fiebre intermitente que no me deja ni dormido ni despierto. Se disipa, y vuelve en seguida mas abrasadora y voraz. La atmósfera que respiro està infestada, los objetos que miro se cubren con el negro crespon de mi tristeza, los

sonidos que escucho, por risueños que sean, tienen algo de fantástico y lúgubre que lastima mis oidos; el aire me trae gemidos, y me habla en un idioma estraño y misterioso que yo solo comprendo, y donde quiera que poso mi mano creo sentir el hielo de la muerte.... Continuo desasosiego, inquietud sin objeto, ansias sin nombre, hastío de cuanto me rodea, lucha tenaz del espíritu con la materia, de la relijion y el amor con la duda y la desesperacion.... hé aqui mi vida hace dos meses.

Nada, nada, Adela, puede llenar sin tí el horroroso vacio de mi corazon; todo se ha apagado en él, hasta la sed de gloria, de poder y de oro, que en otro tiempo satisfecha me habria hecho feliz con tu amor. Hoy para que quiero gloria si tú me faltas, luz de mi esperanza! y no veré caer en tu regazo mis laureles, al reclinar en tus desnudos hombros mi frente, iluminada con el fuego de tus divinos ojos, embriagada con el aroma de tu aliento, inspirada con tus caricias celestiales?.... Para qué quiero elevarme y subir uno á uno los escalones del poder, si al llegar à la altura no te tendré á mi lado para que te goces en mi triunfo y poderte decir en medio de los aplausos de la muchedumbre, al poner mis làbios sobre los tuyos: "Angel mio, en àlas de tu amor he trepado hasta aquí." De que me serviria poseer un tesoro, si no podria ceñir de

diamantes tu cabeza, darte un palacio por morada y rodearte del lujo y de la rejia magnificencia que merecen hollar tus pies? Gloria, poder, riqueza, son la mitad de la existencia contigo; sin tí nada valen, sin tí serian un sarcasmo en vez de un favor del cielo: òdio y desprecio solamente me inspiran.

Para consolarme has querido persuadirme que encontraré en la sociedad otras mujeres que por su virtud y belleza podràn ocupar dignamente en mi corazon el lugar que tu ocupas: has intentado, no sin un violento esfuerzo, convencerme de que debo olvidarte y buscar en brazos de otra la felicidad que tú ya no puedes darme. A trueque de salvarme, has querido anonadar tu propia personalidad, ahogar el grito de tu conciencia que te decia que eso era imposible; por fortuna tu voz trémula y recelosa y las làgrimas que á tu pesar surcaban tus mejillas, me han convencido que mentias y que no deseabas ni me creias capaz de seguir tu consejo.

No, Adela: cuando dos almas puras se aman con una pasion como la nuestra, basada en el comun aprecio, en la similitud de genios, ideas é inclinaciones, ni la posesion ni los años entibian el cariño. Nacimos el uno para el otro, y separados, ninguno de los dos serà feliz. La llama del primer amor, cuando es profundo y verdadero, cuando ha echado raices en el alma, en vez de exhalarse con las

primeras impresiones, cambia de aspecto, se modifica y depura; pero no se apaga ni en el sepulcro, porque lleva en sí un gérmen inmortal que no perece con el anonadamiento del ser que idolatramos. Aunque en muy reducido número, hay quien sabe amar hasta despues de la muerte, que no siempre su inexorable guadaña rompe ese vínculo indestructible que liga dos corazones con los mismos lazos de armonia y amor con que el Eterno encadenó unas à otras sus diversas creaciones; eje sobre el cual gira toda la naturaleza, desde la piedra à la planta, desde la planta al insecto, desde el insecto al hombre; pero que solo en este último se espiritualiza, Adela mia, para satisfacer cumplidamente las necesidades de su doble existencia terrenal y divina.

Enferma y quebrantada el alma, el cuerpo solo puede arrastrar una vida raquítica y miserable. Así, Dios me perdonarà, si rotos todos los lazos que me unian al mundo y perdidas todas mis ilusiones, me alejo de una sociedad que detesto, madrastra conmigo desde la cuna y en la que solo me aguardan nuevos pesares.... Basta! no quiero beber mas hiel, no quiero apurar mas amarguras; ya estoy harto! Mi madre, mi buena y querida madre, la única que ahora podria y tendria derecho à exigirme que viviese, ya no existe.... ay! al verme tan desgraciado

tambien me perdonarà···· cuàntas veces he soñado que me tendia sus brazos desde la tumba, y me invitaba à ir á reunirme con ella!

Mi resolucion es irrevocable: los acontecimientos de esta noche han vuelto á confirmarme en mi primer propósito. Ademas, he prometido solemnemente á tu esposo justificarte, y debo à fuer de caballero cumplir mi palabra.

Tan preocupado està contra nosotros que solo con mi muerte conseguiré desengañarle, asegurar tu reposo y ponerte à cubierto de su venganza.

Recuerdo sus amenazas y tiemblo por tì: es capaz el aleve de matarte á pesadumbres. Ah! si un juramento no hubiese encadenado mi voluntad····

Adios, Adela, adios! me has pedido que respete la vida de tu marido, y antes que exigirle satisfaccion de los insultos que me ha prodigado, he preferido pasar por cobarde: me has rogado que no te vea en algunos años, y yo interpongo la eternidad entre los dos: desearias que buscase alivio à mi quebranto, entregàndome à otros amores que profanasen el recuerdo del tuyo, y yo para conservarle puro, para que nunca se borre de mi pecho, me refugio con él donde ùnicamente me es dado abrigarlo···· en la tumba.

Adios, Adela, adios!····una y mil veces te pido perdon de rodillas por disponer de mi vida sin tu

permiso, por los disgustos que involuntariamente puedo haberte ocasionado desde que nos conocemos, y sobre todo, por este último y ùnico pesar en que te aflijo con conocimiento de causa.

Ojalá mi muerte aplaque la saña del hado adverso que nos persigue, desvanezca el injusto error de tu esposo y te proporcione con el tiempo dias mas felices! Ojalà redima con mi sangre tu juventud y belleza amenazadas por los celos y el dolor!

Adios, Adela, adios! .... cuando eleves tus plegarias al Altísimo, alguna vez ruégale por mì, acuérdate alguna vez del que tanto te amó .... *El* te haga muy dichosa! ....

Adios, Adela, adios para siempre!

ENRIQUE.

CAPITULO XII.

Ultimo adios.

Si dos con el alma se amaron en vida
y al fin se separan en vida los dos,
¿sabeis que es tan grande la pena sentida
que nada hay mas triste que el último adios?

(CAROLINA CORONADO.)

Los primeros vislumbres de la alborada anunciaban la venida del sol, y el horizonte cubierto de una faja blanquizca comenzaba á iluminarse con los tintes rosados de la aurora. La brisa de la mañana acariciando el césped deteníase en los àrboles mas altos, y al sacudir su ramaje rompia la guirnalda de perlas con que el rocío de la noche vistiò su gallarda copa. Esperando el primer beso del astro-rey

oscilaban las flores en su tallo, cual vírgen odalisca que esconde su boca à las apasionadas caricias de su audaz y enamorado señor: las pintadas avecillas saludaban con sus trinos el albor del nuevo dia, los rebaños se agitaban en los corrales impacientes por salir de su encierro á derramarse por los campos, y allà en el confin de la llanura, tendíase murmurando el *Paraná*, y destrenzada la nívea cabellera, serpeaba en ligeras ondas que espiraban con manso arrullo al tocar la arenosa playa....

El cielo estaba limpio y despejado, trasparente y pura la atmòsfera, plàcida la naturaleza. Todo anunciaba que el dia seria un hermoso dia de primavera.

Lo que es la mañana era magnífica, y mas magnífico aun el golpe de vista que ofrecia el estenso radio que alcanzaban los ojos. Mas de quinientos ginetes divididos en grupos de quince, de diez ó de ocho personas se dirigian á la estancia de Aracay en opuestas direcciones.

La uniformidad de sus trages contrastaba con la diversidad de sus armas: unos traian sables, otros lanzas, quienes tercerolas, cuales machetes, y todos las *bolas* y el *lazo*, inseparables compañeros de la gente de campo; las primeras atadas à la cintura y el segundo enrollado sobre la grupa de sus corceles.

Aquella reunion se componia de los propietarios y *peones* de las estancias vecinas, convocados por el juez de paz para la batida del tigre *cebado* que traia aterrorizada la comarca.

Pronto llegaron à la estancia de don Luis, que salió à recibirlos con su gente provista de una abundante libacion; Enrique le acompañaba; el celoso marido temiendo que en aquel intérvalo hablase y se pusiese de acuerdo con Adela, al pasar por su cuarto le habia llamado con el pretesto de despertarle si estaba dormido. Artames no creyò conveniente justificar su ruin sospecha; tomò las armas que un doméstico le presentaba, y siguió à Larteman, como uno de tantos que acudian á su casa con el objeto que ya hemos indicado.

Los recien venidos echaron pié á tierra, y sentados sobre la verde alfombra, comenzaron à apurar sin cumplimiento las numerosas botellas de vino y aguardiente que traian los criados de don Luis.

Al rumor de los vasos que se chocaban, y de los gritos y esclamaciones de la multitud, Adela, que se habia acostado vestida y recien entonces empezaba á conciliar el sueño, se levantó sobresaltada.

La escena acaecida allí esa noche entre su esposo y su amante, la afectò en términos que no hizo mas que llorar y desesperarse cuando ellos se retiraron. Aunque confiaba en la palabra de Enrique.

temia que los insultos y las provocaciones de su esposo le pusieran en el caso de saltar por todas las consideraciones y aceptar el duelo que no dudaba le propondria: y si este no tenia lugar recelaba con fundamento que don Luis se vengase de otro modo. Ella conocia à fondo á su marido y le juzgaba capaz de cualquier vileza.

La fortuna se le mostraba ahora propicia como nunca; si queria deshacerse de su rival, qué mejor ocasion podia presentarse? En la pròxima caceria, una vez metidos en el bosque, quién resguardaria à Enrique de una traidora bala perdida, ò de un golpe dirigido alevosamente por detràs?

Y hé aqui como Adela, iluminada por esa vaga y misteriosa intuicion del amor, preveia no solo lo que pensò hacer don Luis, si las esplicaciones de Artames no le satisfacian, sino tambien el peligro que de todos modos amenazaba à este ùltimo, empeñado en rehabilitarla y rehabilitarse à los ojos de su marido, en aquella partida de caza que para completar su ruina la fatalidad parecia haber dispuesto á su llegada.

Por eso, no bien escuchò sus preludios, despertòse y saltò del lecho llena de angustia, corrió á la ventana, abrió de golpe entrambas hojas, y paseò sus àvidas miradas por todos los grupos, buscando con la vista al ìdolo de su corazon.

Enrique en aquel momento estaba à quince pasos, brindando con otros jóvenes à la salud de Larteman.

Al ruido que hacia la ventana, alzò la cabeza y viò à Adela de pié, apoyada la frente contra la reja, contemplándole con indescribible espresion de placer y congoja, de tristeza y ternura.

El sol empezaba à dorar la cumbre de las montañas, y trepaba lentamente por el horizonte dejando en pos de si un rastro luminoso; sus primeros rayos hirieron de lleno la casa de don Luis, como todas las de nuestras posesiones rurales, edificada sobre una eminencia que dominaba aquella localidad, y Adela, al presentarse en la ventana, apareciò ceñida de una aureola de luz, aérea, pàlida é interesante, como una sìlfide que sale de una gruta encantada y se vé cruzar à la caida del crepúsculo ó al plateado brillo de la luna por entre el lóbrego ramaje, y detener su fugitiva planta à orillas de un riachuelo, à la margen de un torrente, ó bajo el arco de una magestuosa é inmensa catarata, que roba al iris sus colores, y su voz à las armonias del viento, al murmullo de los bosques, al canto de las aves, y á los atronadores mugidos del Occeano, agitado por el soplo de la tormenta.

La sombra que envolvia aun el fondo del aposento, permitia à su esbelta figura destacarse pura, dià-

fana y radiosa entre los hierros de la alta ventana, que parecian mas negros comparados con las rubias trenzas de sus cabellos de oro, meciéndose à los besos del aura en torno de su rostro infantil, mas blanco que la naciente azucena de los valles.

Desnuda la garganta, desnudos los brazos, apoyada su pequeña mano en una de las rejas, en el lijero temblor con que la oprimia y en la rapidéz con que se levantaba y bajaba su seno, cualquiera habria adivinado el ansia con que buscaba á alguno.

Antes que distinguiese à Enrique entre la multitud, ya tenia él clavados los ojos en ella. La hermosa, al divisarle, inclinò la cabeza, bañado el semblante con una melancólica sonrisa, é involuntariamente se llevò la mano al corazon, cual si deseara contener sus violentas palpitaciones.

Cualquiera diria que la mirada de su amante la habia herido como una centella eléctrica. Ay! no pudiendo despedirse de otro modo, el infeliz le enviaba en ella su postrer adios.

Si es cierto que los ojos son el espejo del alma, Adela debió leer lo que pasaba en la de Enrique; debiò comprender todo el dolor, toda la ternura envuelta en aquella mirada, porque no bien se recobró de la vivísima impresion que le produjera, presurosa levantò la cabeza y se la retribuyò con otra mas tierna, mas apasionada, mas dolorosa todavia.

E inmòvil, inclinado el cuerpo hàcia atras, erguida la frente, fija la vista en la de su amante, quedòse absorta en actitud sublime, como si le dijese: adios! nos reuniremos en el cielo ····

Y qué bella, que encantadora se mostraba entonces! ···· Al través de la nube de poesía que la circundaba, fulguraba la roja luz del sol, absorvida y rechazada por el claro azul de sus bellísimas pupilas, y partida en mil ràfagas brillantes, argentaba la nìvea palidez de sus mejillas, levemente sonrosadas con las inciertas tintas del clavel que muere al entreabrirse; hacia resaltar la suave transparencia de su cútis, terso y luciente como un trozo de bruñido màrmol; matizaba el coral de sus graciosos labios; tornasolaba las àureas ondas de su sedosa cabellera; perdìase y divagaba entre los anchos pliegues de su negra vestidura; envolvia con lùbrico rayo su ligero talle, y diseñando en caprichosos giros à merced de algun ràpido movimiento, sus voluptuosas formas dignas de luchar con las mas acabadas creaciones del arte, comunicaba à toda su persona algo de vaporoso é ideal, algo que se escapaba á la percepcion humana y que no es dado pintar con el pobre lenguage de la tierra.

Mudo espectador de aquella escena, don Luis observaba al descuido à los dos amantes, y aparentando seguir la conversacion con sus amigos, volvìase

con cualquier pretesto y de una ojeada sorprendia lo que ellos intentaban decirse, ya que no con la lengua con los ojos.

Agotadas las botellas, à la voz de *á caballo, señores*, amos y peones se levantaron en tumulto, y con igual algazara y alegria, sin poner el pie en el estribo, saltaron encima de sus corceles.

El gallardo escuadron partiò à galope, siguiendo la estrecha senda que conducia desde la estancia al rio.

Larteman con el vaqueano, el juez de paz y otros ricos estancieros de la provincia, marchaba à su frente. Enrique iba al lado de don Luis.

Al romper los caballos, volvieron uno y otro la cabeza para mirar á Adela.

Adela agitó en señal de despedida el pañuelo blanco que tenia en la mano.

La distancia no permitió á su esposo distinguir dos gruesas lágrimas que resbalaban por sus megillas; pero sí notò las que se agolpaban à los ojos de Artames, y que mal contenidas pugnaban por escaparse de sus pàrpados.

Por qué lloraban?.... porque se amaban con alma y corazon, y para dos que se aman de ese modo

En ese gemido que exhalan los dos,
ni verse prometen ni amarse se juran....
la vida se acaba diciéndose *adios*!

—Adios, Enrique! murmuraba Adela; adios, Adela, para siempre adios! suspiraba Enrique.

Don Luis, al ver deslizarse algunas furtivas gotas de llanto por la varonil fisonomía de su rival, sintiò un vago impulso de piedad que acallaba sus celos, y tras él un desasosiego, una profunda tristeza que se aumentaba á medida que se aproximaban al bosque. Era aquello un presentimiento, ò una de esas mil fugaces impresiones que nacen y se disipan sin que atinemos con la verdadera causa que las produce? Acaso tambien se despertaba en su alma algun terrible pensamiento parecido al de Enrique?.... Penetremos con ellos, carísimos lectores, en las vírgenes selvas del *Chaco*, y tal vez salgamos de dudas.

CAPITULO XIII.

Un suicidio singular.

De dos amantes que el Eterno inspira
á volar juntos de la dicha en pos,
el que primero por su bien espira,
es el mas venturoso de los dos.
Aquel en cambio de su estrella dura,
mirando muere lo que siempre amó,
aquel tendrá quien en la noche oscura,
llore en su losa, pero el otro no!

(PLACIDO.)

ESTANDO ya concertado el modo de penetrar en el bosque, los cazadores dividiéronse en grupos de à diez hombres, y al toque de las trompas de caza, la mitad de ellos echó pié à tierra y lo invadieron por distintos puntos à la vez: los demas quedaron apostados en el llano para esperar à las fieras que saliesen.

En el grupo que capitaneaba don Luis, iba Artames: no sin gran trabajo habia conseguido el primero descartarse de sus amigos y quedarse únicamente con Enriqué y sus criados.

La densidad del bosque mas impenetrable á medida que avanzaban, les hizo muy pronto perder de vista á sus compañeros.

Entonces, don Luis, en vez de seguir hàcia el norte, como debia, diò un largo rodeo y fué à salir en direccion opuesta, cerca de un rio, brazo del Paraná, célebre por algunas grutas que habia en sus orillas, morada de duendes y espìritus malignos, segun una creencia popular que no carecia de fundamento.

Tupidos cañaverales, dolientes sauces, erguidas palmas, magestuosos talas, frágiles algarrobos, risueños sarandies y espesos guayacanes de enorme tronco y pobladas ramas, veíanse por do quier confundidos con mil arbustos, flexibles enredaderas y plantas parásitas que ligaban unos àrboles con otros, trepaban serpeando hasta la copa de los mas altos, y los vestian con una doble red de flores y de hojas. Lujoso manto de verdura que podia compararse à una ligera tùnica trasparente, arrojada sobre los robustos hombros de aquellos colosos de la selva, para hacer resaltar mas su vigorosa musculatura y el pronunciado color de su verdinegra y lustrosa piel.

A una señal de Enrique, Larteman ordenò à su gente que se detuviese y le esperase allí, porque volverian al punto.

Los dos rivales se encontraron solos frente à frente.... los dos estaban armados, y cualquiera, al vers su siniestro ademan y sombrío aspecto, hubiera creido, no que iban á conferenciar amigablemente, sino à arrancarse la vida uno à otro para satisfacer sus mútuos agravios.

—Don Luis, voy à cumpliros la palabra que os dí anoche, dijo Enrique, y perdonad si os hablo como puede hablaros un hombre á quien le quedan pocos instantes de vida.

Don Luis hizo un gesto de sorpresa, y sin penetrar la intencion de Artames, presintiò que iba á verificarse alguna escena terrible para la que no estaba preparado, y contestó con recelosa curiosidad.

—Hablad.... engañadme si podeis..

—Yo engañaros? mal me conoceis, don Luis, y mal conoceis à vuestra esposa. No, yo no pretendo engañaros.... Pretendo únicamente mostraros la verdad tal como es, seguro de que una vez conocida no podreis resistir à ella, por mas que cerreis los ojos para no verla.

—Oh! daria mi fortuna, la mitad de mi vida por adquirir semejante conviccion, esclamó el infeliz es-

poso con la amargura del escéptico que quiere creer en Dios y no puede.

—Abrid vuestro pecho à la esperanza: prometedme que hareis feliz à Adela, y os daré tales pruebas de su inocencia, que el convencimiento surgirà espontaneamente de vuestro corazon sin que os sea necesario sacrificar ni la fortuna ni la vida.

—Por la vìrgen, hablad! hablad!.. ..esclamó don Luis apresuradamente; hablad! siento à mi pesar que vuestras palabras empiezan à inspirarme confianza.

Enrique se pasó la mano por la frente, movió dos ó tres veces la cabeza vacilando, y no sin un esfuerzo sobrehumano consiguió dominar la involuntaria angustia y los vehementìsimos celos que le asaltaban de repente, al ir á romper con la vara màgica de la verdad y con el abandono de su vida, la distancia que en adelante, sin su magnànima abnegacion, dividiria à los dos esposos. El egoismo de su pasion le aconsejaba callar: su lealtad de caballero, su cariño à Adela, un empeño moral consigo mismo, le mandaban sacrificarlo todo por la felicidad de la que adoraba. Su indecision no podia durar mucho.

Volvióse, pues, à don Luis que esperaba una respuesta, suspenso de sus labios, y con voz breve y enérgica le dijo:

—Creeis que cuando un hombre se mata por una mujer, es porque tiene motivos para estar satisfecho ó espera algo de ella?

—No, repuso Larteman atònito.

—Entonces, Adela està justificada en cuanto à la escena de esta noche; en cuanto al pasado, estas dos cartas hablan con mas elocuencia que mis palabras.

Enrique sacó una cartera y presentó à su rival las dos misivas insertas en el capítulo XI.

Don Luis no las tomò, arrebatóselas de las manos, y comenzó á leerlas con avidez.

A medida que leia, su frente se despejaba; la satisfaccion interior pintàbase en su rostro, y la metamórfosis que Enrique le vaticinó, se efectuaba en él con una rapidez asombrosa. Antes de concluir su carta, habiendo leido antes la de Adela, estaba convencido de la inocencia de los dos.

Llegaba don Luis à los últimos renglones, cuando un cercano y lúgubre gemido, vino à herizar sus cabellos, y á recordarle que estaban cerca de las *grutas de los duendes*.

Veloz como el miedo, echó mano á las pistolas que llevaba en la cintura, las amartillò y con voz no muy segura dijo à su compañero:

—Corramos à reunirnos con nuestra gente; algun jabali ó tigre herido nos sigue la pista.

Pero Artames, centelleàndole los ojos de alegria, le cogió del brazo y poco menos que á la fuerza le arrastrò consigo diciéndole :

—Venid! dos hombres bastan para un tigre ó un jabalì ....

—Considerad .... que puede ser mas de uno, murmuró Larteman retrocediendo confuso y aterrado. La ruin sospecha de que Enrique le tendia un lazo para deshacerse de él aumentaba su pavura.

—Venid y no tembleis, replicò el intrépido jóven, si son tigres ó jabalìes y tienen hambre, yo les serviré de presa. No habeis leido mi carta? Si al fin he de morir, no es lo mismo que sucumba en las garras de una fiera que al filo de un puñal ó al golpe de una bala? Ah! sin disputa es mejor lo primero. Asì se considerarà mi muerte como efecto de la casualidad; nadie podrà injustamente atribuírosla, y Adela no la sentirà tanto .... Adelante, don Luis; voy à probaros que no soy cobarde y que la muerte no me asusta!

Al pronunciar estas palabras, Enrique marchaba en línea recta, con pasos precipitados y como acometido de un repentino acceso de locura, hácia el parage de donde parecia venir el ruido. Sus ojos se revolvian en sus órbitas sin fijarse en ninguna parte y sus manos brotaban fuego.

Larteman con una pistola amartillada en cada

mano seguia maquinalmente sus pisadas, volviendo à cada instante la cabeza con visibles señales de temor.

Estraño y alarmante era á la verdad el ruido aquel: mas bien que el prolongado ahullido del jabalí ó el ronco y vibrante grito del tigre cuando se aproximan á su presa, remedaba el postrer estertor de la agonia, el desesperado alarido que estos animales dejan escapar cuando se encuentran asegurados por los perros, rodeados por los cazadores y privados de toda accion y movimiento.

Abriéndose camino por entre la áspera maleza llegaron don Luis y su compañero à una de las grutas donde probablemente se ocultaba la fiera.

Silvestres rosales, serpeadoras yedras y tupidas madreselvas defendian su entrada.

Enrique se adelantó con precaucion: prestò el oido, y un rugido mas fuerte y penetrante que los anteriores, le anunció que allì se escondia el terrible animal.

Don Luis á distancia de diez pasos, inmòvil y con los ojos desencajados, observaba todos sus movimientos.

Artames puso en el suelo el machete, las pistolas y hasta un cortaplumas que llevaba en el bolsillo del pantalon, y ya desarmado se adelantò impàvido y sereno à la boca de la gruta.

Fuese temor ò piedad, don Luis sin poder hablar dió un paso y le tendiò las manos, indicàndole que se detuviese.

—Adios, don Luis, contestòle el joven; haced dichosa á Adela....

Al mismo tiempo separò las ramas y un rayo de sol ilumino el fondo de la gruta.

Larteman volviò la cabeza horrorizado: sus ojos despavoridos tropezaron con los ojos centelleantes de un enorme tigre tendido en medio de ella.

Restos humanos esparcidos à su alrededor, le decian que aquel era el tigre *cebado*, que los cazadores, mal informados, andaban buscando en otra direccion.

Sus sangrientas pupilas se clavaron como dos flechas de encendido bronce en las del imprudente que osaba venir á provocarle en su propia guarida; y tan solo un instante pudo él sostener el choque eléctrico de aquella fulgurante mirada, mas pavorosa é imponente en medio de la oscuridad que envolvia el fondo de la gruta. Sus nervios se contrageron dolorosamente; frias gotas de sudor glacial cayeron de sus sienes; corriò por sus venas el hielo de la muerte; ardorosas titilaciones le obligaron á cerrar los ojos; la tierra se estremeció bajo su planta; zumbàronle los oidos, oprimiósele el pecho como si le faltase el aire que respiraba; quiso huir y se sin-

tió dominado por esa incontrastable fuerza de atraccion que arroja al abismo al que lo mira, y lleva al pececillo volador à la garganta del tiburon.

Empero Enrique habia hecho firme propósito de morir, y por mas que el instinto de conservacion al despertarse irresistible y violento, se sobrepusiese por un instante á su voluntad, pasado aquel vértigo de que el hombre mas valeroso no està libre al contemplar la muerte frente à frente, era imposible que retrocediese.

Y no retrocediò .... tendiò los brazos, y el espeso ramage abierto con violencia, cerrose tras él gimiendo como las ondas del mar al recibir un cadaver..

Larteman dió un grito, y por un impulso involuntario que no fué dueño de reprimir, se acercó á la gruta.

El tigre bramaba furioso .... oyò el rumor de un cuerpo que caia .... luego creyó percibir ayes sofocados y el sordo rechinamiento de los dientes de la fiera despedazando los miembros palpitantes de su infeliz rival.

Pálido, sobrecogido, trémulo, lleno de espanto, con el cabello erizado y los ojos fuera de sus òrbitas, huyò don Luis en busca de sus esclavos con ánimo de volver con ellos à salvarle si aun era tiempo.

Pero antes de llegar al punto en donde los deja-

ra, mudó de resolucion. Ya estarà muerto, se dijo, y es una necedad. Ademas, no debo comprometerme: no faltaria alguna alma caritativa que me atribuyese la muerte de ese loco. Vamos à la batida à confundirnos con los demas; y si le echan de menos, diré que se ha retirado à la estancia.

Asi trataba don Luis de disculpar à sus propios ojos la secreta y triste satisfaccion que sentia al verse libre del odiado rival que le usurpaba el cariño de su esposa. No le acusemos por su cobarde proceder, muy natural en él. Dios ha formado nuestro corazon de porciones desiguales de barro y oro, y no con todos ha sido pròdigo del segundo. Un campo erial no puede producir mas que zarzas y espinas; una fuente sin agua, fango é insectos; una profunda sima nunca alumbrada por los rayos benéficos del sol, horribles sombras, fria y pavorosa oscuridad; y un corazon villano, solamente egoismo, viles sentimientos, ruindad y miseria! . . . .

CAPITULO XIV.

La batida.

Listo à su presa· ·
acude el tigre· · · ·
· · · ·muéstrase el pecho,
latiendo con presura
cual ola brava en reducido lecho:
salidos de sus cuencas ambos ojos
en alto fija con la saña rojos.
· · · ·le abraza, y en la torva frente
su garra imprime y el agudo diente.

(RAFAEL M. BARALT.)

La rapidez que exige la narracion de sucesos que tocan à su desenlace, nos obliga à ser muy sòbrios, à no detenernos en la descripcion de algunos detalles que en otras circunstancias tal vez se leerian con gusto.

Hemos dicho que la mitad de los cazadores habia invadido el bosque: traslàdese, pues, el lector, con

las alas de la imaginacion, al otro lado del Atlàntico, y penetrando en el corazon de América, detenga sus miradas en cualquiera de sus vírgenes selvas. Figúrese un Occeano de vegetacion colosal, estendiéndose por llanuras, sierras y montañas, como un manto verdi-negro, arrojado al acaso sobre el mundo, y cuyas orlas de plata son los rios que brotan en su seno, los ciñen y cruzan en todas direcciones, cual vivificantes arterias que van derramando en sus entrañas sàvia fecunda de vida y eterno esplendor. Confùndase con nuestros cazadores arme su diestra de un acerado machete, y abriéndose camino por entre la tupida valla de enanos arbustos, flexibles y espinosos mimbres, lianas y moreras, siga infatigable la huella de sus lebreles hasta que husmeen la presa que van buscando.

Seguid adelante, aunque de vez en cuando os haga volver la cabeza y prestar el oïdo con inquieta curiosidad el precipitado rastro de un *tatû* (1) ó lagarto que huye entre los matorrales; el áspero graz-

---

(1) El *tatú* tiene la figura de un lechoncillo, y su cuerpo por la parte superior està cubierto de conchas, que abre y cierra á su placer: se le llama tambien *mulita*, *armadillo* y *bolita*, porque cuando se vé perseguido se encoge y forma una bola con las làminas de sus conchas, que le sirven á la vez de refugio y armadura.

nido del agorero *opacúa* (1) que se pasea por las märgenes de algun riachuelo cercano; el apagado canto del tímido *zorzal*; el melancòlico gemido de la solitaria *pava* ò de la torcaz silvestre, ocultas en el añoso y hueco tronco de algun corpulento *palmar*; el sonoro estrépito de alguna bandada de urracas azules, de loros color de esmeralda, de amarillos *tieyubrés*, tan pobres de pluma como ricos de armonia, de cardenales y tucanos anaranjados, que saltan de rama en rama entre los frondosos ébanos, laureles y caobos, huyendo de las garras y de la estruendosa algazara de los monos, que para trasladarse mas pronto de un àrbol á otro, cuando están muy distantes, entrelazan sus colas, forman de dos en dos una especie de cadena, y cimbràndose á derecha é izquierda, no paran en este movimiento hasta que el último se aferra à una de las ramas del àrbol opuesto. Seguid adelante, sin que os atemorice el metálico rumor de los anillos de la serpiente de cascabel, que ora se arrastra cautelosa por el suelo, cual si temiera ser sentida, ora asoma de repente su aplastada cabeza por entre el monton de yerbas, plantas parásitas y musgos florescentes que cubren el tronco de los árboles donde suele ocultarse; y antes

(1) Pájaro acuàtico, cuyo nombre se deriva de su graznido, *apa* y *cáa*, palabras que en guaraní significan: "*Ya se acabó* la yerba; ya no hay yerba."

que tengais tiempo para verla, se os eriza el cabello sin saber por qué, crugen y se estremecen las hojas, y la mirais erguirse velocísima y clavar en los vuestros sus pequeños ojos diamantinos, vivaces, sulfùreos, mas centelleadores que el ardiente resplandor que lanza una faceta de brillantes, herida por el sol à medio dia....

Seguid adelante, oh buen lector, que para distraeros del susto que este mal encuentro os ocasionaria, do quier que volvais la vista encontrareis millares de zumbadoras abejas, de moscas blancas, verdes, plateadas, amarillas, de pintadas mariposas é insectos de todos colores, que revolotean aqui y allì, confundidos con un enjambre de colibrìs y microscópicos pajarillos, en los que la naturaleza parece haber agotado en brillantes tornasoles, en bellos matices, en fantásticas combinaciones, todas las galas del colorido, todos los reflejos de la luz, todos los primores de su inagotable paleta!....

Asi podreis formaros una idea del desòrden y confusion consiguiente à la entrada de los cazadores en los célebres bosques del *Chaco.*

Baste deciros que en el espacio de una hora habian levantado varias piezas de caza, entre ellas una pantera y dos tigres.

Uno de estos habia sucumbido dentro de la selva; acosado por los que le perseguian, trepò à un cor-

pulento *seibo*, y allí revolviéndose y bramando entre las ramas, esperó á que alguno se le acercase lo suficiente para lanzarse de un salto sobre él.

Los cazadores conociendo su intencion se retiraron à una prudente distancia, formando un ancho círculo en torno del àrbol.

En la imposibilidad de hacer uso de las armas de fuego por el temor de herir à alguno de sus compañeros que andaban por allí cerca, invitàbanse unos à otros à aproximarse al seibo, pero ninguno se atrevía.

Entonces un negro de estatura gigantesca y fuerzas atléticas, que iba armádo de una lanza, enristróla y fuése derecho al àrbol como un arrojado picador que se atreve à ir à buscar al toro al medio de la plaza.

Llamò à la fiera con un grito atronador; replegóse esta sobre sus patas traseras, diò un salto y precipitóse rugiendo sobre el hierro de la lanza, que le atravesò el pecho de parte à parte.

El negro en vez de retirarse, se inclinó hacia adelante con todo el peso de su cuerpo y el vigoroso empuje de su brazo; de modo que al caer el tigre cayò de espaldas, y pudo clavarle contra el suelo, mientras acudian los demas cazadores y le ultimaban à balazos y golpes de machete.

A poca distancia de allì tenia lugar otra escena

de las mil que acaecen diariamente en nuestros campos.

Una pantera acababa de ser arrojada de su guarida por los perros, y un gaucho, hombre inteligente y acostumbrado à habérselas con toda clase de alimañas, se habia comprometido à matarla sin ayuda de nadie. Obtenido el competente permiso del gefe de la cuadrilla, envolvióse el *poncho* en el brazo izquierdo y con el puñal en la diestra, le saliò al encuentro, esperó à que le acometiera, y cuando la tuvo encima, metiòla por la boca el brazo envuelto en el poncho, y al propio tiempo con una destreza y velocidad admirables, le partiò el corazon de un solo golpe, hundiéndole el puñal hasta el pomo por debajo de la paletilla.

Mientras esto pasaba en el fondo del bosque, habia salido otro tigre á la llanura, justamente cuando llegaba à ella don Luis con su comitiva y ponia el pié en el estribo para montar à caballo.

—No hacerle fuego!.... *enlazarle*; gritò una voz bastante autorizada para ser oida por los espectadores.

—Sí, sì, enlazarle!.... repitieron en coro otros muchos.

—Pues enlazarle!.... añadiò don Luis, preparàndose en persona á hacer lo que decia.

Esta operacion, que consiste en sujetar al tigre

entre dos lazos de manera que quede privado de todo movimiento, y uno de los medios que se emplean con mas frecuencia para cogerle vivo, es muy arriesgada cuando el ginete no tiene la precaucion y habilidad necesarias para impedir que la fiera se le aproxime ó rompa el lazo, si el compañero que ha de secundarle tarda en asegurarla con el suyo: doblemente arriesgada si el tigre coge el dogal que le aprisiona, y ràpido como una saeta, recogiendo entre sus garras las quince ó veinte varas de cuerda que le separan del caballo, llega hasta él en un abrir y cerrar de ojos.

Entonces, si no es inmediatamente socorrido, solo un milagro puede salvar al ginete.

Tal aconteció à don Luis, que aturdido y horrorizado aun con la terrible escena que venia de presenciar, sintiendo, aunque demasiado tarde, remordimientos por su innoble proceder tanto con Enrique como con Adela, agobiado por un torcedor secreto, por uno de esos íntimos pesares precursores de grandes calamidades, saliò à la llanura deseando aturdirse mas de lo que estaba, mezclarse con la muchedumbre, participar de su agitacion y de su alegrìa, si era posible; correr, fatigarse, desafiar los peligros para olvidar los congojosos pensamientos que le abrumaban ....

Por eso cogió con avidez el primer lazo que le

presentaron, lo enrolló en ondas desiguales y sin reflexionar si su asustadizo *parejero* (1) era apropòsito para aquellas difíciles cuanto peligrosas evoluciones, galopó tras el tigre, haciendo girar por encima de su cabeza la pesada argolla de hierro por donde corren las quince ò veinte brazas del lazo, y arrojòselo à treinta pasos de distancia con tal acierto, que al primer tiro le aseguró por el cuello.

Menos feliz su compañero, tres veces despidió el suyo, y por tres veces erró el golpe.

El tigre *empacado*, (2) revolvíase à un lado y otro bramando de corage, batiéndose los hijares con la cola, destilando por la entreabierta boca una espuma amarillenta, secas y enrojecidas las fauces, y esestraordinariamente dilatado el círculo rojizo de sus ojos chispeantes, inyectados de sangre. Veìase saltar debajo de la piel su vigorosa musculatura, dilatarse y contraerse al sentir en su garganta la sofocante presion de la cimbradora cuerda; y tan pronto doblaba el cuerpo en arco para dar un salto mortal, como se aferraba con las garras en el suelo para resistir al empuje del poderoso corcel; ò se lanzaba en la misma direccion pretendiendo alcanzarle.

Larteman, que era un escelente ginete, evitó sus primeros amagos, mas no pudo impedir que en uno

(1) Caballo de carrera.

(2) Sin adelantar ni retroceder.

de ellos se asustase su brioso alazan, y quedando flojo el lazo, le recogiese el tigre, y antes que su dueño tuviese tiempo para echar pié á tierra ó sacar las pistolas, llegase hasta él, le clavase sus garras en un muslo, y le arrancase de su montura con la facilidad con que derriba el viento un fruto maduro, próximo á caer por su propio peso.

No de otro modo cayò el desventurado esposo de Adela, lanzando un ay! desgarrador, intensìsimo, profundo, que llenò de espanto à todos, como el que lanza en medio del combate el soldado à quien una bala de cañon le lleva una pierna ò un brazo.

La muchedumbre exhaló un grito de horror, y tropezando y estorbándose mùtuamente por acudir mas pronto, tardó algunos instantes en socorrerle: huyó el caballo azorado, y don Luis bañado en su sangre, quiso incorporarse, y volviò à caer otra vez, herido de muerte por la fiera encarnizada.

No hubo uno solo de los circunstantes que no cerrase los ojos transido de espanto, al contemplar el horroroso espectàculo que se ofreciò à sus àvidas miradas. El tigre se habia abrazado con don Luis, hundídole sus garras por la espalda entre las dos paletas, y metido la cabeza por la ancha herida que le abriera, sacàndola al punto empapada en humeante sangre, que le caia en densas gotas por el cuello,

y dejaba impresa en el suelo la roja huella de sus pasos.

El choque violento del caballo que huia desbocado, derribó al tigre aprisionado por el lazo, cuya punta estaba sujeta en la cincha del *recado*, pero no por eso abandonó su presa; herido y acosado por los cazadores, llevòla arrastrando largo trecho, y cuando la soltò, tiempo hacia que el infortunado don Luis era cadáver.

....

....

¿Añadiremos à este cuadro ya demasiado triste, el que ofreció la estancia de Aracay cuando Adela vió llegar à su esposo sangriento é inanimado? ¿Aumentaremos la penosa sensacion que su relato, aunque pobre y descolorido debe haber causado en el ánimo de nuestros lectores, refiriéndoles el dolor y la desesperacion de nuestra heroina, cuando tuvo en sus manos las cartas encontradas en la ropa de su marido, y que no eran otras que las que le diera Enrique?

¿Iremos à sorprenderla llorando sobre el lecho donde habian colocado á don Luis y pidiéndole perdon por los pesares que involuntariamente le habia ocasionado? .... La mostraremos algunas horas despues, al cerrar el ataud para conducirlo à la capital, prosternada ante él, llevar su generosa pie-

dad, el olvido de las desgracias que debia á aquel hombre, hasta el estremo de vencer la repugnancia que naturalmente inspiran los muertos, y estampar en su helada frente un ósculo de paz y reconciliacion?.... el primero que sus làbios le concedian!..

Oh! no: nada digamos! dejemos que la imaginacion y la sensibilidad de cada uno, sospechen ò adivinen lo que callamos. El alma se place en cubrir con un velo misterioso todos los grandes dolores ó placeres que dimanan de ella. Se profanan, se amenguan y desvirtuan esponiéndolos à la luz del sol en toda su desnudez, como se evapora una delicada esencia despojando de su cubierta protectora al fràgil cristal que la contiene.

CAPITULO XV.

Al pié de la cruz.

Contigo, alma esperanza, el mar del mundo
animosos surcamos los mortales:
que crudo no hay dolor ni mal profundo
do viven tus consuelos celestiales.
Y en el abismo del dolor eterno,
mansion del torbo arcangel maldecido,
si penetráras tú, no hubiera infierno,
que solo es infeliz quien te ha perdido!

(J. HERIBERTO GARCIA DE QUEVEDO.)

EL sol tocaba à su ocaso, algunas pequeñas nubes color de fuego flotaban en el encendido horizonte, como flotan en el aire las ensangrentadas plumas de una paloma blanca perseguida por un *condor.*

Hundióse tras las montañas el astro-rey, y las pequeñas nubes color de fuego, rompiéndose en delgados hilos de filigrana, se fueron apagando en el os-

curo azul del firmamento, hasta trocarse, primero en las amarillas espigas de los verdes prados que hace ondear el viento de la tarde, y luego en los alicatados copos de espuma que argentan la superficie de las fosfòricas ondas del mar tropical, cuando al cruzar la luna por su espalda tiemblan de placer, y lánguidas, calladas, perezosas, se dilatan, suspiran, se empujan y deslizan, do las lleva el flujo y reflujo de sus ràpidas corrientes....

La estrella de Venus apareció en el cielo, còmo el luciente broche del negro manto del crepùsculo, cuyos anchos pliegues al estenderse por la bóveda azulada, envolvian con su sombra la frente del mùndo fatigado, tal vez para ocultar sus pesares durante el dia, sus angustias y dolores por la noche; cual esos densos torbellinos de humo y ceniza que se escapan del fondo de una *sábana* incendiada y esconden à los ojos del viajero los estragos del terrible elemento que la devora.

Luchaba la luz con la sombra, y los postreros destellos del dia, ahuyentados al fin por las oscuras alas de la noche, rotos y dispersos se refugiaban al seno de las estrellas, que presurosas acudian á su auxilio por occidente, como avanzadas centinelas del sol, prontas à disputar en su ausencia el imperio del espacio à su implacable enemigo, el pavoroso genio de las tinieblas.

Era aquella la hora mas triste y melancólica del dia y de la noche: el crepùsculo. Hora de silencio, de calma y recogimiento, en la que à imitacion de la naturaleza se replega el alma dentro de sì misma, medita y vaga incierta entre mil impresiones gratas ò enojosas, entre mil reminiscencias del pasado y del presente, tan confusas é indefinibles como el amalgama de luz y sombra que inunda los lejanos horizontes.

A esta hora, pues, la esposa de don Luis que habia permanecido toda la tarde apoyada contra la ventana de su alcoba, contemplando el campo sumergida en profunda tristeza, salió de sus habitaciones y encaminòse à la solitaria capilla de la estancia, con ànimo de orar por el alma de su esposo y de su amante. Hacia ya ocho dias que la muerte los separaba, y su dolor era tan vehemente como el primero.

Conviene apuntar aquí una circunstancia especialísima de la vida de nuestros campos: en casi todas las posesiones rurales de alguna consideracion, no muy lejanas de la capital de su respectivo departamento, hay por lo comun un oratorio ò pequeña iglesia, donde à espensas del propietario se celebra pùblicamente el culto divino una ó dos veces á la semana. La piedad de los particulares suple el poco celo y la indolencia del gobierno.

La munificencia de don Luis y su prurito de imponer à todos su superioridad desde las cosas mas altas hasta las mas triviales, le habian hecho que sustituyese al mezquino oratorio que tenia la estancia cuando él la compró, una linda y suntuosa capilla que podia competir con las mejores de Buenos Aires y ocupar el primer lugar entre todas las de su provincia, sin esceptuar á la misma ciudad de Santa Fé.

Edificada en el ala izquierda de la casa señorial, en un área de ochenta varas de largo sobre treinta de ancho, levantaba su graciosa cúpula coronada de un àngel de bronce, revelando en la simplicidad y elegancia de su arquitectura el buen gusto y riqueza de sus adornos interiores.

En el fondo, sobre escalones de màrmol negro, bajo la media naranja sostenida por columnas de alabastro, grave y severo levantàbase el altar, en èl que se veia el venerando emblema de la fé cristiana, la santa imàgen del Crucificado, y à sus pies postrada de hinojos, la de su dolorida Madre.

Las dos imàgenes eran del tamaño natural; la cruz de ébano esmaltada de nàcar y piedras preciosas; el Cristo y la Virgen de plata maciza, y la espinosa guirnalda del primero, de amatistas, topacios y rubies incrustados en hojas de oro.

Riquísimos cuadros, originales unos é imitacio-

nes otros de los mas afamados pintores, cubrian las paredes tendidas ahora de negro y alumbradas por la tétrica luz de algunos blandones funerarios. Hacia ocho soles que el opulento fundador de aquella iglesia descansaba en brazos de la eternidad.

Adela abrió una de las puertas laterales, paseó una mirada distraida por el templo, y fué à arrodillarse en la primera grada del altar.

Sus manos se unieron, sus làbios articularon una plegaria, imperceptible murmullo parecido al de las alas de un serafin en la oscuridad; levantó al cielo sus dolientes ojos preñados de làgrimas, clavólos en la Virgen, exhaló un suspiro, y antes de concluir su piadosa oracion, dobló lentamente la cabeza sobre el pecho, como si no pudiese resistir al tropel de ideas abrumantes que la agobiaban con su peso, y quedòse sumergida en honda meditacion, embargada la voz, sordo el oido, ciega la vista, privado el cuerpo de sensibilidad y movimiento.

La azulada luz de los blandones, rechazada por las negras colgaduras de la iglesia y por el trage de rigoroso luto que ella vestia, se reflejaba en su albo cuello, en sus níveas espaldas y en su rostro de querube, prestando á su marmórea palidez ese colorido fantástico, ese barniz de transfiguracion divina que admiramos en algunas caras de Murillo y Rafael.

Sì, mas bien que un ser animado, Adela semeja-

ba una bella estàtua del dolor, puesta de rodillas sobre el sarcófago de un héroe, é iluminada por un trémulò rayo de luna, próxima á ocultarse entre las nubes.

Ya no tenian sus ojos làgrimas que llorar, ni su pecho sollozos para quejarse; y no porque el raudal del sentimiento se hubiese agotado en ella, sinó por que en aquellos ocho dias habia llorado, gemido y sufrido cuanto puede llorar, gemir y sufrir un corazon humano: y la infeliz no pudiendo arrojar de sì el torrente de pasion que le abrasaba el alma, conocia que su razon se iba debilitando por instantes y que en breve la perderia del todo.

Su piedad, su confianza en Dios la sostenian, no sus débiles fuerzas. La esposa de don Luis creia sínceramente en la justicia eterna, y por eso aunque el dolor la sacaba de quicio, poniéndola en el estado del reo à quien el tormento obliga contra su voluntad à apostatar de sus principios, jamàs blasfemó ella de la Providencia ni dejó de implorarla con doble fé y resignacion. En vez de rebelàrse contra su tirania, bajaba la cabeza à cada nuevo golpe, esperando siempre que Dios al fin se apiadaria de su largo y cruento padecer.

Y no creais que Adela se conceptuaba infeliz porque habiendo muerto su esposo, se veia libre y hubiera podido, si Enrique viviese, ligar su destino

al suyo. Este pensamiento egoista no se le ocurrió siquiera. Lloró la muerte de don Luis impulsada solo de su buen corazon, y sintió el suicidio de su amante como si la hubieran arrancado la mitad de su alma. Enrique era su vida, el sol que la alumbraba, el aire que respiraba, una necesidad de existencia para ella, como la sávia para las plantas, el frio para la nieve, la luz para los colores, la armonia para la música. Estaba resignada á no pertenecerle nunca, pero no à verle bajar à la tumba, à hundirse en la eternidad, llevando en la frente el sello de los réprobos, la marca ominosa del suicida....

Luego, para colmo de infortunio, leyó su carta algunas horas despues que llegò á la estancia el cadaver de su marido horriblemente mutilado: la leyò cuando todavia estaba llorando por él!....Oh! entonces su amante corazon sintiò doblemente el golpe que lo despedazaba, como sentimos con doble fuerza el choque de un cuerpo estraño, cuando nos hiere en una parte ya dolorida.

Síncero y leal era, pues, el primer sentimiento de Adela relativo à su esposo, tanto mas cuanto en los dos meses que duró su matrimonio, le habia visto siempre en último resultado, ceder à todas sus exigencias: sus celos, sus insultos, sus sarcasmos, sus amenazas encontraban disculpa en el corazon

generoso de su consorte. Examinando el origen que tenian, Adela compadecia en secreto à aquel hombre que tan ciego la amaba, à pesar de la invencible repugnancia que sentia hàcia él, à pesar del empeño que ella ponia en conservar y aumentar las causas verdaderas ó fingidas que los separaban. Es indudable que á no haber antes conocido à Enrique, hubiera acabado por amarle; pues siempre las mugeres son indulgentes con los arrebatos que ocasiona su belleza y el amor que inspiran; es mas facil que olviden los agravios del que las maltrata por esceso de cariño, que perdonen al que las ofende lijeramente por esceso de indiferencia.

Don Luis ademas no era perverso; una educacion viciosa y un caràcter demasiado despótico le hacian parecer mas malo de lo que realmente era. Infatuado desde la cuna con sus riquezas y el orgullo de su posicion, tenia en menos à los demas, y poco le importaba herir à menudo y humillar su amor propio y vanidad: razon por la que todos le odiaban.

Fuera de ese terreno, Larteman tenia cualidades muy apreciables; una de ellas era la generosidad. Cuando se unió à Adela, à pesar que esta nada le llevò en dote, al firmar el contrato matrimonial, la instituyó, sin que ella lo supiese, heredera de sus cuantiosos bienes, caso de que muriera él antes sin sucesion. Providencia muy razonable por cuanto

no contaba mas deudo inmediato que una hermana solterona, tan rica como él. Sus demas parientes lejanos no le veian ni trataban; su soberbia los alejaba de su lado, y le aborrecian franca y cordialmente. Escusamos añadir que don Luis les retribuia su odio con otro igual.

Hechas estas ligeras aclaraciones, indispensables para la perfecta inteligencia de los sucesos pasados y futuros, tornemos à la capilla donde dejamos à Adela arrodillada en la primera grada del altar.

Acerquémonos á ella, veàmosla salir de su febril letargo, verdadera catalepsis moral, en la que el cuerpo encadenado no permite al alma que se comunique con el mundo esterno; contemplémosla al recobrar voz y movimiento, erguirse como la palma que inclina el huracan, tender los brazos al crucifijo y decirle con el desesperado acento del valeroso campeon que cae mortalmente herido en el campo de batalla y ruega à sus compañeros que acaben de matarle para no penar mas:

—Dios mio! Virgen santa!.... ò devolved la vida á Enrique, ò tomad la mia, para que pueda en el cielo ó en el infierno irme á reunir con él.

Mudo silencio se siguió á esta imprecacion.... dirìase que su férvida plegaria volaba à las plantas del Altísimo en alas de la fé, y descendia de allì sobre su angustiada frente convertida en fúlgida au-

reola de misericordia.... Una recia bocanada de viento hizo chisporrotear los blandones despojándolos del largo pávilo que amortiguaba su resplandor; vacilaron las negras colgaduras, oyóse el suave crugido de una puerta que giraba sobre sus goznes como la tapa de una tumba que entreabria una mano invisible, y fuese realidad ó delirio de su imaginacion acalorada, Adela creyó ver un amoroso rayo de luz escaparse de las inmóbles pupilas del Redentor y de Maria, infiltrarse hasta la médula de sus huesos y penetrar en su corazon inundàndole de profundo, indecible, intensìsimo gozo.

Adela, sin saber por què, lloraba de placer.

Rumor de cercanos pasos resonó á su espalda.

Volviò la cabeza apresuradamente y vió.... viò á Enrique que la llamaba por su nombre!

Adela se estremeció; diò un grito de horror, y se puso en pié para huir.

Tan pálido y desfigurado estaba el pobre jòven, que le juzgò al punto espíritu del otro mundo, evocado de la tumba por el místico conjuro de sus palabras.

No obstante, aquel indeliberado movimiento de horror duró un segundo; ni sus lìvidas megillas, ni su paso inseguro y vacilante, ni sus hundidos ojos, ni la palidez glacial de la muerte difundida en su semblante detuvieron á Adela. Precipitóse à él con

los brazos abiertos, y le estrechó frenética contra su pecho, cual si anhelase cerciorarse de que no era una sombra lo que abrazaba, preguntàndole todavia llena de inquietud y desconfianza:

—Estàs vivo, Enrique mio? Estàs vivo?

—Sí, mi cielo.

—No has muerto?

—No, ángel mio.

—Dios sea loado!.... Ven, demos.... gritó Adela trémula, demente, convulsa de alegria, sin acertar à concluir la frase empezada, arrastrando con violencia à Enrique hasta las últimas gradas del altar.

Allí, vencidos por el esceso de su emocion, miràndose y buscando en medio de su éstasis divino, palabras que no existian para dar à Dios gracias por la suprema felicidad que les dispensaba, sin otro lenguage que el del silencio y sin poder romperlo en largo rato, instintiva y simultàneamente sin habérselo dicho antes, absortos, confundidos, anonadados, los dos à un tiempo cayeron de rodillas *al pié de la cruz.*

CAPITULO XVI.

El hombre propone y Dios dispone.

Si quieres el placer busca la muerte
. . . .
El árbol de la fé tiene sus flores,
y si una vez la duda las marchita,
una lágrima fiel las resucita
y exhalan un olor mas virginal.
Si duerme el sol, despertarà la noche,
toldo benigno del ardiente dia,
vírgen que aplaca el llanto y la agonia
y nos tiende en el lecho á suspirar.

(Abigail Lozano.)

Momentos despues, Adela y Enrique se encontraban en aquel mismo gabinete, donde los sorprendió don Luis la noche anterior á la caceria.

Adela reclinada en un estremo del canapé, habia abandonado una de sus manos á su jòven amigo, que la besaba à intérvalos con el transporte de un

amante que vuelve à ver à su querida tras una larga ausencia.

Los dos estaban profundamente conmovidos, y en la vaguedad de sus miradas, en la espresion, ora apacible, ora inquieta de su semblante, en las fugitivas làgrimas que se desprendian de sus ojos cada vez que intentaban hablar é interrogarse, se leia la felicidad que rebosaba en sus corazones; felicidad que se traducia en suspiros, en miradas de inefable ternura, en gotas de llanto, en la tierna presion de sus dos manos, que trémulas al tocarse, comunicaban un ligero estremecimiento à todo su cuerpo y agolpaban la sangre à sus mejillas, como si la hoguera escondida hasta entonces en el fondo de su alma, quisiera escaparse, condensada en rayos de amor, por sus húmedas pupilas y entreabiertos làbios.

Anonadados bajo el peso de su dicha, permanecieron asi algunos instantes sin que el esceso de la alegria les permitiese formular sus pensamientos, ni hacerse cargo de lo que se preguntaban ni de lo que respondian. Estaban locos!

Aquel placer era demasiado intenso para que pudiese durar mucho: Adela, abrumada por tantas y tan diversas emociones, dejò caer lánguidamente su cabeza sobre el hombro de Enrique, diciéndole con voz tan tierna como el ruego de una jòven madre à

su primer hijuelo, cuando anhela hacerle pronunciar las palabras que le enseña:

—Cuéntame, cuéntame Enrique mio, como te salvaste; cuéntame ese doble milagro en que tan visiblemente se trasluce la intercesion de la bondad divina.

—Mi salvacion es en efecto milagrosa, contestò el interpelado, y ahora que soy feliz, completamente feliz, veo en ella como tù la oculta mano de la Providencia, que descendió hasta mí, cuando mas dudaba de su paternal misericordia. Oye.

Incorporóse Adela, se desvió un poco, clavó sus bellos ojos en los de su amante, apoyò el brazo en el almohadon del canapé y la sien en la palma de la mano, provocando à Enrique con una graciosa sonrisa y un gesto de impaciencia, à que satisfaciese su curiosidad cuanto antes.

—Oye, repitió Enrique, besando por la milésima vez la preciosa mano que tenia cogida; oye, luz de mis ojos, y perdona mi estravio, porque tú sola tienes la culpa.

Adela tornò à sonreirse, y el jòven acercàndose mas à ella, prosiguió de esta manera:

—Poco despues que me separé de tì, vino tu esposo à desafiarme....

—Y tú no aceptaste.... lo sé, adelante.

—Pero le prometì darle una satisfaccion que no le dejase la menor duda acerca de tu inocencia.

—Y para eso, ingrato, nada te pareció mas oportuno que suicidarte á su vista? . . . .

—Apenas nos encontràsemos solos en el fondo del bosque, y hubiese leido tu carta y la mia.

—Las dos estàn en mi poder, repitiò Adela con profunda tristeza; pobre Larteman!

—No era digno de ser tu esposo, àngel mio; pero ya su memoria no me irrita ni puede inspirarme celos. Dios le haya perdonado, como yo le perdono!

Siguióse una corta pausa y Enrique continuó:

—Como habiamos convenido, nos internamos en la selva y nos detuvimos casualmente cerca de las *Grutas de los duendes.*

Mientras tu marido leia las dos cartas que puse en sus manos, yo con los brazos cruzados esperaba que concluyese su lectura, para levantarme en seguida la tapa de los sesos.

La única idea que me preocupaba era que el estrépito de mis pistolas pudiese hacer creer à sus domésticos que nos habiamos batido, y tal vez que don Luis me habia muerto à traicion.

Por tì lo sentia únicamente, y ponia en tortura mi pensamiento para encontrar un medio que surtiese el efecto apetecido, sin comprometerle. La

casualidad, el destino, la Providencia vino en mi ayuda. Cuando Larteman llegaba al ùltimo párrafo de la segunda carta, oimos muy cerca de nosotros un lúgubre alarido, que nos sobrecogió al pronto, haciéndonos comprender que alguna fiera herida ò hambrienta nos seguia el rastro.

Larteman, pàlido y demudado, quiso huir, pero yo, que me sentí iluminado por una idea verdaderamente diabólica, aproveché aquella ocasion para realizar sin peligro mi propòsito. Le tomé de un brazo, y le llevé poco menos que á la fuerza hàcia el parage de donde parecia venir el ruido.

Llegamos á la boca de una de las grutas donde se albergaba la fiera, y á pesar de los ruegos de don Luis, y del terror involuntario que me iba dominando, al estremo de ofuscar mi razon, separé de golpe el espeso ramaje que defendia la entrada de la gruta, y me precipité en ella con los ojos cerrados.

Al separar el lòbrego enramado, merced al rayo de luz que penetrò como un relàmpago por la estrecha hendidura, habia visto à un enorme tigre que tendido en el fondo de la cueva, y rodeado de restos humanos, rugia furioso y clavaba en mi sus òrbitas de fuego, cuyo sulfùreo resplandor me penetraba hasta la médula de los huesos.

Entonces no sé qué súbita revolucion se efectuó en mi interior: dí algunos pasos hàcia el tigre; pero

como si una mano invisible me arrastrase por el cuello, retrocedí instintivamente, me adelanté de nuevo, y volví à retroceder; hice un postrer esfuerzo, y otra vez retrocedí espantado, y fuí á caer en un àngulo de la gruta.

Ah! el instinto de la vida se despertaba en mì, violento é irresistible! La carne triunfaba del espíritu; y à pesar de mis deseos, al mirar la muerte frente à frente, temblaba y huïa de ella; como la altanera ola que crece en vigor y furia á medida que se adelanta, y al chocar contra el muro que pensò salvar victoriosa, pierde su brio, se parte en mil pedazos, y retrocede humillada á confundirse con sus iguales.

Yo era una ola del occéano de la humanidad, que pretendia salvar los linderos de la vida, sobreponiéndome al vulgo de los hombres: llegué hasta las puertas de la eternidad, y .... tuve miedo! .... retrocedí como pudiera hacerlo el mas débil y pusilánime de mis semejantes!

Para mayor desgracia, aunque confuso, conservaba todavia un destello de razon. Coalugada la sangra en mis venas, privado de voz y movimiento, bañado en un sudor frio, queria ¡pobre de mí! levantarme y arrojarme en la boca del tigre; pero ¡ay! en vano .... mis miembros entorpecidos se negaban à obedecer à mi voluntad.

Oh! aquellos terribles momentos de agonia, nunca se borrarán de mi memoria; yo veia la muerte allì, á pocos pasos; sentia al tigre arrastrarse penosamente por el suelo, clavar sus garras en la tierra y ensañarse con los descarnados huesos que le rodeaban. Le vi llegar à tan breve distancia, que su abrasado aliento me quemaba el rostro, y sus roncos y pavorosos ahullidos convulsionaban todo mi ser, penetrando como flechas en mi corazon! El alma queria escapárseme del pecho, y no podia moverme para huir ò poner término à tan lenta y horrorosa agonia! ....

En aquella desesperada lucha perdì el conocimiento, y cuando volví en mí, los primeros vislumbres del alba empezaban á penetrar confusamente por el ramage de la gruta.

Me levanté, y antes que pudiese coordinar mis ideas, anhelando aire y luz, corrí hàcia el punto por donde penetraba esta con ànimo de salir.

Pero no bien anduve tres ó cuatro pasos, tropecé con un cuerpo cerdoso y resbaladizo, y caì de bruces sobre un charco de sangre todavia caliente.

Lancé un grito de horror, y la memoria del tigre asaltóme de repente, dejàndome otra vez inmòvil.

Crei que dormia y que le habria despertado ....

Al cabo de un buen rato, viendo que no se movia y que reinaba en la gruta un silencio sepulcral,

me aventuré à levantarme y separé las ramas que impedian la comunicacion de la luz.

Pasee una mirada indagadora y recelosa á mi alrededor, y ví á la fiera tendida en una posicion que me tranquilizò del todo, porque indicaba que felizmente habia pasado à mejor vida.

—Dios le tenga en su gloria! murmurò Adela, que escuchaba embelesada la interesante narracion de su amante.

—O en el infierno, si es que los animales tambien espian allì sus culpas, contestò Enrique en el mismo tono.

—Prosigue, desagradecido.

—Prosigo, alma caritativa.... hasta con los tigres....

Esta ligera interrupcion dió màrgen à que el jóven llevase otra vez à sus làbios la blanca mano que tenia cojida y diese otro giro à su discurso; pero Adela le trajo à la cuestion, negàndose paladinamente à responderle mientras no terminase el relato de su original y estraña aventura.

—Rompí y entrelacé algunas ramas para que continuase penetrando la claridad del dia, prosiguiò Enrique, y me aproximé à examinar el tigre de cerca.

Singular coincidencia! rara casualidad, que demostraria al mas incrédulo la misteriosa interven-

cion de un ser, que eslabona los acontecimientos y sabe convertirlos en provecho nuestro, confundiendo todos los càlculos y combinaciones humanas. Instrumentos ciegos de su soberana inteligencia, obramos y marchamos al fin que nos proponemos, llenos de confianza y orgullo, creyendo realizar impune é irremisiblemente nuestros locos intentos. El resultado nos patentiza la pequeñez de nuestros esfuerzos, lo limitado de nuestros juicios, la ligereza é injusticia de nuestras quejas. Acusamos de nuestros infortunios, verdaderos ó supuestos, à una Providencia á quien no comprendemos ni podremos comprender nunca, y los hechos, mas elocuentes que todos los sofismas de la razon, nos patentizan con harta frecuencia que ella vela por el destino de sus criaturas, y que cuando lo quiere, cambia en ventura el dolor, en triaca el veneno, en corona el dogal con que nosotros ¡miopes estùpidos! pretendemos dejar burlados sus inescrutables designios! ....

Aquel tigre era el mismo que me habia acometido la noche anterior, y à quien yo, sin saberlo, habia herido mortalmente en la cabeza, dejándole incrustada en la mitad del cràneo la hoja de mi *facon*, que encontré en el suelo entre el charco de sangre de que te hablé antes.

Sintiéndose herido de muerte, se habia refugiado à aquella gruta, y los esfuerzos que hizo para acer-

carse à mí desprendieron sin duda el hierro de la herida, y le ocasionaron una hemorragia de la que murió en el acto.

No quiero, ni aunque quisiera podría decirte lo que sentí entonces; pero tu sabes, Adela, que el sentimiento religioso es sincero y vehemente en mí, como en todos los desgraciados. Salí de la gruta con el corazon hecho pedazos, y para no desistir de mi propósito, rechazé con tóda la cegnedad de la desesperacion la idea de que el ser que habia realizado aquel milagro en mi favor, no podia querer que viviese para ser eternamente desgraciado.

No! es preciso morir, me dije; seria un cobarde si no cumpliese mi palabra.

La fiebre me devoraba, y fuese efecto de mis padecimientos anteriores, ó de la falta de alimento; ya de la caida del caballo, ó ya de los sucesos à que diò márgen nuestra entrevista; ò bien de la terrible agonia que esperimenté en aquel antro infernal, ó lo que parece mas probable, de todas estas causas reunidas, encontràbame tan débil que apenas podia tenerme en pié.

Busqué mis armas, y no hallàndolas, me dejé caer en el suelo abatido y desesperado. Probablemente alguno de los cazadores habia pasado por allí y las habria recogido: ó quizà alguno de los muchos malhe-

chores que se albergan en el bosque me habria hecho este flaco servicio.

Este contratiempo, lejos de entibiar mi ardor lo acrecentò: mi amor propio irritado, me aguijoneaba á borrar con un rasgo de entereza mi pasada cobardia. Queria rehabilitarme à mis propios ojos.

Me puse á pensar friamente en los medios mas fàciles y seguros de matarme, y entre varios à cual mas estravagantes, recordé con feroz alegria que à poca distancia de allí, el rio formaba una especie de salto, cuyo fondo se componia de aceradas rocas y agudos pedernales.

Sacando fuerzas de flaqueza, llegué poco à poco à aquel parage, y cuando me encontré en la cumbre que dominaba el bosque y la llanura, tuve que sentarme para cobrar aliento, à fin de poder bajar en seguida hasta la falda de la roca inmediata, por donde se precipitaban las aguas en furioso torbellino.

Era un espectáculo sublime: el sol trepaba lentamente por el horizonte, y vertia á raudales su lumbre diàfana y rutilante sobre los campos, sobre los rebaños, sobre los àrboles y las praderas cubiertas de flores; sobre el rio que ondeaba, encajonado entre sus verdes riberas, como la cauda blanquecina de un cometa en el oscuro azul del firmamento. El aura de la mañana, me traia con los trinos de las avecillas, las suaves emanaciones que se desprendian

del fondo de la selva, al balancear y entreabrir sus millares de copas, disputàndose los primeros besos del sol, y estremeciéndose de placer, al sentir resbalar por sus hojas los rayos de su fecunda luz.

Aquel ambiente perfumado secaba el sudor de mi abrasada sien, y adormecia el tumultuoso hervir de mis descabellados pensamientos. Caí de rodillas, é imploré por vez ùltima la misericordia de Dios; rogué por tì, y por mi buena y querida madre; os pedí á las dos perdon por mi locura, y pensando en tí y en ella, me adelanté, conteniendo mis làgrimas, hasta el borde del abismo.

En aquel momento supremo, tendí los ojos por el magnìfico panorama que se descorria á mis piés, miré al cielo, y.... ¡Dios me tocò en el corazon!.... El llanto, contenido hasta entonces, se escapó de mis pàrpados, y dió paso al torrente de hiel que me corroia el alma y nublaba mi razon. Yo no sé qué profundo bienestar indecible se derramó en todo mi ser: no sé qué vago y misterioso presentimiento sacudió hasta la fibra mas recòndita de mi pecho, y me hizo permanecer inmòvil en el borde de la roca, suspenso entre la vida y la muerte, esperando algo que queria y no acertaba à comptender. La naturaleza entera se identificaba con el estado de mi espíritu. *Vive!* me decia el sol, infiltràndose por mis cabellos, y reanimando con su ca-

lor vivificante mi aterido pensamiento: *vive*! murmuraban los àrboles y las flores, enviándome sus perfumes con un murmullo tan dulce y melancólico, que me parecia, Adela, escuchar tu voz angélica: *vive!* repetian los pajarillos revolando à mi alrededor y encantando mis oidos con la melodia de sus gorgeos, que nunca me parecieron tan armoniosos y gratos: y hasta la estruendosa catarata, con su solemne, aterrador mugido, parecía tambien decirme, descorriendo su inmensa sàbana argentina, pura y blanca, como la pura y blanca página que aun me reservaba el destino: *vive*! *vive!* el mundo es vasto, grande el porvenir, y la bondad de tu Hacedor ilimitada!....

—Ah! cuàn bien hiciste en escuchar esa voz, que no era otra que la voz de tu corazon! esclamó Adela oprimiendo enternecida entre sus manos el pàlido rostro de su amante.

—Sí, la escuché, porque sentía dentro de mí algo que no alcanzaba à esplicarme, pero que me prestataba fuerzas suficientes para sobreponerme al infortunio. Puesto que me creen muerto, reflexioné, espatriàndome para siempre de estas regiones y mudando de nombre, habré conseguido mi objeto. Persuadidos de que he muerto, don Luis vivirà tranquilo y Adela se resignará con su suerte, mientras que yo llevaré à otros climas la satisfaccion de

haber hecho por ella, obedeciéndola sin que lo sepa, cuanto puede hacer el mas sumiso y leal amante.

Bajé de la roca y me encaminé al *rancho* de un pobre leñador que distaba unos quinientòs pasos.

Apoyándome en un pedazo de *tacuara* (1) que el rio habia arrojado à la orilla, y descansando de trecho en trecho, pude llegar à bastante distancia, para que los perros que custodiaban aquel solitario albergue, anunciasen con sus ladridos mi aproximacion.

A los desentonados clamores de su jauria, cuya actitud hostil empezaba á infundirme sérios temores, saliò del rancho el leñador, aquietò la furia de sus lebreles, y viendo el estado de abatimiento y debilidad en que me encontraba, corriò hácia mi, ofreciéndome con la cordial franqueza de nuestros campesinos, su humilde morada y cuanto en ella habia.

Me apoyé en su brazo y entramos en el rancho.

—Usted tendrá hambre, me dijo aquel buen hombre ayudando à sentarme sobre un cráneo de caballo.

—Mucha, le contesté, porque hace cerca de tres dias que no paso bocado.

---

(1) Caña maciza.

—Pues eche un trago de aguardiente, mientras le preparo un *hervido*, añadiò buscando entre la paja de la techumbre y presentàndome una botellita que contenia como medio cuartillo de aquel lìquido, y que yo me apresuré à llevar à los làbios.

—Desgraciadamente, prosiguió el leñador, no tengo ni miel, ni tortas, ni *flores de maiz*, ni nada! .... porque ese demonio de *tigre cebado*, que en medio de tantos desastres, nos ha hecho el favor de firmarle con sus uñas el pasaporte para el otro mundo à ese déspota de Larteman ....

—Qué dices? esclamé dejando caer la botella y poniéndome velozmente en pié, trémulo y suspenso de la respuesta que aguardaba, como si de ella dependiese mi salvacion ò condenacion eterna.

—Pues qué! lo ignorais? ....

—Si, habla, habla! ....

—Brutazo como era y por meterse à *farolero*, cometiò la torpeza inaudita de enlazar al tigre antes que su compañero ....

—Y bien, qué sucedió? .... acaba!

—El tigre recogió el lazo, y se le echò encima.

—Pero .... nadie acudiò en su ayuda?

—No fué posible; la fiera le abriò en canal, y cuando acudieron ya era *alma de la otra vida*.

Tambien la alegria mata, Adela; la que yo sentí al saber el triste fin de tu esposo, fué tan grande é intensa que no me permitió reflexionar cuan egoista y poco generosa era.... ya eras libre.... ya no habia en la tierra ni en el cielo quien se opusiera à nuestra ventura!

Ah! mi destrozado corazon, mi pobre cabeza no estaban preparados para tamaña dicha! La sangre hirviendo se me agolpó al cerebro, cerré los ojos, incliné la cabeza sobre el pecho, vacilaron mis rodillas y cai en tierra desmayado.

Aquella fatal, no, mil veces feliz nueva, al devolverme por un instante todo el vigor que habia perdido, produjo en mi nerviosa naturaleza el mismo efecto que un tónico demasiado fuerte, al enfermo harto débil para resistir al esceso de vitalidad que arroja en su gastada organizacion.

Presa de un delirio espantoso, luché dos dias con la fiebre, y sabe Dios lo que hubiera sido de mì, si el buen leñador, compadecido de mi lastimoso estado, no hubiese traido á un indio su compadre, afamado *curandero* de estos alrededores, que al cabo de cinco dias me devolvió la razon y la salud con un brevaje verdaderamente maravilloso, compuesto de yerbas silvestres, cuya eficaz virtud él solo conoce.

Ayer me levanté de la cama, y sintiéndome esta

tarde con fuerzas suficientes para montar á caballo, me apresuré à venir à abrazarte, no á desvanecer el error en que estabas acerca de mi muerte, porque suponia que habiendo fallecido don Luis, mi carta no habria llegado á tus manos. El indio me sirviò de guia.

Al entregar nuestros caballos al negrillo que encontramos en la puerta de la estancia, le pregunté por tì y me dijo que estarias en la capilla, porque acostumbrabas rezar todos los dias à esa hora. Cruzé el pàtio, entré, y....

—Allí te reconocí, repitiò Adela interrumpiéndole; allì te abracé creyendo que salias de la tumba evocado por mi insensata oracion; allì al pié de la cruz, volvimos à encontrarnos puros y sín mancha, como el primer dia que nos conocimos. Ya lo ves, Enrique, *el hombre propone, y Dios dispone.* Cuando yo y tù implorábamos la muerte como el término de nuestros males, la esperanza nos abre sus brazos y un porvenir de eterna ventura nos sonrie....

Los dos amantes continuaron hablando hasta muy entrada la noche. Al dia siguiente, Artames, cediendo à los deseos de su adorada, se despedia de ella mas enamorado que nunca: iba á Buenos Aires desterrado por algunos meses, con la òrden de recibirse de abogado en el término de un año. Adela

lo exigia, y por mas protestas y razones que alegó el quejumbroso galan para acompañarla à Santa Fé y aplazar la terminacion de su carrera para dos ò tres años despues, no tuvo mas remedio que conformarse con aquel acto de atroz despotismo y escandaloso abuso del poder.... de la belleza y el amor, como él calificaba el escelente consejo de aquella muger encantadora, que era en realidad su *ángel custodio*.

Al separarse, Adela le entregó una cajita y una carta, suplicàndole que no las abriese hasta llegar à Buenos Aires.

Tres dias despues, acompañada de su padre y hermano que habian venido à buscarla, se dirigió ella à Santa Fé, donde era necesaria su presencia para hacer valer ante el juez competente, sus derechos à la parte que le correspondia en la cuantiosa herencia de don Luis. Los deudos de este y la misma Adela ignoraban la clàsula del contrato matrimonial, en que el finado la instituia heredera universal de todos sus bienes, en el caso de que muriese antes que ella y sin sucesion. Cuàn fiero desengaño, aguardaba pues, á los que ya estaban pensando en aprovecharse de la circunstancia de haber muerto *ab intestato*, para entablar la accion que les concedia la ley! y cuàn magnífica sorpresa para Adela, que fuera de las alhajas que su marido la regalò an-

tes de su boda, nada anhelaba de sus inmensas riquezas, sinó lo poco que sus avaros parientes quísieran dejarla! Caprichos de la fortuna! giró ella su rueda y la que creia estar debajo, se encontrò en la cumbre; mientras los que se repartian de antemano el botin, consideràndola como à una estraña, se vieron reducidos á mendigar como un favor del cielo el lote que ella se dignò arrojarles, compadecida de su pobreza ó cansada de sus rastreras adulaciones.

CAPITULO XVII.

Saldo de cuentas.

Mústia la flor de la esperanza mia
bajo el pesar que el corazon devora....
....
Pronto à exhalar el postrimer suspiro,
lleno de fiebre, delirante y ciego,
mientras luchar con el pudor la miro,
la paz del alma à demandarla llego.

(ANDRES A. DE ORIHUELA.)

GRACIAS à Dios que nos han dejado solos!

—Amen!

—Con que por fin ya nos echaron la santa bendicion?

—Asi parece.

—Es decir que ya eres legal y estralegalmente mia en cuerpo y alma?

—Pues....

—Y podré ahora?....

—Qué?....

—Pedirte estrecha cuenta de todo lo que me has hecho sufrir, rabiar y desesperarme durante un año....

—Por supuesto!

—No apelaràs de mi sentencia?

—No.

—Y si es injusta?

—Callaré y te obedeceré.

—Quiero que te defiendas.

—Me defenderé, pero....

—Pero qué?

—Si te pruebo que eres injusto y ademas ingrato, podré imponerte el castigo que mejor me parezca?

—Segun y conforme.

—Exigiré poco.... muy poco....

—Veamos.

—Me contentaré con que te vayas à dar un paseito por las calles de Buenos Aires, tarareando la polka hasta que amanezca.

—Linda noche de boda!

—Amor con amor se paga!

—Calla, espiacion de mis pecados! tan fea como perversa, mas vale que no te defiendas.

—Con que soy muy mala, eh?

—Eres un Neron femenino, un Atila, un Tamer-

lan, un .... un .... que se yo? .... una *onza* (1) .... de oro.

—De veras? ....

—Lo digo como lo siento.

—Bah! oye las ideas que se me ocurren.

—Mira, dejemos la discusion para mañana .... ya es tarde, y .... francamente .... tengo sueño .... mucho sueño ....

—Puedes acostarte, hijo mio, yo pasaré la noche en vela, à fin de espantar à los mosquitos que podrian perturbar tu apacible sueño ....

—Adela!

—Enrique!

Tal era el diálogo que sostenian nuestros dos jòvenes protagonistas momentos despues de la ceremonia nupcial, la misma noche que se cumplió el plazo marcado por la viuda de don Luis. Enrique se habia recibido de ábogado esa mañana, y hasta aquel instante no habia vuelto à verla desde que se separaron de la estancia, hacia ya un año.

Irreflexivo y demasiado exigente como todos los amantes, estaba quejoso de la conducta de Adela, mucho mas cuando esta, lejos de justificarse de su supuesta crueldad, le repetia en todas sus cartas que era un capricho, cuya esplicacion le daria la noche de su enlace. "Entonces, añadia con suma gracia,

(1) Variedad del tigre.

si te parece, *saldaremos nuestras cuentas*; entretanto ten paciencia y prepárate para tus exàmenes, sin olvidarte que del resultado depende nuestro matrimonio."

A esto se referian las indirectas de Artames, indirectas mezcladas con alusiones puramente personalas y anti-parlamentarias; pero que bien podian perdonarse á un hombre locamente enamorado la noche primera de su boda.

Aquella chanza insustancial, no obstante, que se inaugurò bajo tan felices auspicios, habia tomado un sesgo en estremo peligroso y resbaladizo. Y en verdad que era un espectáculo muy curioso ver á aquellos dos jòvenes que tanto se amaban, en el instante que debia ser el mas feliz de su vida, ofuscarse por una palabra indiscreta, pasar de la risa à la ironìa y de la ironìa al enojo, y esponerse con su imprudencia à una escena desagradable, que tal vez acibarase para siempre su felicidad.

¡Tan cierto es que entre el escesivo amor y el odio hay una linea tan imperceptible como la que separa lo sublime de lo ridìculo, lo posible de lo imposible, la prudencia del miedo y la verdad de la mentira!

Por fortuna Adela tenia demasiado talento, y era demasiado bondadosa para dejarse arrebatar por su justo enojo. Pasado el primer impulso, la reflexion

obraba en su ànimo, y se apresuraba à reparar el mal que involuntariamente podia haber hecho.

Asi, en vez de parapetarse en un silencio desdeñoso y esperar à que su marido viniese à implorar misericordia, le dijo mudando de tono:

—Mi esposo y señor, à fuer de sultan generoso y magnànimo, ¿tendrà la galanteria de escuchar à su humilde esclava por espacio de cinco minutos nada mas?

Acompañó Adela estas afectuosas palabras con una mirada tan picaresca, con un gesto tan significativo, con un metal de voz tan insinuante, que el venturoso mortal à quien se dirigia, esclamó al punto: concedido, volviendo la cabeza para ocultar la risa que le retozaba en los làbios.

—Abrasa esta atmòsfera, no es verdad? añadió ella levantándose y apagando las luces que ardian sobre una consola inmediata: ven aquì, y hablemos cinco minutos como dos personas formales.

Y asi diciendo, abrió un balcon que caia à los jardines de la casa, y se apoyó en la balaustrada invitando à su marido á que se acercase.

Era una plácida noche del càlido enero, una de esas noches que solo se ven en América. La luna llena brillaba en la mitad del cielo, y sus trémulos rayos al reflejarse sobre los rubios cabellos, sobre la espalda alabastrina y el blanco vestido de la her-

mosa desposada, parecian envolverla en un transparente cendal, en una vaporosa nube que giraba en torno de ella y se desvanecia al suave resplandor de sus grandes ojos azules, lànguidos y ardientes, esquivos y amorosos, cual los ùltimos destellos del lucero de la tarde.

Nunca Enrique la habia visto tan seductora; en un año de ausencia, su belleza mejorada en tercio y quinto habia adquirido todo el desarrollo de que era susceptible; mas intencion en la mirada, mas tersura y trasparencia en el cutis, mas gracia, mas voluptuosidad y abandono en los movimientos, mas dulzura en el timbre argentino de su voz, mas regularidad en las líneas artísticas de su bellìsima fisonomia. Luego el silencio y misterio de la noche, la incierta luz del astro del amor que derramaba sobre ella ese barniz melancólico, ese rocio de plata que tanto favorece à las hermosas de grandes y diamantinos ojos, de cabellera sedosa y reluciente, y de alba piel, diàfana y suave como el plumon de un cisne; el apagado murmullo de la brisa entre los àrboles; las auras errantes, impregnadas de violetas y jazmin, que venian à espirar en su frente, perfumando el aire que la rodeaba, menos puro y fragante que el hàlito aromado de su boca .... todo, todo se reunia para completar la ilusion del feliz amante, y aumentar el embeleso con que se quedó estático contem-

plàndola, sumergido en una especie de arrobamiento, en un éxtasis, en una delectacion amorosa que solo comprenderàn los que venciendo dificultades inmensas, hayan conseguido cuando menos lo esperaban, encontrarse solos al lado de la muger querida.

Adela, para despertarle de su preocupacion, le tomó el reloj y se puso á mirar la hora.

—Ya han trascurrido los cinco minutos, se atreviò á decir à Enrique.

—No, señor, que no van mas que dos; faltan tres, contestò ella mostràndole el reloj.

—Por Dios, Adela, que esos tres minutos no sean como el sermon de las siete palabras que suele durar dos ò tres horas!

No sin un violento esfuerzo consiguiò Adela no sonreirse y conservar un aire grave, empezando su discurso ú homilia en estos términos:

—Para que nunca puedas calificar, como lo has hecho ahora, de capricho y estravagancia mia lo que es efecto de la entereza de mi caràcter y del entrañable amor que te profeso; para que no te quejes sin razon, voy à recordarte todo lo que debemos à la Providencia, à justificar mi conducta, y à demostrarte de paso *que no hay mal que por bien no venga.*

—Es inùtil, ya estoy convencido de todo, repuso Enrique con un gesto de impaciencia.

—No lo estàs.... escúchame, continuò ella fingiendo no apercibirse de aquel gesto.

Nosotros éramos dos niños que no comprendiamos la vida.

Pobres los dos, y sin mas amparo que la esperanza, Dios sabe cuando hubiéramos podido mejorar de suerte y realizar nuestro matrimonio.

Ningun contratiempo habia venido à poner à prueba nuestro amor y virtud.

En esta situacion, la fatalidad me obligó à entregar mi mano à otro hombre à quien odiaba.

Entonces tú y yo nos creimos los dos seres mas desgraciados del universo, y dudando de la bondad divina, nos imaginamos que para nosotros ya no existia felicidad en la tierra.

Y sin embargo, cuan errados eran nuestros juicios!

Ese hombre à quien abandoné mi persona en cambio del honor y de la tranquilidad de mi familia, fué mi esposo solamente en el nombre. Mi aversion primero, y una grave dolencia despues, nos mantuvieron hasta su muerte viviendo bajo el mismo techo tan separados como dos estraños.

La desgracia templó nuestras almas en la fragua del dolor.

Medimos y valoramos por nuestros padecimientos y sacrificios la estension de nuestro cariño.

Sufrimos cuanto puede sufrir el fràgil corazon humano.

Pero siempre, aun en medio de la desesperacion, tuvimos bastante fortaleza y aprecio de nosotros mismos, para no abandonarnos à ningun pensamiento criminal.

Pudimos ser culpables y nos conservamos puros. Cumplí yo con mi deber; fuiste tù leal y pundonoroso amante, no abusando de mi debilidad ni intentando prevalerte del ciego amor que me arrastraba hácia tí; devoraste en silencio los ultrages de don Luis; quisiste justificarme y asegurar mi reposo, haciéndome el sacrificio de tu vida; pero volviste tus ojos al cielo en el momento fatal, y el cielo se apiadò de nosotros.

En vano provocaste dos veces à la muerte: el tigre que debia despedazarte, fué el instrumento de que se valió la Providencia para que tuviese lugar aquella caceria que tan cara debia ser al pobre don Luis, y coronar nuestra ventura.

Tú que buscabas la muerte, te salvaste; y él, que tal vez se conceptuaba ya feliz viendo perecer à su rival, pocos minutos despues sucumbia miserablemente cuando quizà abria su corazon á la esperanza.

Eramos pobres y don Luis nos legò sus inmensas riquezas.

El agradecimiento, las consideraciones sociales, el estado de nuestra salud, los meses de luto, exigian que se retardase nuestro enlace por algun tiempo.

Forzado por la necesidad, habias interrumpido tu carrera cuando solo te faltaba un año para concluirla: lejos de mi, necesitabas algo que preocupase fuertemente tu espíritu, y me persuadì que aguijoneado por el amor y el deseo de apresurar la época de nuestro matrimonio, te consagrarias con doble ardor y perseverancia al estudio: por eso te rogué que vinieras à Buenos Aires, y permanecí yo en Santa Fé, sin quererte esplicar lo que tú mismo hubieras comprendido, si un enamorado fuese capaz de tener sentido comun. Yo te conozco, Enrique; estando juntos habrias perdido el tiempo lastimosamente, y no habrias tenido espacio ni voluntad para abrir un libro.

No teniendo dinero é ignorando que la fortuna de don Luis me pertenecia, te entregué aquella cajita que contenia mi mejor aderezo y aquella carta en que te suplicaba le admitieses para atender con su producto à los gastos de tu permanencia en la capital.

Aunque no debia decírtelo, Enrique, tienes una

cabeza perfectamente organizada, y era un dolor que no concluyeses tu carrera. Quizà en esto habia tambien algo de egoismo por mi parte. No ignoras que poco ó nada esperaba de la herencia de Larteman, y aunque mis alhajas valian alguna cosa, no era tanto que pudiéramos vivir con todo el desahogo y bienestar convenientes. Tu carrera te conquistaria una posicion, y tu talento te abriria el camino de la fortuna.

Créeme, tu porvenir y nuestra felicidad futura era lo único que me impulsaba: tú sin embargo no querias comprenderlo!

—Si el temor del porvenir te inspiró semejante idea, esclamó Enrique, porque no variaste de resolucion cuando te encontraste dueña de una fortuna como la de don Luis?

—Ay! y tu crees que la felicidad consiste ùnimente en las riquezas? Crees que un hombre como tú puede condenarse à vivir y vegetar como un cualquiera? Pasarian los primeros meses de embriaguez y delirio, y luego, luego, Enrique?.... luego sentirias el cansancio, el aburrimiento, el hastìo de una existencia sin objeto ni aspiraciones, sin brillo ni consideracion. Tal vez te fastidiarias hasta de mí, porque vosotros, los hombres de talento, necesitais continuas emociones para vivir felices, y ningun sentimiento, por grande que sea, basta para

absorver toda la febril actividad de vuestra cabeza y llenar eternamente vuestro corazon.

Pobre, necesitabas una posicion social: rico, era indispensable que ocupases en la sociedad el rango que te pertenece por tus cualidades intelectuales y tus riquezas. Asi podrias ser doblemente util à tu patria, á tus conciudadanos, à los infelices que necesitasen tu apoyo. Asì, la mujer que te consagrase su existencia, podria amarte doblemente, viéndote brillar en el foro, en la tribuna, en la literatura ò en las artes.

Enrique bajò la cabeza confundido, y algunas lágrimas de ternura y agradecimiento surcaron lentamente sus mejillas.

—Deseando recompensar tu aplicacion y proporcionarte una agradable sorpresa, continuó Adela, mi agente de negocios compró y alhajó esta casa, que es un palacio, y esta mañana cuando salias del Tribunal de Justicia recibiendo los parabienes de tus amigos, un billete misterioso te trajo aquì, donde yo te esperaba mas amante que nunca, con mi familia, los testigos y el sacerdote que bendijo nuestra union.

Callò Adela, ò mas bien Enrique la obligò à callar, sellando sus labios con un apasionado beso.

—Dime ahora, ingrato, prosiguiò ella, esquivando el rostro, dime ahora si tantas làgrimas, tantas

amarguras y contratiempos no están suficientemente recompensados? Quién será mas dichoso que nosotros? jòvenes, ricos, convencidos mutuamente de lo que cada uno vale, qué nos falta para ser felices?....

Enrique, ébrio de amor, pasó uno de sus brazos por la leve cintura de su amada, que ya no le rechazó, y murmurò à su oido algunas palabras ininteligibles....

Adela inclinó los ojos al suelo, y tímida y ruborosa, apoyò la frente en el hombro de su marido, dejàndose llevar hàcia el fondo del aposento.

La luna envidiosa ocultó su disco entre las nubes; detuvo la fuente su fugitivo raudal, los àrboles y las plantas se inclinaron al soplo de la brisa y cubrieron la tierra de hojas y de flores, y el aura enamorada plegò sus alas sobre una blanca azucena.

Luego todo quedó en un profundo silencio: la luna límpida y radiante, volvió à brillar en el firmamento, tornó á correr la sonorosa fuente, y las plantas, los àrboles y las flores, irguiéndose de pronto en sus tallos, entreabrieron su ramaje y sus corolas, suspirando de amor, mientras el aura se escapaba del càliz de la blanca azucena y divagaba por el estenso vergel murmurando: Felicidad!..........

....

Dichosos los que como Adela y Enrique no se

apartan jamas del sendero de la virtud, y purificados en el crisol del infortunio, encuentran al fin por cada gota de acibar un Océano de ventura, por cada minuto de tristeza un siglo de alegria, y por cada esperanza burlada, por cada ilusion perdida, una guirnalda de esperanzas é ilusiones, tejida con flores inmarcesibles que embalsaman el resto de la existencia, y reverdecen mas allá del sepulcro, por que son eternas como el sentimiento inmortal que las produce! .... Dichosos los que tras sus horas de amargura y llanto, pueden levantar sus ojos al cielo, y al darle gracias por sus beneficios, repetir con la *virgen-viuda* y el *suicida arrepentido*: Señor, tu solo eres justo, sàbio y bueno: tu paternal bondad siempre vela por nosotros: NO HAY MAL QUE POR BIEN NO VENGA!



UNA NOCHE DE BODA.

NOVELA ORIGINAL

DE

MIGUEL CANÉ.

UNA NOCHE DE BODA.

I.

Dios ha arrojado sobre la tierra naturalezas desgraciadas para quienes la vida es un trabajo diario y el porvenir un sufrimiento infinito. Parece que la fatalidad se agarra à cada uno de sus actos, la contrariedad à cada uno de sus deseos, y de ahi la desesperacion, el abatimiento, y tambien el crimen. ¿Qué hacer cuando en ninguna parte se está bien, cuando todo os hostiliza, cuando lleno de santidad el corazon vais à estrellaros contra la realidad que os sofoca y cuyo influjo es imposible sacudir? O lanzar vuestra alma contra el que os tirò á la vida con esa cadena al cuello, ó confundirse, anonadarse en medio de ese laberinto de la existencia humana, seguirlo como el gato al raton, espiar cada una de sus faces, de esas fibras que destilan placer para los otros y embriagarse con ellas como el miserable que busca su alivio en los licores que le envenenan. Y bien pues, asi sea; sigamos, corramos tras lo que

otros llaman vicio y que para ese infeliz es una necesidad vital.

II.

Galopaba sin piedad. El negro y robusto caballo que le conducia, respiraba dificilmente el aire que se enrarecia por la rapidez de su curso. La espuela sangrienta del caballero batia locamente los hijares despedazados de la bestia, y la furia de la desesperacion parecia aguijonear el deseo de ese frenético. ¿Adonde corre esa existencia sin reposo, ese hombre que los otros temen y que es el ìdolo de las tiernas criaturas de la tierra? ¿Quién es ese bandido que en medio de la noche, cuando el trueno retumba en los cielos, azotado por la lluvia, atravesando montes y rios, se pierde en la oscuridad como el demonio de las tinieblas? Es Conrado el de la negra cabellera, el amante de Atilia, es el génio malèfico de esta dulce criatura.

De improviso detiene su caballo; retira con cuidado dos bellas pistolas que guarnecián el pretal de su silla, y como si la sangre hubiese cesado de bullirle en el corazon echa pié à tierra, se sienta sobre la tierra humedecida por la lluvia, y con el esmero del niño que mira por primera vez el juguete querido, se pone à contemplarlas, à montar y desmontar el gatillo; y concluye por colocar nuevas cebas. ¿Qué

desvario se ha apoderado de su espíritu infernal? ¿Cual es la víctima que en la profundidad de la noche va á caer bajo su furia?

III.

Conrado era el cuarto hijo de un noble caballero Español, que en los tiempos de la guerra de la independencia, iniciada, sostenida y concluida por los Argentinos, habia armado à su costa una columna de mil infantes y puestola á las òrdenes de los sostenedores de la dominacion Española. El rey de España lo habia premiado con el grado de Coronel, y con el tìtulo de Marqués; sus otros tres hijos habian adoptado las ideas retrógradas del viejo, y seguìdole á los campos de batalla. Conrado, jóven entonces de diez y ocho años, naturaleza templada à la altura de esa época de accion y de proezas, habia abrazado con todas sus fuerzas las ideas revolucionarias de Mayo. "Y bien, habia dicho à su amigo Carlos, no tendré padre, pero la madre patria me suplirá esa falta." Y sin otro programa se habia lanzado á la lucha, poniendo la sangre, los afectos, las conveniencias de la vida à los piés de la sublime inspiracion que lo impelia.

Altivo y brioso, los primeros grados de la milicia no tuvieron para él las contrariedades y disgustos que otros caractéres menos tenaces encuentran en

este duro aprendizage; él que habia nacido rodeado de esclavos y servidores, él que habia reposado sus miembros sobre la seda del regazo materno, y entre los suaves y perfumados lienzos de la Holanda, sabia encontrar dulce el reposo de su cuerpo, cuando despues de una jornada de diez leguas, sufriendo el hambre y el rigor de la intemperie, reclinaba su cabeza sobre el duro basto de su recado, sin otro lecho que la tierra del desierto, sin otra colgadura que la bóveda azulada del cielo de la patria.

Asi, Conrado, de grado en grado, de batalla en batalla, llegò à ser uno de los capitanes mas notables del egército de los Andes. Su carácter altivo y concentrado, su amistad profunda é intachable, su arrojo que tocaba en temerario en los momentos del peligro, le hicieron distinguir de todos sus compañeros de armas y del severo General San Martin, que no se engañaba nunca en el conocimiento de los hombres que él distinguia. En ese ejército, que en el porvenir serà una de las mas puras glorias de la patria, habia un regimienio que era distinguido en medio de todos los cuerpos, como el mas bravo, el mas lujoso, el mas querido de la victoria, y que se llamaba de los Granaderos à Caballo. De esa columna valiente era uno de los capitanes el jòven Conrado.

Tenia entonces veinte y dos años de edad. Las duras fatigas de la guerra habian desarrollado sus

miembros, y aunque su cuerpo era fino, y al parecer delicado, pocos podian rivalizar con la fuerza de su brazo; alto y esbelto, los soldados en su lenguaje metafòrico le llamaban capitan cuerpo de Cimbra, porque segun ellos habia escapado à mas de una lanzada enemiga por medio de esos movimientos elàsticos de que no pueden valerse sino los cuerpos ligeros y flexibles. Era moreno y tenia largo y rizado el cabello, ojos negros y melancòlicos que parecian pedir cuando miraban. Su voz no era de aquellas que los militares afectan para hacerse terribles, sino una modulacion suave y lenta, que descubria un ànimo tranquilo y una naturaleza bien templada. Sobre los dos àngulos de su boca, inadvertidamente graciosa, formàbanse con la sonrisa dos lindos hoyuelos que daban á toda su fisonomia un tinte de niñez y de dulzura, tan raro en aquellos que abrazan la carrera de las armas. Ese conjunto de bellas cualidades habia hecho del jóven capitan, el niño mimoso de su escuadron, y esas huríes de color tostado, de pelo récio, de cuerpo habituado à todas las durezas de la campaña, que siguen de tiempo inmemorial la suerte de nuestros ejércitos, se disputaban las atenciones de Conrado, como la conquista mas alta à que podian aspirar.

Entre tanto la ingrata noche de Cancha Rayada se acercaba, y los egércitos marchaban paralelos, mi-

rándose uno à otro como si quisieran devorarse, ó como hace el toro salvage allà en la soledad de la pampa, que sigue paso á paso la marcha pausada de su enemigo, hasta que aprovechando el momento favorable, se lanza y le dà el bote de muerte.

Los soldados españoles preveian una derrota, si à la faz del sol se atrevian á medir sus fuerzas; castigados en cien combates, quisieron tentar fortuna en una sorpresa y la noche del 19 de Marzo de 1817, cayendo como el trueno en medio de nuestros batallones, tomaron una venganza cruel pero efímera, de los que en tantos hechos les habian castigado cruelmente.

Conrado no sufriò: su sangre fria, su valor tranquilo le colocaron al lado del entonces coronel Las Heras que salvó toda el àla derecha de ese egército, que aseguró luego y para siempre la independencia de Chile. Pero esa noche dejò en su pecho el terrible sentimiento de la yenganza, y ya en los reveses ya en la prosperidad de la lucha, él no podia olvidar que en el silencio de la noche, guiados por la alevosia y la traicion los enemigos de la patria habian degollado à sus amigos y compañeros de fatigas. Fué cruel y desde entonces no perdonò medio para vencer.

IV.

Conrado no acompañò al general San Martin à la campaña del Perú; asuntos de un interés doméstico, superior à sus deseos le obligaron à volver à Buenos Aires. Dejò con pena à los amigos y à ese general que él amaba como à padre, y vino à descansar à la sombra de los laureles, y à gozar de las riquezas que el autor de su vida abandonaba en su fuga. Recibiò los halagos de la autoridad, y de esa sociedad de entonces que no habia conocido los desencantos de la guerra civil, ni los horrores de la tirania; fué el héroe de las reuniones patriòticas y la ambicion de las lindas y graciosas porteñas. Bello, militar, rico, y valiente, no habia corazon mudo à la mirada quemadora de Conrado; las bellas le exaltaban sus pasiones, y los padres abrian las puertas à sus deseos. Acariciado de fiesta en fiesta, el capitan habria sucumbido à ese delirio constante, si su naturaleza templada profundamente, no hubiese rechazado las conquistas pasageras, y las distracciones fugitivas. Para ese corazon la pasion era un sentimiento profundo, religioso que debia quedar en el fondo del pecho, como la imàgen de la divinidad; habria aceptado como profanacion impura el abuso de sus cualidades remarcables, y como degradacion de sí mismo, todo sentimiento que no tu-

viese ese caràcter. Asi pudo atravesar inmaculado esa primera época de su regreso, y libre ya de las redes que la sociedad tiende à todo el que se encuentra en su caso, retiróse á la Ensenada, lugar triste y solitario, á trabajar para reparar los quebrantos de la fortuna paterna que él no consideró nunca, sino depósito confiado à su celo; dos meses habian corrido, y ya su corazon ardìa, sus pasiones se habian sublevado, y sus hábitos de rencor, de batallas y peligros, tomado su curso natural.

V.

—Me la han robado, Carlos, y me la ha robado un Español, escribia Conrado à su amigo de infancia, y à su compañero de batallas. Ven en mi ausilio: la vida que me sobra, sofoca mi pensamiento, paraliza mi accion, y siento que las furias del infierno se han apoderado de mis entrañas.

Ven à mi lado, no me abandones, hoy que eres todo mi apoyo y mi consuelo.

Dos dias despues, Carlos se paseaba al lado de Conrado, y el semblante de ambos jóvenes, manifestaba una pasion profunda. Se ha casado, decia Conrado, y asi se pagan cinco años de amor inalterable. Me alejé de su lado, y todo lo habia ocultado, Carlos; me despedaza en la ausencia, me pide glorias, me protesta amor, y me vende luego.

—Anda, decia la infiel, pelea por tu patria, ayuda á conquistar su libertad, y vuelve à recibir tu recompensa en mis brazos······ ····¿Qué mas quiere de mí? ¿No le he sacrificado los floridos años de mi vida? ¿No la traigo gloria, amor, riquezas? Ven, Carlos, tú me ayudarás, es necesario que yo la vea, que la hable, que conozca à fondo la historia de esta traicion infame, porque mi alma se resiste aun à blasfemar de su existencia y de la mia.

Ven, los caballos están prontos y yo conozco las gentes, las entradas y salidas de la casa. Partamos, porque à estas horas se consuma el crimen, y yo no debo sobrevivirle.

Era en efecto la noche de boda, y Conrado habia penetrado en el hogar de Atilia sin que nadie le viese, y conseguido acercarse hasta la anciana Luisa, nodriza y aya de su amada. La buena muger descubria en su semblante cierta inquietud, cierto miedo mas bien estraño en el regocijo que parecia natural en momentos solemnes para la casa; "apresúrate, decia á otro criado, el baile vá à empezar y aun no està pronta la mesa del banquete···· vuela y que nada falte···· ya conoces el caràcter de D. Ignacio····

—¿Y el mio le conocen? le dijo Conrado poniéndosele delante····

—Caballero. Oh! es él, dice la anciana cubriéndose los ojos con las manos.... Oh! Señor.... ¿que haceis?.... ¿à que venis en estos momentos? Dios mio!

—Nada, Luisa, nada quiero....... no tembleis así.....

—Ah! señor, alejaos de aquì.... os podrian ver, y vuestra vida, el honor de mi hija idolatrada.... no la juzgueis mal.... ¡infeliz! es una vìctima que sacrifican à la ambicion.

—¿Y os atreveis à decir que la sacrifican? me ha vendido, me ha cambiado por algunos puñados de oro, y à esto llamais sacrificio....

—Por Dios, señor, hablad mas bajo, os podràn oir, y entonces....

—Y que me importa? He temblado yo alguna vez? No hubo un tiempo en que esta voz sonaba dulcemente al corazon de todos? Quién ha cambiado?.... Algunos galones mas, algunas cicatrices.... no, Luisa; esto no me hará desconocido.... Yo sé que Atilia no habrà olvidado al primer amigo de su vida, á su hermano, à su amante que la adora, y esta voz que os hace temblar, encontrará un éco de amor en sus entrañas. ¿No deciais que la sacrifican, que es una víctima?....

.....Pues bien, mi pecho puede todavia recibir sus làgrimas; ella conoce la verdad del consuelo que le

ha trazado mi amor tantas veces.... dile que estoy aquí, que quiero verla, que necesito una palabra suya, una sola y la dejo para siempre..... Seriais vos tambien mi enemiga?

—Ah! señor, vos no sabeis que ese àngel ha sido condenado desde su cuna á ser la vìctima de corazones sin amor, de ambiciones innobles? Vos que habeis sido bueno y franco, tomasteis por cariño lo que no era sino miedo, hipocrecia.... os engañaban; vuestra presencia fué siempre odiosa à los ojos del padre avaro.... su mujer, aunque hija de este suelo, tiene un alma corrompida à las ideas del marido. Vos sois patrióta, y abrazasteis la causa de la revolucion con el entusiasmo de la juventud; tuvisteis la nobleza de no ocultarlo, y os temieron. Reian en vuestra presencia, y afilaban en la sombra el puñal con que debian heriros.... asì son, señor, esas almas heladas que calculan el delito, bajo los halagos del amor y la amistad.

—Y me han vendido, Luisa, y me han robado la parte mejor de mi vida..... cobardes..... no, no me digais nada.... esta historia horrible debo y quiero saberla de su boca.... Oh! los grandes tormentos de un alma, deben venirme de ella, como me vinieron mis dichas mas queridas.

—Esta conversacion es demasiado larga en este momento....

—Es necesaria, dijo Conrado....

—Si os viesen, jóven, si D. Juan Rodriguez el esposo, el celoso altanero, supiese que habeis pisado sus alfombras, habria un escándalo, una víctima mas..... es violento, audaz..... hombre de carácter.....

—Bien, muy bien, Luisa.... así lo quiero yo. De que me serviria la espada, si fuese un cobarde mi enemigo? es celoso; decis? Pues yo seguiré à su amada como sigue la sombra al cuerpo; me verá siempre á su lado, y como si de cada una de sus pisadas, debiese nacer un espectro, tendrà para llegar à ella que pasar por sobre mí.... Oh! Luisa, ahora estoy en mi puesto. ¿No han abusado de mi ausencia para preparar esta orgia escandalosa?.... bien pues, aquí estoy para vengarme. He venido para eso.

—Por Dios, Conrado, retiraos, señor.... por piedad.... por el honor de mi hija.... retiraos.... yo tiemblo.

—Me retiro, dijo Conrado con acento profundo. con una condicion, una sola, pero imprescindible.... juradme que esta noche cuando el baile haya embriagado á todos, yo veré à Atilia: vos la traereis por un momento.... elejid.... permanezco aquì y hago una locura, ú os obligais à lo que yo pido....

—Pero es un delito, una maldad! ····

—Está bien, la clasificacion me es indiferente ···· yo necesito verla, y à este precio paso por todo lo que querrais ···· verla, Luisa, y partir luego à dar mi vida á los enemigos de la patria ···· ¿es tanto lo que exijo? ···· no, no me lo negareis ···· vos amais à la que bebiò la vida en vuestro seno ···· y no me pondreis en el camino del escándalo ···· porque reflexionad, à todo estoy resuelto, y sino la veo, yo sabré penetrar hasta su lecho de boda.

—Estàs en delirio, jòven ···· atropellar así el hogar de una familia ···· ya lo veo ···· es necesario consentir ···· vereis á esa infeliz ···· yo os la traeré, pero ésta será la última vez ····

—Bien, Luisa ···· à la una; adios, mi hienhechora.

VI.

Mientras que Conrado se escapaba, como el ladron nocturno, de la casa en que habia sido el objeto de todos los halagos, en que durante los primeros años de su vida, se le habian prodigado los cariños de hijo, otra escena de un género diverso se pasaba entre la llorosa Atilia y Da. Camila, su madre.

—Animo, hija mia, decia la anciana en tanto que la niña preparaba sus largos y sedosos cabellos; las

pasiones de la juventud son como las tormentas de Diciembre, violentas, pero pasajeras.... Yo tambien he llorado y padecido por un hombre.... que no me convenia.... En estos momentos me es permitido hacerte esta confesion.... ¿y ves como soy feliz y lo he sido siempre desde el dia de mi casamiento?.... Vamos, niña, no llames crueldad à lo que no es, sino la prueba de mi cariño.... muéstrate alegre, satisfecha.... procura ser mas bella que nunca à los ojos amorosos de tu esposo.... ¿Qué diria la sociedad de esta boda, si tuvieses el aire de una vìctima?

—No, mamà. Todo està hecho ya.... no temais.... quedareis contentos de vuestra hija. ¿No he tenido fuerzas para vivir bajo el peso de un perjurio? ¿No he entrado ya en el camino à que me habeis arrojado? ¿No son la falsedad y la hipocrecia los elementos necesarios, para alcanzar esa felicidad que me pronosticais?.... Pues bien, estaré alegre y satisfecha como el que siente romperse el corazon y rie à la presencia del verdugo.

—Oh! por Dios, criatura terrible, dijo Da. Camila ¿quieres que tu vieja madre muera de dolor? ¿quieres que la maldicion pública caiga sobre mis canas? Yo te lo pido, te lo suplico, prepara à tus padres dias felices y tranquilos....

En este momento se presentó Luisa en el cuarto

en que Atilia arreglaba su peinado, y precipitándose en sus brazos le dijo con acento de dolor:

—Estabas aqui, mi querida?

Rodeadme todos los que me amais, porque hoy necesito de todo lo que es caro à mi corazon. Veis? cuando el pecho está desfallecido, es necesario pedir la vida à lo que nos rodea.... dadme algo de vuestra fuerza porque yo soy muy débil, muy infeliz....

—Hija mia, esclamaba la vieja Luisa llorando à sollozos.... ....

—Anda, decia Da. Camila, no te separes del salon, que todo està pronto.... ea, Luisa, este es el gran dia de la familia ....

—Descansad en mi, señora, respondió la nodriza, y finjiendo consolar à la niña, la dijo ciertas palabras al oido que le arrancaron un grito acompañado de esta esclamacion ...... Dios mio...... Dios mio.... ....

—Me haces temblar, hija mia, esclamó Da. Camila.

—Ah! mamá, yo os puedo prometer todo, puedo resignarme à todo, pero si él se presenta, si yo le veo oh! señora, yo no podré vivir sin él.... ....

—Señorita.... ....

—Si, mamà, sé que acabo de proferir palabras criminales; pero es que mi corazon està en lucha

con mis deberes. Yo le he querido con el primer amor de mi alma, le amo aun, y le amo con locura. Enseñadme à romper sin dolor el dulce hábito de mi vida, el vínculo que me ligaba à la dicha, y seré santa, buena hija, como vos decis.

Y arrebatada por el recuerdo de aquel amor que es como el sello puesto por la mano de Dios en el corazon humano, por la esperanza de quebrar esa cadena cruel que la sometia á un sacrificio superior à sus fuerzas, la pobre niña temblaba, obedecia, y resistia al mismo tiempo.

VII.

—No, madre, decia la infeliz.... ya no tiemblo, ¿y de qué temblar? La opinion! ¿y qué me importa la opinion si yo misma me condeno? La opinion es una divinidad que no se adora sino cuando algo se espera de ella. Ligada à un hombre, como la víctima à su verdugo, obligada à precipitarme con él en un abismo que para otros seria un lecho de rosas, el hogar doméstico serà para los dos un infierno, señora ¿lo entendeis? un infierno en furor.

—Gracias, hija, gracias....

—Tambien la ironia, madre, tambien la burla; nada de gracias.... oprobio.... desgracia.... maldicion....

—Asi, hija, asi, ingrata.... pues bien: desgracia.... y maldi......

—Ah! piedad, piedad, dijo la pobre criatura delirante, y abrazando las rodillas de su madre la llamaba con los mas dulces nombres y le pedia perdon......

D. Ignacio Rodriguez, empujado por el deseo irresistible que arrastra al avaro hácia su tesoro, presentóse en ese momento en medio de la madre, y de la hija; las làgrimas de Atilia corrian aun por sus mejillas delicadas, y Rodriguez no pudo ocultar su sorpresa y tal vez su desconfianza.

—Cómo! estais conmovidas! Atilia, ídolo mio, estos son los primeros momentos de mi dicha, y llorais?

—Escusad, querido, dijo doña Camila.... son los ùltimos instantes de una separacion.... es tan natural que corran nuestras làgrimas.... pero tambien se llora de placer.... Oh! me parece que mis dias se deslizaràn tranquilos al lado de vosotros, y de los lindos hijos que el cielo os enviarà para que os ameis mejor.... Y sin fijar sus ojos sobre el rostro de su hija, que à cada una de sus palabras parecia querer interrumpirla, ó lanzar un grito de desesperacion, tomó la mano de D. Ignacio y le dijo: Qué imprudencia; no os hemos dejado un solo momento con

vuestra esposa.... ahora aprovechaos.... teneis el derecho....

—Mamá, no os vayais, no os vayais por Dios!....

—Imprudente...... Escusadla, querido...... vuelvo, hija mia; un momento....

—Creia, señora, dijo Rodriguez, que la primera visita del esposo deberia ser el ensueño de la recien casada.

—Perdonad, dijo Atilia: ya os he dicho que hay en mi pecho un corazon poco á propòsito para hacer la felicidad. Yo he desconfiado siempre de poderos hacer tan dichoso como lo mereceis, y me parece que la verdad debe seros mas lisongera qne una mentira que se descubriria mañana. Creedme, yo pido al cielo con un fervor sin egemplo, que bendiga nuestra union y que proteja nuestros dias.

—Pero vos los amargais, señora.... perdonad, tal vez soy demasiado exigente, tal vez no conozco bien que no he vencido sino à fuerza de lucha y de constancia. ¿Qué quereis?.... Estoy enamorado, me llamais vuestro esposo, y este título me ha hecho creer que tambien era vuestro amante. Si pudieseis descender hasta mi pecho; si vieseis este corazon altivo, despótico, que blando, que humilde está: vos sois para mì mas que un amor, mas que una muger; sois una eleccion del cielo. He atravesado los dos tercios de la vida, y sobre todas las tormen-

tas he dispuesto de mi destino como hombre superior à ellas. Me creia garantido para siempre, pero ahora me ha vencido el corazon, y solo el corazon: vos sois la causa de esta debilidad inesplicable.

Atilia, con un rostro concentrado y melancòlico, como si esas palabras de un hombre sériamente apasionado, no se dirigiesen à ella contestó sin mirarle....

—Gracias, señor.

—Oh! esclamó Rodriguez, siempre ese tono tan helado que asesina; no olvideis, por favor, señora y esposa mia, que os he dado mi nombre, que me debeis amor, y que os irà bien llevarlo con orgullo, porqué al fin este pais es vuestra cuna y la mia se mece en el suelo de los conquistadores.

—Perdonad, Sr., dijo Atilia, tambien mi cuna Americana, tan pobre, tan plebeya, como vos la poneis, tiene sus glorias, tiene à Chacabuco, Salta, Tucuman......

—Señorita....!

—¡Caballero!

—Oh! dejemos rivalidades indigestas, dijo Rodriguez. Que allá los héroes decidan del destino de estos pueblos, el mio està à vuestros piés.

—El de mi patria, dijo Atilia, està bajo la proteccion de Dios......

—Bien, mi dulce amor. Que Dios decida à su an-

tojo—vos, sois mia y yo os amo···· y tomàndole la mano con el entusiasmo del hombre nuevo é inesperto, le decia casi en delirio; si vieseis que dulce es el amor del que amò sin esperanzas····

Y no pudiendo Atilia contener el grito del corazon que le sofocaba las entrañas, sin saber lo que decia, dejando escapar el secreto que le llenaba el pecho contestó····

—Y que cruel el desengaño del que amó con esperanzas······

—Pero, dijo el altivo Castellano, pienso que esa observacion nada tiene de comun con nosotros; exijo me lo espliqueis, señora, y pienso que tengo ese derecho.

—No lo dudeis, Sr···· y voy á esplicaros···· escuchad antes una historia que yo oì en mi niñez y que conviene la sepais vos tambien.

Vivia en esta ciudad de Buenos Aires, una familia medianamente rica, y grandemente honrada. Una Americana y un Español, unidos ante Dios y los hombres como yo; (podeis tomarme por egemplo) esa niña creciò entre las dulzuras y los halagos domésticos y vino à ser la esperanza de sus padres. Llegò à la edad de las pasiones, y la niña amò con la vehemencia de un corazon profundamente entusiasmado; su amante, era un jòven noble por su posicion, por su cuna, y sus riquezas; ella le obli-

gó à desertar las banderas de sus padres, à repudiar sus amigos, sus relaciones y su rango; era alto de talle, pàlido, ojos negros de fuego, rostro melancólico y sombrío como el de los hombres de grandes ambiciones. Su querida era tierna, corazon cándido y puro, sin mas ambiciones que la de ser amada y la de recibir la bendicion paterna en los brazos de su amigo.

—Pero esa es una historia, mi adorada, una historia no mas que parece demasiado larga.......

—No, escuchadla, esclamò Atilia con fuego, es verídica, y os interesa en estremo.

El jóven soldado tuvo que separarse de su amada porque la patria lo llamaba à otros lugares. Dejó las delicias del amor, por las dulzuras de las victorias.... Bravo, patriota, hombre de corazon y libertad, atravesó las heladas montañas de los Andes, probò los sinsabores de la ingrata noche de Cancha Rayada, para resarcirlos luego en los bellos llanos de Chacabuco....

—Escusad, señorita, narraciones semejantes, interrumpiò D. Ignacio.... no comprendo....

—Por favor, dijo Atilia, dejadme concluir.... Siempre fiel à sus juramentos, siguió como valiente las filas de ese ejército que en los años futuros de la Amèrica, serà una de sus mas bellas glorias, la guerra iba à concluir, y la independencia estaba con-

quistada .... entretanto uno de esos pigmeos que al abrigo de la hipocrecia y del doblés, saben amontonar caudales inmensos, uno de aquellos que agazapando los altos sentimientos del honor, de la libertad, de la sagrada causa de Mayo, han hecho mas males á la patria que todos los ejércitos enemigos, se introdujo en la morada de la jóven, deslumbrò los débiles ojos de sus padres, y procuró comprar el corazon de su hija, empleó para ello todos los medios, todos los ardides .... la calumnia, la lisonja, la amenaza, la mentira .... todo, todo empleò .. Los padres buenos y càndidos se declararon por el nuevo enamorado, pidieron, suplicaron, lloraron à los pies de la hija .... y esta no queriendo constituirse en verdugo de los que le habian dado el ser .... consintiò en casarse .... y se casò ....

- -Y luego, señorita, dijo D. Ignacio con voz que descubria una tormentá furiosa en su pecho ....

- El dia de su boda, dijo Atilia con calma, supo que su amante habia sido calumniado, que su ausencia era la obra de las intrigas y mentiras del nuevo pretendiente .... que la llamaba pérfida, infiel, infame .... y como esas palabras de una boca querida son peores que puñaladas en el corazon, la joven llamó à su esposo y le dijo: el hombre que no ha conseguido obtenerme sino por medio del embuste y la maldad, es un mal caballe-

ro, un monstruo que no tiene un solo título sobre mì....

—¿Y sabeis lo que el marido respondió, dijo Rodriguez con su vista impregnada de furor?

—Os pido el permiso de acabar mi peinado, respondió Atilia, y llamò à su vieja Luisa, que daba vueltas muy cerca de la habitacion de su hija.

VII.

Eran las once de la noche, y el desposorio acababa de realizarse.

No habria sido necesario un gran estudio del corazon humano para conocer las diversas pasiones que reflejaban en los rostros de cada uno de los miembros de la familia.

Para la pobre víctima, el lujo, las luces, la seda y los brillantes, que acompañaban la muerte de su alma, no eran sino el oropel, con que se cubre el sudario de los que quieren engañar à los que quedan en la tierra, cuando han obtenido en ella la fama de grandes, poderosos ò privilejiados de la fortuna.... las huellas de las làgrimas marcaban esas mejillas que iban á ofrecerse à los besos de una boca odiada, y el temor, la ira, la indignacion que producia en su pecho sacrificio tan cruel, traspasaba la màscara de la indignacion qne en vano se pretendia asegurar sobre ese rostro delatador. Recibiendo

esos cumplimientos que la envidia, la adulacion ó la venalidad, visten de tan diversos colores, Atilia parecia superior à su situacion, y aunque los aceptaba como sarcasmos sangrientos, sabia responder al nuevo rango en que se hallaba y ocultar profundamente los secretos designios que se agolpaban à su espíritu.

Se habria dicho que los viejos padres de la jóven reconocian recien en ese momento el enorme sacrificio que su interés egoista habia impuesto à su hija. La madre lloraba, no de alegria como lo habia dicho antes, sino de temor, de inquietud, porque le parecia haber descubierto en el acento y actitud de Atilia, algo que alarmaba su conciencia. La veia vestida de blanco, con la corona de jazmines perfumados, y le parecia descubrir en esas sienes marchitas, pálidas por el pesar interno, signos de un porvenir de llanto.... tal vez de muerte prematura. La ambicion, el càlculo habian turbado su razon anteriormente; pero el corazon se habia despertado, y el corazon de las madres, es la providencia de los hijos. No era de cierto un espectáculo de alegria el que tenia delante de sus ojos, y el remordimiento empezaba á roer sus entrañas, con esos dientes de acero que todo lo despedazan y ensangrientan.

Los viejos minuets de Hayden, solemnemente melancòlicos, se sucedian sin interrupcion y de

cuando en cuando un wals de Mozart, fugitiva espresion de esa naturaleza melancòlica, venia à dar à la reunion un caràcter singular···· Se habria podido decir que una atmòsfera de desgracias oprimia la respiracion de los concurrentes, y que solo se esperaba el signo convenido para que la catàstrofe recibiese su ejecucion. Entretanto el novio elegantemente vestido de negro, se paseaba del brazo de otro caballero español, muy conocido en aquella época, por la rijidez de su caràcter, por el absolutismo de sus principios, y por la inmensa fortuna que poseia.

—Me amenaza y me desprecia, decia Rodriguez, lleno de exaltacion y de amargura···· así es esta raza maldita, soberbia, ingrata profundamente···· ¿Qué importa que corran por sus venas algunas gotas de sangre española, si el aire, el suelo la vida toda tiende aquì à la sublevacion y à la altaneria?···· Oh! este pueblo, éste que llaman sociedad los revoltosos, deberia subir en masa al patìbulo para que se perdiese de un golpe esa cabeza coronada de demonios···· ¡Despreciarme···· ¡Oscura dama de un soldado sin nombre, muger sin cuna, sin virtudes tal vez···· ¡Despreciar al que la ha levantado del fango para colocarla como la joya preciosa, sobre su pecho generoso···· Oh! es infame esta generacion mestiza···· la sangre salvaje de los pampas corre furiosa en esos corazones tambien salvajes. ··

vergüenza al noble castellano que tira una chispa de su vida en esas creaciones menguadas de la América.

¿Que es la gratitud, que es el amor para esas almas abyectas? Palabras vacias, palabras sin sentido, y nada mas. Mostradles el precipicio, sacadlas de la miseria y de la nada, y llevadlas al cielo de la vida.... inùtil todo, inùtil, porque la obsecacion es en ellas cualidad vital—Oh! toda la furia del infierno se ha apoderado de mi.

—Tranquilizaos, amigo.... tolerancia.... y....

—Oh! la infame, decia Rodriguez, se olvida de que es mia, de que soy su señor, de que puedo hundirla en la nada y para siempre.... si lo haré.... lo haré.

—¿Por qué perder tan pronto las esperanzas? ¿por qué adoptar ya el ùltimo de los caminos? decia el amigo; partid con ella; el rango, los placeres, un mundo enteramente nuevo, le haràn olvidar el descarrìo de un momento; llevadla à Europa que brinda sus placeres en copas de oro; allì el fausto y la elegancia deslumbraràn sus ojos inespertos; vuestro amor y la constancia, conquistarán su corazon.... pero ¿quién es este militar que viste el uniforme de los rebeldes?

Era el fiel Carlos, que inquieto por la ausencia de Conrado, à quien no habia visto desde que saliò

para tener la conferencia con Luisa; venia á saber si su amigo habia sido la víctima de alguna imprudencia, ó donde podia encontrarle.

—¿Qué se os ofrece, caballero? dijo Rodriguéz, saliéndole al encuentro.

—Escusadme Sr.... venia en busca de mi amigo el capitan Conrado, que segun informes debia encontrarse en esta casa....

—Ya, dijo D. Ignacio, un soldado, un rebelde, un aventurero, que no pudiendo hacer fortuna en las batallas, viene à especular con la tranquilidad de las familias.... Oh! sois muy nobles vosotros los que os llamais héroes de la emancipacion.... Sabeis ganar batallas sobre los ancianos descuidados, sobre los maridos que se fian de sus mujeres.... Si, habeis nacido para dar la libertad à todo un mundo.... No està, señor, el soldado à quien buscais....

—Caballero ò canalla.... dijo Carlos furioso.

—Fuera, fuera, estais en mi casa.... retiraos....

—En tu casa, en la calle, y hasta en los infiernos te he de probar, miserable, que eres un cobarde, un vil....

—Voto và, Sr. insurgente.... que esta silla....

—Defiéndete, miserable, dijo Càrlos y lanzàndose sobre D. Ignacio le habria pasado con la espada si el amigo de aquel, Da. Camila, Atilia, y todo la reu-

nion no se hubiese precipitado al lugar de la escena.

—¿Qué es esto? decia la madre abrazando à Rodriguez ¿estais herido? que atrevimiento....

—Llamad à la guardia....decian otros....

—Que atrevimiento....

Hasta que Atilia dirigiéndose á Carlos pudo con la dulzura de sus palabras y con esa mirada que revela siempre el estado del alma, calmar al exaltado capitan y tomàndole de la mano, sacarle del conflicto. "Respetadme en mi desgracia, Carlos....el cielo no abandona nunca al inocente....dejad que mi providencia se egecute....y decidle....no, nada....que moriré por él....

—Este es mi dia de boda, decia frenético D. Ignacio, el primer destello de la felicidad inmensa de mi vida....vos me lo habeis prometido, Sra.... vuestra hija acaba de jurarlo en los altares. Asi se paga, asi se cumple ¡eh! sois pérfidos....sois infames......

Un grito de desesperacion salió de los làbios de Atilia, y cayó en los brazos de su nodriza que sin atender à nadie habia venido à colocarse al lado de la recien casada.

—Animo, ánimo hija mia, le decia al oido, todo esto concluirá....anda ahora à tranquilizar à tu esposo....haz lo que puedas porque la calma y la

alegria se apoderen de él y de toda la reunion, asi lo exige tu seguridad, tu interés.... ¿me comprendeis? Es necesario que el baile continue.... ó somos perdidos para siempre.

VIII.

Dejemos que la pobre criatura busque en su desesperacion los medios de seguir el consejo de su aya, y vamos à encontrar à Conrado que esperaba la hora de la cita acaso como el condenado à muerte à quien se le ha fijado el momento postrero.

—Anda y conquista, le decia à Carlos paseàndose frenético por su cuarto, los castillos de Lima, las fortalezas de Chile; pierde tus miembros y tu vida para desterrar de tu patria las preocupaciones, la infamia, la tirania pública y doméstica; prepàrale un porvenir à fuerza de penas y virtudes, para que te obliguen à violar el hogar de tu querida, à la manera del bandido ò del ladron.

—Abandona ese camino, mi querido, los hombres seràn siempre los mismos, y las sociedades estàn compuestas de hombres....

—¿Y qué le queda à tu amigo de sus antiguas esperanzas? ¿Qué ha conquistado en cinco años de batallas y trabajos? .... Oh! infames! Traicionan á la patria, traicionan al honor, y luego se llaman virtuosos.... A la guerra, á la guerra, di-

cen con ese aire mentido de entusiasmo, y nos precipitan en la miseria y en la tumba; nos esplotan en la paz, nos sacrifican en la lucha, y luego desde el alto trono de la hipocresia y de la molicie fulminan sobre nuestras cabezas el anatema de la inmoralidad· · · · · · · Soldados, dicen con la sonrisa del desprecio, y este nombre pasa por sinònimo de hombre corrompido, infame, y canalla · · · · Ah! y la vida les es grata y tienen glorias y dichas, y nadie les calumnia para robarles su amor.

—Bien, Conrado, dejemos eso por ahora; creo que la hora se apròxima, y tus preparativos no estàn hechos · · · · ¿que piensas? · · · · ¿que haràs si esa pobre criatura no puede llegar hasta tí?

—Morir, pero antes · · · · la pagará · · · · el infame · ·

—Y si viniese?

—Lo que nuestros corazones determinen · · · · y como si fuese un asunto perfectamente discutido y decidido, continuò:—tú lo sabes, Carlos; tarde ò temprano vendrá alguno de los mios à recoger lo que en este pais les pertenece: mi amor por Atilia les habrà servido á ellos pues la fortuna les queda por mi. No era esa mi ambicion · · · · cien veces la he ofrecido á la patria, y cien veces se me ha contestado que mi persona valia esa fortuna · · · · · · y sin embargo, me quitan lo que yo no queria darles, y lo que hubiese conservado sobre la fortuna y sobre la vida · · · · Tú

te encargaràs de todo lo que me pertenece.... en mi escritorio encontraràs mis instrucciones y los documentos necesarios.... el dia de mañana será el último para mas de uno de nosotros.... ahora ocupémonos de las cosas materiales.... ¿Sabes si Toribio, la fiel ordenanza de tu amigo, està de vuelta? Hazle venir, yo necesito hablarle.

En este hecho, Carlos, tan opuesto á mis principios y à mis antecedentes, no deben tener parte sino los que comprenden profundamente las exigencias de la situacion. El ha jurado cien veces morir à mi lado, y à fé que no ha desmentido nunca la verdad de su juramento; hazlo llamar pues....

Toribio era un muchacho de veinte y tres años à lo mas; su tez tostada, cabello làcio y negros ojos melancòlicos, en los que el líquido cristalino parece depositar una lágrima fugitiva, daban à su cara ese dulce tipo que ha producido en nuestro pais, la mezcla de la raza andaluza con la indìgena. Nacido en la casa paterna de Conrado, habia jugado con este los primeros años de la vida, y su carácter tomado mucho del que su amito habia desplegado en las diferentes faces de la vida. Llegados ambos à la edad de las pasiones, la influencia del señor se hizo soberana sobre el siervo, y lanzados juntos à la vida de peligros y fatigas, Conrado pudo reposar en la fidelidad de su ordenanza, como el anacoreta en la de

su perro guardian: juntos habian partido de la casa paterna abandonando amigos y familia y juntos despues de cien combates, trabajos, y peligros, vuelto à la patria y à la casa que los viò nacer. Unidos eran dos brazos poderosos, aunque manejados por una sola voluntad: separados les habria conducido la individualidad à escesos que la sociedad castiga como faltas, como vicios ó delitos. Para Toribio su capitan era su Dios y su alma; para Conrado Toribio era la mas completa representacion de su modo de ser en su vida práctica, y le amaba con ese amor frio y concentrado del soldado que no se demuestra sino en las grandes ocasiones.

IX.

—Has aprontado todo, Toribio? le dijo el capitan viéndole entrar· · · ·

—Todo está pronto· · · ·

—Acércate, quiero hablarte· · · · · ·¿te acuerdas de aquellos dias en que yo al descubrir los ejércitos enemigos sonreia de placer? · · · ·

—Y yo temblaba, capitan, por vos y por mi, por que los guapos tiemblan de su propio arrojo.

—Bien, hoy es necesario afrontar un peligro de cuya ejecucion depende mi vida y mi felicidad. Pero es un peligro que està lleno de infamia y de vileza. ¿Me comprendes? · · · ·

—No, capitan.

—Sí, de infamia y de vileza, por que es preciso cometer un delito, y tu me ayudarás. En Chacabuco, tu peleabas á la faz del cielo, en pleno dia, peleabas con enemigos de la patria, que defendian à un tirano, es verdad, pero que se batian como hombres, como soldados. Ahora es necesario herir en las tinieblas, herir al primero que se presente, y luego huir como cobardes, ladrones y asesinos.

—¿Aceptais la participacion?

—Si yo pudiera comprender, capitan····

—Escucha, yo estoy enamorado como un furioso. Mi amor es frenético y tengo en el corazon las pasiones del salvaje y las furias del tigre. Estoy enamorado de una muger que me ama, de un àngel que rogaba por mi, cuando yo tiraba mi vida en los combates; y bien, esa muger, ese àngel està al borde de una tumba; la han ligado por fuerza à un destino que no puede quebrar, necesita mi brazo para salvarse y yo necesito un crimen para ser feliz. ¿Me ayudaràs, Toribio?

—¿Cuando os he abandonado en el peligro?

—Nunca, mi buen amigo, nunca, es verdad. Bien pues; tù vendràs conmigo presenciaràs esta accion infame que como una mancha eterna và á borrar todas mis glorias. ¡Y me las roba un español, un enemigo de la patria, un hombre vencido en

los campos de batalla, un ladron doméstico····
Anda ahora, prepara mi equipaje, mis armas, ¡que todo esté pronto como en la víspera de una batalla···· antes del dia partiràs conmigo, ò de nada tendremos que ocuparnos···· anda pues.

Aunque Carlos conocia perfectamente el caràcter de Conrado, y sabia por cien esperiencias que siempre que el corazon ó el amor propio de aquel se hallaba interesado, no era fàcil hacerle retroceder en su propòsito, una esperanza le quedaba en el pecho, y quizo tentar la última prueba para disuadirlo del paso en que se hallaba envuelto····

—¿Pero deveras te marchas?···· y solo····

—No, Atilia me espera esta noche, y yo debo huir con ella···· Huir, Carlos, de la patria, de los hombres, de todo, porque me la quieren quitar, y yo muero si ella no es mia.

—No seas loco. ¿Qué mas quieres que tenerla tuya sin compromisos, sin disgustos···· mira que yo quiero mas à mi Antonia casada que····

—Calla···· eso es vil···· por eso nos juzgan siempre como à bandidos y degradados···· ¿Sabes tú lo que es el hombre que une su vida à la mujer de otro hombre?···· Es mas que un ladron, sin ser menos que un asesino········

—Si, pues Atilia es soltera····

—Pero este vínculo que la liga à un malvado, es

como la cadena de un esclavo puesta por manos poderosas sobre el débil: Atilia, libre, era mia por su corazon y por su amor. Mia, porque Dios la colocò sobre el camino de mi vida para que me acompañase hasta la tumba; mia, porque este corazon que no ha latido sino por la patria y por ella, bebiò desde temprano el fuego en que hoy me quemo. ¿Y porque me hicieron partir sino me la habian de conservar? Tù me conoces···· yo debo recuperarla ò morir···· Mi caràcter no admite medianias···· ò la suprema felicidad, ò la noche del olvido···· yo partiré, mi Carlos.

—¿Estàs resuelto, positivamente resuelto?····

—Si; de una manera irrevocable.

—¿Y tus sueños de gloria, y tu porvenir tan risueñamente imaginado, y la iniciativa social que debias abrazar en favor de la patria, todo lo olvidas y te precipitas en la nada por amorcillo de una muger? Oh! tú no eres el mismo hombre de los momentos de Chacabuco····

—¡Gloria···· porvenir, quimeras, Carlos, con que nos alucinan para hacernos matar. Nosotros, soldados de la nueva República, pobres niños con corazon y sin cabeza, no sabemos distinguir todo el dobléz que encierran las palabras pronunciadas por ciertas bocas; tú has asistido conmigo à las grandes jornadas en que brazos Argentinos han triunfado; la

bella sangre de tus venas ha teñido las bayonetas enemigas, y tú como la generacion à que perteneces ha enjendrado un mundo! .... Para qué? Para que la ambicion, la·hipocrecia, y los delitos, se ceben sobre el cuerpo de la patria, para que adulando á esa divinidad que nosotros llamamos ¡Libertad! y ellos locura, nos claven el puñal por las espaldas mientras nos rien cara à cara.

—Tù deliras, Conrado .... la patria no eres tù, ni yo, ni la generacion actual.

—Si, pero la patria libre, la patria, como la concibieron los padres de 1810, no es esta en que nosotros vivimos, Carlos .... El cielo sabe que al derramar mi sangre, yo creia fecundar la libertad, y no la licencia, el abuso, ò la tirania; que si he peleado contra los satélites de un déspota, no he pretendido levantar tiranos, y que nos hemos sacrificado por el principio, no por los hombres .... Un dia vendrà en que lloren sus delitos.

—De acuerdo, mi querido, pero ahora no se trata de eso ....

·Oh! te engañas, continuaba Conrado lleno de desesperacion y de dolor, te engañas. En un pueblo que se dice libre no se escucha à las personas, no se admite las influencias privadas, no se teme al amenaza, la calumnia, ni la lisonja. Un pueblo li-

bre, Càrlos, no tiene mas amo que la ley, y la ley no apadrina las ambiciones torcidas....

Un pueblo libre no pisotea la mas sagrada propiedad que tiene el hombre, la propiedad del corazon..... Un pueblo libre es agradecido porque la libertad se compra con sangre. y la sangre de los hombres vale mucho.... yo no pido à la patria sino mi propiedad, la que nadie me ha dado y que nadie me puede quitar; ella debió conservármela como yo la he conservado sus derechos con mi sangre.

—Te arrastra la pasion.... Conrado.

—Romped el equilibrio de los derechos y deberes; y vereis brotar de todas partes, como las semillas venenosas, las malas pasiones de la sociedad; yo no soy sino la primera víctima de una tirania privada; mañana lo serà el pueblo, la patria, la nacion toda, porque la graduacion es fatal. Hemos proclamado y peleado frenéticamente por la igualdad de derechos, y nos hemos olvidado que la igualdad de deberes era antes; de ahì este desquicio funesto en todas nuestras cosas, y este cáos que amenaza la ruina de una sociedad jòven y dispuesta á todos los progresos.

—¿No oyes?.... me ha parecido oir una voz.... vive Cristo! que no me engaño, y precipitàndose Càrlos sobre el sable de su amigo que estaba en un

rincon de la pieza, salió corriendo hácia la puerta de la calle.

Conrado que era hombre de sangre fria en los momentos apurados, tomò sus bellas pistolas y se puso à seguir à Càrlos; no habia traspasado el umbral de la puerta cuando descubrió á su amigo, que traia una mujer en los brazos, vestida de blanco, desmayada, y exánime....

—Es ella que viene à pedirte proteccion, la Providencia te la envía......

—Que venga ahora à sacarla de aquì.... por Dios y que tiene? ¿le han asesinado? si.... responde, Càrlos....

—Dejáte de eso.... ha caido desmayada en mis brazos al pisar los umbrales de tu puerta...... ha huido y sin duda te busca para que la libres de ese hombre....

Conrado tomó el cuerpo de su amada y colocàndola sobre un sofà, se puso de rodillas y le tomò las manos.

—Mìrala, le decia à Càrlos, ¿no representa mi àngel salvador? No es por ella que he jugado tantas veces mi vida, y no es ella la que con su poder celestial me ha conservado para que yo la salve hoy?.... Que se desaten ahora todas las tormentas de la tierra.... que los hombres me clasifiquen co-

mo quieran, aqui, sobre su corazon, yo juro que es mia···· ahora à la obra, Càrlos.

—¿Donde quereis ir con un cadàver?

—Me haces mal con esa palabra···· no sientes que su pecho se agita!···· Trae tu mano···· toca su corazon···· me parece oir una voz en cada uno de sus latidos.

—Si, la de la eternidad, respondiò un eco augusto como un pronóstico, y al mismo tiempo se hizo oir la detonacion de una pistola····

Era la voz del marido que habiendo seguido à la infeliz Atilia, se habia introducido furtivamente en casa de Conrado, aprovechàndose de la fascinacion de los dos jóvenes, asegurando su golpe con la calma y el rencor de su caràcter···· la bala dió sobre el crâneo de la infeliz, y la sangre de la vírgen vino à salpicar el rostro de Conrado····

Frenético y fuera de sí apuntó y disparò una de sus pistolas sobre el impasible Castellano, que parecia mofarse del dolor de su adversario, "muere," le dice Conrado, y la bala obedeciendo á la voluntad del homicida, fué à esconderse en el corazon del agraviado····

—Infame, continuaba frenético······ no, no es bastante···· su muerte, y volviéndose hàcia el cuerpo ensangrentado de la jóven, se puso nuevamente

de rodillas.... espérame.... yo voy contigo.... y un nuevo tiro vino á completar ese cuadro de horror y de làgrimas....

Los que os reis del corazon, mirad ese grupo. Tres cadàveres solemnizan la boda calculada por los padres de Atilia.



CRONICA DE LA BIBLIOTECA.

Venciendo las dificultades inherentes à esta clase de publicaciones, la Biblioteca dà à luz el tomo segundo (tercero de la coleccion) con cuatrocientos cuarenta suscritores, cuyas listas insertamos al fin de esta crónica. En los volúmenes sucesivos publicaremos las que aun nos faltan y las de los nuevos suscritores.

Nuestra idea ha encontrado, pues, una favorable acojida en el público, lo que no podia menos de esperarse, en atencion à la importancia del objeto, à la reputacion de los escritores y à la circunstancia de que no publicàndose mas que un tomo mensual; el precio de la suscripcion es tan mòdico, que està al alcance hasta de las mas humildes fortunas.

Como algunos de los suscritores y corresponsales parecen no haber comprendido bien el pensamiento que ha presidido y preside à la tarea que nos hemos impuesto, creemos oportuno someter à su juicio las siguientes consideraciones.

La Biblioteca *americana* se compone de obras históricas, cientìficas, filosòficas; de novélas, leyendas, poesias etc., y su principal interes y su mejor garantia para el pùblico consiste en la diversidad de las materias que abraza, en el conocido nombre de la mayor parte de los autores, y hasta en su antagonismo polìtico. El objeto de la Biblioteca es

esencialmente LITERARIO, y por eso no ha escluido à nadie; pero el editor se reserva, como es natural, el derecho de no publicar escritos que ataquen sus convicciones, ó comprometan el caracter literario de su empresa.

Proceder de otra manera, seria prescindir de la imposibilidad absoluta de llevar á cabo una idea semejante sin el ausilio de todos; seria prescindir de la imposibilidad absoluta de ampliarla y desarrollarla, é inhabilitarse para las reformas y mejoras de que es susceptible, en beneficio del pùblico y de los escritores, y que solo pueden realizarse ensanchando el horizonte y la circulacion de la Biblioteca; interesando en su existencia à todos, en cuanto sea lìcito y razonable; y no haciendo de ella una arma de partido ó el éco de una fraccion polìtica, suerte fatal é inevitable del periòdico.

La literatura digna de ese nombre, la que abarca, harmoniza y reasume en su vasta abstraccion é idealidad todas las manifestaciones del pensamiento, por mas refractarias y enemigas que aparezcan à primera vista; la literatura que no muere, como el periòdico, con el minuto que pasa, porque no vive con el soplo efimero y disecante que le prestan las pasiones del momento; la literatura que tiende á crear nuevos gustos y necesidades morales, elevando el corazon y la mente por la contemplacion de los tipos eternos de la verdad y la belleza, en todas sus formas; esa literatura ha sido siempre un campo neutral, donde han podido encontrarse sin mengua todos los hombres de inteligencia, fraternizando por su amor al arte, è inclinàndose con respeto

ante la razon y el talento, donde quiera que se revelasen.

A esta causa, sin duda, débense las calorosas simpatias que en todas partes ha encontrado la Biblioteca Americana, hasta de hombres que son nuestros adversarios polìticos; pero que en esta ocasion se han conducido noblemente con nosotros.

La primera série, que comprende los ESCRITORES DEL RIO DE LA PLATA consta de las siguientes obras y autores, que citaremos por òrden alfabético y divididos en tres séries para mayor claridad, à saber: escritores Bonaerenses; escritores nacidos en las provincias de la Confederacion, y escritores orientales.

ESTADO DE BUENOS AIRES.

Ascasubi (D. Hilario) Cuentos y trovas de la Pampa.

Cané (D. Miguel) Laura, Esther, novelas originales.

Dominguez (D. Luis) un tomo de poesias.

Frias (D. Félix) Estudios Morales y Polìticos.

Garcia (D. Manuel R.) Documentos inéditos para la Historia del Rio de la Plata.

Gutierrez (D. Juan Maria) Máximas, Sentencias, Pensamientos, Juicios, Opiniones etc., de escritores, oradores, y hombres de Estado de la República Argentina, con notas biogràficas.

Iriarte (General D. Tomas) Recuerdos Històricos: 1817—1825.

Lopez (D. Vicente Fidel) Liniers y su época—Historia del año 20.

Mármol (D. José) Despues del Triunfo.

Mitre (D. Bartolomé) Arengas.

Navarro Viola (D. Miguel) Meditaciones Religiosas y Filosóficas.

Tejedor (D. Càrlos) Curso de Derecho Criminal.

CONFEDERACION ARGENTINA.

Lasota (D. Juan Manuel) Historia de la cuestion de lìmites desde su orìgen hasta nuestros dias.

Piñero (D. Martin Avelino) El Pùlpito Argentino.

Rivera Indarte (D. José) Miscelánea política y literaria.

Sarmiento, Palermo y Santos Lugares.

Velez Sarsfield (D. Dalmacio) Banco y Crédito en Buenos Aires.

Zuviria (D. Fàcundo) Tirania y Demagógia.

REPUBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY.

Acha—(D. Francisco X.) Flor de Maria, novela original.

Diaz—(D. Antonio hijo) Los amores de Montevideo, idem.

Fajardo—(D. Heraclio) Luz del Alba, leyenda poética.

Figueroa—(D. Francisco A.) Poesias satíricas.

Gomez—(D. Juan Càrlos) un tomo de Poesias.

Reyes—(D. José M., coronel de Ingenieros) Noticias Geogràficas, Geològicas y Estadìsticas de la República del Uruguay.

Sastre—(D. Marcos) Cuadros é impresiones del Paranà.

Tabolara—(D. José A.) Esperanza, novela original.

Varela—(D. Hector) Ojeada sobre el Paraguay.
Magariños Cervantes— (D. Alejandro) Obras completas.

Además, dos tomos de poesias escojidas, y de algunos escritos en prosa, de cortas dimensiones, de los Sres. Arrascaeta (D. Enrique) Barbosa (D. Juan) Berro (D. Aurelio) Bermudez (D. Pedro) Fajardo (D. Carlos) Ferreira (D. Fermin) Lerena (D. Abelino) De Maria (D. Isidoro) Perez (D. Gregorio) Pintos (D. José P.) Rios (D. Pablo) Santiago (D. Ramon de) Tristany (D. Manuel) y Vidal (D. Francisco Antonino.)

Contamos tambien con el concurso de los Sres. Acevedo—(D. Eduardo) Barra—(D. Federico) Cantilo—(D. José M.) Guido—(General D. Tomàs) Lacasa—(D. Pedro) Lamas—(D. Andrés) aunque circunstancias que seria ocioso referir, no les hayan permitido aun à estos señores fijarse en la clase de trabajo con que mas adelante nos favoreceràn.

Finalmente, hay que añadir à las listas que anteceden el nombre de algunos otros escritores, que sin haber nacido en el Rio de la Plata, no podrian sin injusticia ser eliminados, como los Sres. Bermejo—(D. Ildefonso) Bilbao—(D. Francisco) Maeso—(D. Justo) y Viel Castel—(D. Carlos M). Los tres últimos han ofrecido "El Gobierno de la Libertad"; "Cuestiones Económicas en el Estado Oriental" y "Monografia de la Prensa Bonaerense" ó reseña Bibliográfica de todos los periódicos que se han publicado en Bnenos Aires desde 1810 hasta el presente.

He aqui ahora, por òrden cronológico, los artìculos publicados à la aparicion del tomo segundo, en

la TRIBUNA, NACIONAL, REFORMA PACIFICA, ORDEN, DEBATES Y REPUBLICA. Ellos solos forman una interesante revista literaria, y justifican lo que deciamos en nuestra crònica anterior. (1)

BIBLIOTECA AMERICANA.

El Sr. Magariños Cervantes ha emprendido una tarea que si el éxito corona, traerà para estos paises lo que les falta, manifestacion de su pensamiento, de su literatura, y de sus movimientos intelectuales.

Hemos visto un precioso tratado de geografia, cuya parte defectuosa es la que à la descripcion de estos paises concierne. Porqué esta falta? Porque no hay libros nuestros que consultar, porque nuestras cosas son ignoradas en el mundo literario.

La obra del Sr. Magariños Cervantes llenaría este vacio, organizando una biblioteca para la publicacion de trabajos literarios que sin ese medio, no se manifestarian; pero el éxito de su empresa depende del público, y de la manera de apoyarlo.

No basta hacer la adquisicion de un volumen puesto à venta en las librerias. Es preciso que la edicion de obras cuente con una base de suscriptores permanentes, que permitan anticipar erogaciones, que sin eso son aventuradas, sino imposibles, y esta es la parte que los pueblos cultos en masa toman en su propia gloria literaria.

A la España durante tres siglos la ha salvado del fallo de bàrbara un libro, el Quijote de Cervantes. La Francia ha tenido el imperio del mundo intelec-

(1) Horas de melancolía pág. 302.

tual, por sus libros; y los Estados Unidos no han sido reputados nacion sino cuando un Cooper, un Prescot, una Mrs, Beecher Stowe mostraron á la Europa que à la par del desarrollo material de la riqueza, marchaba tambien el progreso intelectual de sus pueblos. El *Tio Tom* fué publicado à medio millon de ejemplares, porque cada norte-americano culto quiso ser tenido como parte en aquella manifestacion del pensamiento original de su pais.

Otro tanto deberiamos hacer todos en el ensayo del Sr. Magariños Cervantes, que por sus conexiones con la literatura española y sus hàbitos y gustos literarios està mejor que nadie en aptitud de llevar à buen fin y por buen camino la obra que emprende de crear un *Teatro Literario* en que se exhiba el pensamiento de estos paises, y tome formas que permitan transmitirlo à otras naciones; ò difundirlo en nuestra propia sociedad,

La sociedad de Buenos Aires, como la ciudad mas populosa y culta de todos los pueblos argentinos, ha sido escogida como base de este ensayo. Las grandes ciudades como los vecinos acaudalados tienen que llenar ciertas formas de decoro, é imponerse ciertas erogaciones para llevar y conservar dignamente el rango que ocupan en la escala de los pueblos. Si Buenos Aires no estimase en nada el brillo de las letras argentinas ¿qué esperariamos de Montevideo, del Rosario, de Mendoza, la Asuncion ó Tucuman?

DOMINGO F. SARMIENTO.

El tomo segundo de esta coleccion de las obras delos *hombres de las dos riberas del Plata* ha visto ya la luz pública, y confesamos que no nos asisten muchas esperanzas de que los esfuerzos del Sr. Magariños Cervantes sean coronados de un éxito feliz. —No nos gusta ser profetas de mal agüero, pero entre nosotros no se realiza en cuanto à literatura, la verdad de aquel viejo proverbio frances: "Es el primer paso el que cuesta," sino á la inversa, es el primer paso el que es fàcil, y à esto contribuye el amor propio, el pequeño costo de una impresion poco voluminosa y el deseo de ensayar si es una buena ó mala especulacion la edicion de obras originales y de personas de estos paises.

De cierto que los que se dedican à las letras y tienen que regalar sus producciones à los diaristas que aceptan ò repulsan segun las conveniencias del momento, y à aquellos que no pueden costear la impresion de sus producciones, ya sea por el estado de sus bolsillos ó por la importancia de las mismas, el Sr. Magariños va à hacerles un servicio importante, porque él se ha encargado de afrontar todas las dificultades, los gastos y las contrariedades que el público no conoce, pero que suelen ser desesperantes en materia de imprenta. Los hombres de letras han de alzar un monumento al Sr. Magariños Cervantes, si el Sr. Magariños es feliz en su empresa. Sabemos que no quedarà por él sin resultado, porque le conocemos laborioso, perseverante, inteligente, y entusiasta apasionado de las obras del espíritu; pero à mas de los inconvenientes materiales, tiene que vencer ese coloso hasta hoy de pié, que se llama *indife-*

rencia pública, y su empresa necesita de la proteccion y de la cooperacion del público.

Por muy modestos qne seamos con respecto al mérito de las producciones literarias de los hombres del Rio de la Plata, no nos es permitido posponerlas à las de el "Correo de Ultramar" y "Museo de las Familias" que se publican en Paris, que nos inundan mensualmente y que han enriquecido à sus editores, estando escritas mas de una vez en un español que no es el de nuestros padres, que no es el nuestro y que no pertenece á la lengua castellana. Una sola parte de la proteccion que se dispensa à esas publicaciones entre nosotros, bastaria para que la empresa del Sr. Magariños tuviese un buen resultado, y no es difícil pronosticar que protejido como debe serlo, Buenos Aires agregaria un laurel mas à la corona que ciñe sus sienes inteligentes, y que en breve esa empresa, dudosa hoy, vendria à constituir un ramo nuevo de industria, de gloria y de riqueza nacional.

El Sr, Magariños ha iniciado y realizado una idea útil: al público le toca hacerla vivir y fructificar, ó esterilizarla y matarla à su antojo.

MIGUEL CANE.

¿Seremos menos que Chile en aprecio literario, menos que el Brasil en apoyo á las letras?

¿La tierra de Echeverria, de Indarte, de Lopez, de Balcarce y Varela, dejarà que el pensamiento del Sr. Magariños, su realizacion. vaya á cubrirse con el polvo de la *indiferencia pública*, de la no proteccion al desarrollo intelectual?

¿Pagaremos hoy el trabajo del espìritu, en medio de la civilizacion que nos inunda, con el ningun valor pagado en la edad pasada y en medio del retroceso y estagnacion que nos cegaba?

Basta, por Dios de *indiferencia* para las obras del pensamiento, basta de considerar la suscripcion à uno ò dos ejemplares de esa clase de trabajos, como una limosna ó una obligacion debida al amigo, autor de ellas.

Valoremos la obra de la inteligencia, con la medida que le cabe, pensemos que son los libros los ùnicos que pueden enseñarnos lo que ignoramos, ponernos de relieve el pasado, profetizarnos ò mejor dicho, señalarnos el porvenir.

Es una verdad inmensa la que un autor frances ha puesto en estas palabras, que traducimos.

"La civilizacion de un pueblo debe medirse por su literatura, por el amor à todas las letras."

Y es verdad, progresaràn las maquinas, gracias al estrangero, tendrá formas la materia. pero nunca, sin las letras avanzarà el espìritu social; lo que llamamos masas populares permaneceràn en el error, en la ignorancia, y el progreso elemento de la vida, torrente que lleva la savia á las sociedades formará cauce, sin avanzar una lìnea en los pueblos donde la lectura carezca de aficionados y propagadores.

Sacudamos el *indiferentismo literario* y hoy que el Sr. Magariños ilumina con una nueva é interesante publicacion de obras americanas, la carrera de la inteligencia, déle el pùblico todo su apoyo, para que esa luz no vacile hasta realizar el pensamiento que pone en planta.

Concluirémos con el Dr. Cané y dirémos:

Entonces "Buenos Aires agregaria un laurel mas "à la corona que ciñe sus sienes inteligentes y "en breve esa empresa dudosa hoy vendria á "constituir un ramo nuevo de industria, de gloria y "de riqueza nacional.

"El Sr. Magariños ha iniciado y realizado una "idea útil: al público le toca hacerla vivir y fructifi- "car, ò estirilizarla y matarla à su antojo."

RUFINO VARELA.

I.

Congreso federal Americano, union futura del continente de Colon, eres uno de los decretos de la Provideucia para los hombres de corazon y pensamiento.

Idea polìtica,—la República.

Dogma—la libertad.

Organizacion—la democracia directa.

Sintesis gubernamental—la Federacion.

Libro—la resurreccion del Evangelio.

Educacion—la pràctica completa del derecho completo, es decir la unificacion del soberano y del súbdito, del majistrado y ciudadano, del trabajador y pensador, del sacerdote y el soldado, y por sobre todos esos fragmentos de la ciudad futura prometida, el soplo vivificante de la revelacion del primer hombre, del *hijo del hombre*, *del hombre* inmortal que se llama humanidad, volviendo à presentar al Eterno por la seguuda vez en la historia la copa de la alegria en honor de la victoria sobre el mal!

Poesia! Si, pero poesia, es inspiracion, y la inspiracion es verdad.

Dejemos à la poesia iniciando. La ciencia necesita un punto de partida incontrastable, y esa base, ese apoyo, ese ser que es necesario revelar, esas leyes que es necesario formular,—esas harmonias que es necesario descubrir,—ese *equilibrio*, esa *igualdad en la balanza*, para dar á cada uno lo que es suyo, base de la simetrìa de poderes, facultades y atribuciones en la organizacion de las sociedades, todo eso parte de un rapto de la inteligencia, de una palpitacion del corazon puro, que en la primer mañana de la vida nos envuelve en las ondas sonoras de la creacion y en las ondulaciones luminosas de la luz del sol que hiere nuestros ojos con la variedad indefinida de los objetos que revela. Sinfonia magnífica que proclama la gloria del Padre de la luz, del amor y de la fuerza! Himno fundamental de la fé, de la esperanza y de la caridad, que despues se llama código de libertad, de igualdad y de fraternidad! ¡Profecia de las sociedades futuras, y testamento que guardaban en la esencia misma de nuestro ser, como un recuerdo del abrazo de Jesu-Cristo desde las alturas del Gòlgota sangriento!

Pero adonde te remontas en alas de las visiones, oh diarista, que no debes olvidar la tierra?

Es porque creemos que el pan de cada dia para las necesidades del momento, es una emanacion del pan *sobre-substancial*, que el sermon de la montaña nos enseñó à pedir, diciéndonos: buscad *primero el reino de la justicia, y lo demas os será dado.*

II.

Biblioteca americana. El tìtulo y los materiales recojidos, la llamáda que se haçe, nos indican que esta tentativa es un vínculo moral arrojado sobre las Repúblicas del Sur. La fraternidad de orígen, de idioma, de tradicion, de revolucion, de organizacion, de dolores y alegrias, de ensayos, reveses y victorias; la identidad de destino, de ideas políticas y formas de gobierno, todo nos indica que es necesario disciplinar los elementos y darle una voz de mando, para acercarnos á lo que puede llegar á ser una era nueva en el mundo: LA FEDERACION DE LA AMERICA DEL SUR.

El pensamiento iniciador es la literatura. Los Americanos del Sur tenemos una palabra, que se llama República. Tengamos un *verbo* que se llame Alianza. Tengamos un *órgano* que se llame por hoy literatura y sea ese órgano la Biblioteca Americaná.

Hé ahì bajo que punto de vista nosotros consideramos el proyecto del Sr. Magariños Cervantes.

III.

Ha aparecido el primer volúmen, poesias originales del autor, mas la lista de autores y obras de escritores de ambas orillas del Plata que dan à la biblioteca su continjente de ideas políticas, de derecho, de historia, de economia, de literatura y poesia. Mas tarde, si la empresa es favorecida, la biblioteca estenderá su mano á las demas repùblicas para que el pensamiento americano bajo todas sus manifestaciones de *idea, sentimiento é imaginacion* segun las latitudes y variedades de este continente,

pueda presentar un conjunto digno de ser ofrecido al primer congreso federal de las Repùblicas.

IV.

El señor Magariños es poeta del dolor.—Así debia ser como hijo de la mas desgraciada quizas de las Repúbliaas del sur.—El libro que empieza la serie de las publicaciones, contiene lágrimas de la juventud en el desierto de la vida, y roncos acentos del patriotismo que combate à la anarquia y à los tiranos.—Pero jamas la desesperacion ha empañado el brillo de sus conceptos.

El pertenece à la causa de la heroica defensa de Montevideo.

"En medio la guerra impia"

se dirije á las matronas y vìrgenes, *"que fundaron y sostuvieron con su cooperacion y labores durante el asedio, el hospital de damas orientales,"* que han conquistado dos coronas.

"Porque à la patria en ofrenda
"Habeis dado vuestros hijos,
"Y salvado en la contienda
"Sus defensores despues."

Para enseñarles siempre cualesquiera que fueren los desvarios y desgracias de sus hijos:

"De patria, guerra y tiranos,
"Virtud, honor, esperanza,
"Resignacion, confianza
"En el supremo Hacedor."

Despues en sus brillantes versos al Aquiles español, Diego Leon, reo político, fusilado por Espartero, la conciencia del poeta es òrgano de la conciencia

universal en la indignacion que producen los atentados de los poderes contra la ley divina de la vida, y que parecen escritos para estigmatizar recientes atentados.

"Escùchame, Espartero! tu miserable encono
Te arrastra á un precipicio, la sangre mina el trono
Mas alto, y al mas grande poder le marca fin!
Caeràs con el partido que al mal te precipita:
Partido que cobarde la gloria decapita,
Se echa un dogal al cuello que le ha de ahogar al fin!

Su ilustre cien cubria la gloria con su escudo
Y si á la ley, osado, faltar el hombre pudo
Ante el patriota y héroe debió callar la ley!
Quizà mañana, imbécil, un déspota estrangero
De nuevo amague á España, y entonces, Espartero,
Ah! si el LEON viviese, dirà la hispana Grey!

Al caer bañado en sangre, Leon tu noble pecho:
Tu acero, prez de Iberia, cayó tambien deshecho:
Las balas desgarraron la enseña nacional!
Pero · · · · bendita sea tu sangre, si es la ofrenda
Postrera, que en las aras de la civil contienda,
La estirpe de Caines ofrece al dios del mal."

Se ve pues cual es y puede ser la influencia de la poesia en la política.

El Sr. Magariños tiene toda la imaginacion y colores del arco iris de la América. Por eso es que quisieramos verlo mas sumergido en el corazon social y político de la democracia.

Dante, el peregrino del *infierno*, del *purgatorio*, y *paraiso*, era precedido por la Beatriz sublime que conociò en Florencia, pero que despues se transfi-

gurò en su mente, hasta identificarla con la *Ideu,* con la Teología, la ciencia suprema de aquel tiempo, con el amor supremo, en cuya contemplacion extático el poeta termina los acentos del poema de la edad media.

Que campo tambien no presentarà para el poeta, la peregrinacion Americana, precedida por la Beatriz transfigurada en Libertad! Colon espera un Isaías. La revolucion su Homero. El sitio un Torcuato—La guerra civil, ese infierno Americano, espera un Dante.

Olvidemos algun tanto las geremiadas del amor juvenil, pàlidos reflejos de Espronceda que nos hostigan en las prensas de la América del Sur. Inmenso campo, colosales asuntos nos provocan. Venga la poesia y el poeta del mundo de Colon.

Sin poder analizar y detenernos mas en el volùmen publicado, no podemos resistir á copiar el "*voto de un amigo*" que nos ha traido à la mente los recuerdos de la patria, envueltos en una aparicion celestial que el poeta caracteriza de este modo y que nos ha hecho recordar los bellos tiempos Italianos, cuando los poetas y aun las ciudades tributaban homenage à las reinas de la belleza.

A TERESA BLANCO DE ECHEVERRIA.

El dia de su casamiento.

"Entre las mas bellas—seductora y bella—
"Del cielo chileno magnífica estrella,
"Que el sol de la Europa, no alcanza à aclipsar;
"Antes que te ligue la nupcial coyunda,
"Mientras que tu rayo postrero me inunda
"De luz y armonia.... déjame cantar."

V.

Cante el poeta, que su canto remontando la escala sublime de Jacob encontrará la verdadera fuente. No es Safo la imàjen de la poesia americana. Hasta hoy con algunas escepciones, empecinada en el dolor de las pasiones, se le puede decir:

"Es fuerza que de tumba
"Le sirva el ancho mar."

La juventud, la belleza, la idea del mundo nuevo, no pueden terminar en la tumba del ancho mar.

Pueblos nuevos, dejemos el bagage del dolor egoista.

La contemplacion del nuevo destino de la América en la Humanidad, està destinada á producir una revolucion en la poesia Americana. Esta poesia puede decirse cuenta dos épocas: la de la Independencia que no recibió su desarrollo y murió en el desencanto de la anarquia;—y la poesia de un mundo intermediario entre las dudas y angustias del presente y las esperanzas del porvenir. El señor Magariños pertenece à esta última, y su obra nos conduce à las puertas de marfil que dan salida al reino de los vivos, despues de haber recòrrido las mansiones Eliseas de los sueños.

Oh, si hubiera una institucion americana, que á semejanza de los juegos olímpicos de Grecia, abriese un palenque á todas las glorias y á todas las cuerdas de la lira.

Sòciabilizar la poesia es salvarla!

Hasta hoy es privada, egoista, ìntima, caprichosa, futil, y aun apesar de la juventud de los poetas lleva en su frente las arrugas del viejo mundo.

¿Creis acaso que si los poetas tuviesen que leer en pùblico sus grandes composiciones, osarian leer las elucubraciones de las pasiones y devaneos de corazones en perpetua plegaria y lacrimoso acento?

Sociabilicemos la manifestacion de la poesía.

Uno de los actos mas bellos que à este respecto conocemos fué la celebracion de un 25 de Mayô en Montevideo, con un certámen acompañado del combate y en el que resultaron premiados Gutierrez, Dominguez y Mármol. Vése allí grandeza, enerjía—. pensamientos y juventud digna de la América. Despues de las producciones de esos poetas, se levanta el canto à la América de Guillermo Matta, la primera poesia que conocemos á la altura de los destinos del continente unido.

En fin, el Sr. Magariños como el antiguo sacerdote abre la *teoria*, inicia la procesion de los vates y pensadores, y da el ejemplo abriendo la marcha y venciendo las dificultades.

Lo dejaremos solo? Sucumbirà su tentativa?

Digamos entonces que no somos dignos de sentarnos al banquete de los Dioses á recibir de manos de la inmortal Hebé, la copa de ambrosia.

Aun mas diremos: el honor literario de nuestras repùblicas está interesado y el egoismo de todo pensador, el interes de todo obrero de la inteligencia, que tiene que redundar en bien de la comunidad, elevando mas alto que la polémica, la tribuna de la palabra americana, en la Biblioteca americana.

FRANCISCO BILBAO.

HORAS DE MELANCOLIA,

Por D. Alejandro Magariños Cervantes.

¡Atràs, almas prosaicas, espíritus positivos y numéricos! ¡Atràs, profanos del sentimiento!

¡Venid acà, privilejiados de Dios, almas sensibles y poéticas que el menor susurro toca, que el menor suspiro hiere, que el menor sonido exalta! Vosotras arpas eòlicas que la brisa mas fugaz de las rejiones sentimentales y poéticas hace vibrar con acordes melodias.

Venid vosotras, sobre todo, privilegiadas mugeres argentinas y uruguayas, trasunto fiel de vuestro nìtido cielo y de vuestra vírgen, feraz naturaleza; venid y permitid que derrame en vuestro pecho, como en una urna metàlica, esas tristes armonias de una lira americana, que produciràn al caer en él repercuciones celestiales.

Las exhàlara un tierno vate en esas horas indecibles de misterioso y tétrico recogimiento del alma, en que herida esta por las suaves reminiscencias de un bien pasado, de una dicha fugitiva, esperimenta esa zozobra dulce y amarga à la vez que llaman melancolìa,"

¡Venid, almas bien formadas, corazones apasionados y sensibles, recorred las pàginas de ese libro!

En ellas encontrareis mas de una làgrima de fuego, mas de una vibracion humanitaria, mas de un alto concepto filosófico, confundidos con las bellezas del arte, con las imàgenes lozanas y bravamente dibujadas de nuestra fertil naturaleza americana. En ellas encontrareis todas las inflecsiones del sentimiento: el amor, la amistad, el entusiasmo; todos

los matices de esa paleta inagotable del poeta, llamada "imaginacion" todos los fúljidos cambiantes de la verdadera poesia del corazon y del espìritu; todas las notas, en fin, del melodioso instrumento rìtmico.

Recorred esas páginas, os digo: y ante sus blandas seducciones, y ante su mùsica elocuente y deleitosa, decidme si es posible echar sobre ellas el árido soplo de la crìtica.

HERACLIO C. FAJARDO.

El pensamiento del Sr. D. Alejandro Magariños Cervantes, ha encontrado mucho éco en la poblacion bonaerense.

Las imaginaciones americanas, poéticas, como hijas de la tierra que mas se presta al bardo para cantar la belleza, ora de sus plateados rios, ora de las montañas cuyos picos se pierden en el espacio; bañadas al pié por las aguas murmurantes de los arroyuelos, ora su vírgen vegetacion; y en fin de mil otros detalles de esa espléndida naturaleza, que inspira tan admirablemente al poeta para sus cantos, no pueden dejar de prestar, deciamos, los hijos de este pais, su apoyo à los compatriotas que se dedican à pulsar la lira de los Homeros y los Tassos.

MANUEL CARRILLO AGUIRRE.

Los esfuerzos de la inteligencia en favor del progreso de los pueblos, son en todas partes otros tantos actos de abnegacion, que no hay encomio con que pueden suficientemente compensarse.

Entre nosotros, pueblos nuevos y desencaminados por las luchas intestinas que retardan su adelanto, trabando á cada paso su marcha, comprimiendo la inspiracion y el genio, cuyas ilusiones hiela un prematuro desencanto, esos esfuerzos son tanto mas dignos de estìmulo y cooperacion. porque se hacen en medio del choque de las pasiones que, como los vientos helados del invierno, queman las flores y secan los arboles; por que se hacen con un fin doblemente humanitario, desde que levantando ellos una bandera de paz en medio del conflicto de los pueblos, tienden á pedir una tregua para el pensamiento, tregua de Dios á que son invitados aquellos mismos que en las primeras filas de los distintos bandos combatientes, llevan la palabra y dirijen la encarnizada contienda; à los que en la tribuna ò en la prensa son el eco de los partidos siempre en pié, y que en el campo de las letras, despojados de su divisa de políticos, forman las lumbreras de la intelijencia y del saber.

He ahi lo que representa para nosotros el pensamiento del Sr. Magariños Cervantes, al fundar la Biblioteca Americana; pensamiento que honra á nuestro ilustrado compatriota y que darà sin duda alguna, grande impulso à la literatura americana, empezando por servir los verdaderos intereses de la de los pueblos que baña el Plata.

Conocido el prospecto de la obra de nuestro ilustrado compatriota y las opiniones que sobre ella han emitido ya personas muy caracterizadas en ambas orillas del Plata, poco es lo que nosotros tendremos que agregar para recomendarle.

Con todo, y mas bien que impelidos por el deber

de la estrecha amistad que nos une al autor de la Biblioteca Americana, por la idea que esta representa para nosotros, por el honor que hace à nuestra patria y por el bien que ha de reportar nuestra naciente literatura con ese hermoso pedestal que uno de sus mas conspicuos obreros se propone levantar, diremos que desde el momento de conocer el pensamiento de tan importante trabajo, aplaudimos con toda la efusion de nuestra alma el celo infatigable, la dedicacion y el amor patriota de la noble mision que se ha impuesto el Sr. Magariños al llevar à cabo la realizacion de la Biblioteca.

Desde aquel mismo momento comprendimos tambien que habia para nosotros un importante deber que llenar, aparte de la justicia del aplauso con que acojimos el pensamiento, y que este èra el de unir el débil concurso de nuestra cooperacion à la obra puesta en planta.

Ese deber es el que hoy nos apresuramos à cumplir por primera vez, no solo recomendando el mérito y la importancia de la Biblioteca Americana, sino exhortando calorosamente à nuestros compatriotas todos à prestar el apoyo que les reclama este trabajo, esencialmente nacional, desde que se trata de levantar con él un monumento literario, en el que nuestro pais tendrà tambien sino las primeras pàginas de gloria, muchas al menos que no serán por cierto escasas de mérito y valia.

La Biblioteca contendrà todas aquellas producciones americanas que de mas mérito se conozcan: con muchas otras aun inéditas, empezando por las de los pueblos del Plata. Todos aquellos que tengan un nombre conocido en el mundo de las letras,

tendràn su derecho à salvo para llevar à la Biblioteca el producto de su injenio, enriqueciendo de este modo mas y mas las pàginas de lo que podrà mas tarde llamarse el Tesoro de la Literatura Americana.

Toca pues, à nuestros pueblos y muy particularmente à los amantes de la literatura y del progreso intelectual, prestar toda la cooperacion debida á tan hermoso cuanto patriótico pensamiento.

En Buenos Aires, donde el Sr. Magariños ha fundado y empezado ya la Biblioteca, ha sido unànime el entusiasmo y la proteccion con que ha sido acojida su obra. Para nosotros ella tiene un título de mas que no puede de cierto sernos indiferente. Este tìtulo es, el de la nacionalidad del Sr. Magariños. ¿Seria digno que su patria, le negase la misma proteccion que le concede el pueblo en que temporalmente reside?

Hé ahi la cuestion que dejamos sometida à nuestros compatriotas, al terminar las breves palabras que nos ha inspirado la Biblioteca Americana.

FRANCISCO X. ÁCHA.

En otro artículo consagrado al exàmen de las obras y autores que figuran en la Biblioteca, y que no transcribimos íntegro por su mucha estension, añadia el Sr. Acha:

Hay que añadir à la lista de los escritores orientales que publicamos ahora por primera vez, el nombre de D. Andres Lamas, à quien ya ha escrito el Sr. Magariños, asi como el de varios escritores no-

tables de la Confederacion Argentina que se encuentran en el mismo caso.

En vista de estos antecedentes, puede ya decirse que la idea que ha precedido à la creacion de la *Biblioteca Americana*, se va realizando con altura y sinceridad y nos es grato trascribir con este motivo algunos breves párrafos de la crónica ó revista del tomo que acaba de ver la luz.

"Nuestra obra es de union y de paz; de un interés general y sobretodo americano: nuestro própositо mas elevado y noble que las miserias y pasiones del momento. A nadie hemos escluido: hemos hecho abstraccion completa de color polìtico de los escritores: hemos pedido *el apoyo de su nombre y de su talento* à todos los que hoy representan algo en el movimiento intelectual de Buenos Aires. Si alguno falta, serà porque no ha podido ó no ha querido responder á nuestra invitacion. Hemos de hacer lo mismo muy pronto en la Confederacion Argentina y en la República Oriental, y mas tarde en otras secciones de América. De lo contrario, la Biblioteca no responderia à una necesidad vital del hemisferio americano, ni realizaria el vastó pensamiento que nos proponemos llevar à cabo.

"Deseariamos que nuestra coleccion fuese una Biblioteca, una Enciclopedia y una Revista á la vez: BIBLIOTECA, por la diversidad de autores; ENCICLOPEDIA, por la homogeneidad y enlace de las materias; REVISTA, ú òrgano autorizado de la literatura americana, por la altura y el nombre de sus redactores, por la originalidad, por el colorido local, reflejo de nuestra naturaleza, de nuestras costumbres, de nuestra vida política y social, y finalmente por la

tendencia fecunda, democràtica y civilizadora de sus pàginas."

La Biblioteca Americana en el Esterior.

Nuestros lectores estàn perfectamente enterados ahora del pensamiento nacional, desinteresado y literario del Sr. Magariños Cervantes. El iniciador de la Biblioteca Americana ha desplegado la bandera de su empresa, haciendo desfilar à la vista del público tos nombres de los colaboradores con que cuenta por ahora.

Esos nombres pertenecen, en su mayor parte, à las ilustraciones hechas y reconocidas de nuestras letras, y los demas tienen à falta de talento indiscutible, la fé en el arte, la voluntad firme, y la conciencia de los estudios.

Con esos elementos se puede hacer mucho, y no nos equivocaremos diciendo, que la Biblioteca no faltarà á lo que promete à sus lectores: lo que si es incierto, es si cumplirá ò no el público con lo que merecen los esfuerzos del fundador de la Biblioteca.

El espíritu sumamente novelero, que es el defecto dominante de nuestra Buenos Aires, como lo ha sido de Atenas y lo es todavia de Paris, acoge con entusiasmo toda creacion recien planteada, y se aleja con suma facilidad de una obra de vastas dimensiones, cuya razon filosófica consiste en su tranquilo y lójico desarrollo.

Asi no dudamos de la proteccion á las primeras pàginas de la Biblioteca Americana, pero deseariamos que todos comprendiesen hasta donde alcanza el pensamiento del hombre, que quiere ser á la vez

el compilador, el enciclopedista, y el biógrafo de esa vigorosa y jóven literatura de nuestras Américas, dàndole el pan intelectual de una publicidad elegante, fácil y barata.

Despues de estas reflecciones, hechas de paso, llegamos à nuestro objeto presente, que es la importancia de la Biblioteca Americana en el viejo mundo. Si esa obra se lleva à cabo, constituirà para las civilizaciones de la Europa toda una revelacion. Nuestra literatura que se levanta apenas nacida, armada de punta en blanco como la Minerva oriunda del cerebro de Júpiter, que espresàndose en el idioma de los Dioses, lo modifica segun los instintos democràticos y progresistas de nuestras institucines republicanas, que añade el ímpetu de la adolescencia à la serenidad de las fórmulas castellanas, y sin ser menos poética presenta tendencias mas filosóficas, mas atrevidas que la literatura de la madre Patria, debe conseguir en el viejo mundo un éxito grande, como curiosidad y como interés sério á los ojos de la gente reflexiva.

Nuestras sociedades hirvientes aun en su propia sangre, aparecen tras del oceáno atlàntico como una tradicion prolongada de las épocas homéricas, como el despertar de la libertad y del pensamiento al salir de las tinieblas de la edad media; pero por lo mismo, abundan los hombres ilustrados, instruidos en casi todas las materias, que en medio del sueño dorado y de las facilidades sin número que les prodiga la civilizacion, no han profundizado las cuestiones trasatlànticas, y no sospechan, siquiera, la décima parte de los adelantos que tenemos ya cnoseguidos entre nosotros.

A esos hombres serà, como lo deciamos, toda una revelacion, la aparicion de una biblioteca, compuesta de poetas, filósofos, relijiosos ó escépticos, de periodistas, de economistas, y en fin, de todos esos productores que podrian haber labrado y sembrado las ideas en los sulcos de la mas adelantada civilizacion.

Ese resultado lo esperamos y talvez lo vaticinamos, pero para que tome todas las dimensiones que le pertenecen, es indispensable que la prensa americana, esa ave de voz sonora, y raudas álas que atraviesa con su vuelo atrevido los espacios, para llevar á Europa las noticias de nuestra civilizacion y los triunfos de nuestras libertades, anuncie al viejo mundo, sin énfasis, pero tambien sin falsa modestia, el nacimiento y la realizacion ya robusta del pensamiento de Don Alejandro Magariños Cervantes.

Carlos Maria de Viel Castel,

Cerraremos esta coleccion de artículos con algunos párrafos de otro de D. Juan Càrlos Gomez, escrito à propòsito del Ateneo.

Plácenos dejar consignadas sus ideas, respecto del papel que la literatura desempeña en la vida y en el porvenir de los pueblos. Sobre todo, cuando la *literatura en campaña*, á la que segun parece, hemos sido destinados, en espiacion de algun desaguisado, sin duda; no es precisamente, aunque lo diga San Juan ó San Carlos, *prima* ni cuñada de la literatura *fusionista*, como quien dice en situacion de remplazo, ò pacífica; esa horrenda sierpe (la

literatura en campaña) que, segun el Redentor del Nacional, queria derramar su veneno entre la juventud inocente é incauta del Ateneo! *Horresco referens*!!!

"El mismo se hizo la ley....
Mandad, Señor, que le ahorque,
Porque en los prados del rey
Hay quien los cardos aporque."

Punto final, dejemos dormir en paz à Quevedo, y basta de bromas: he aqui los pàrrafos que en verdad valen la pena de leerse.

"La gloria literaria es la inmortalidad del alma de los pueblos.

Alejandro daba batallas para que lo celebrasen los atenienses, porque el gran conquistador sabía bien que sin la aureola de la literatura no hay para los pueblos y los jénios esa media pàjina en la historia universal que à otro conquistador quitaba el sueño.

Grecia y Roma deben à sus filósofos, à sus oradores, à sus juriconsultos, à sus poetas la espléndida brillantez de su renombre. Sin ellos Maraton y Zama, apenas serian matanzas oscuras y bàrbaras, como tantos otros combates de otros pueblos que casi se ignoran.

Tantos pueblos de la antigüedad han perecido en la oscuridad de los tiempos por no haber tenido un orador ni un poeta, y si Persia y Cartago se recuerdan deben su renombre á haber merecido el honor de ser derrotadas por las patrias de Homero y de Virjilio.

Sin gloria literaria no hay verdadera importancia para los pueblos.

Sin genio literario la opulencia de las naciones es un grosero materialismo, que desaparece al primer amago de adversidad, y su fuerza un poder efímero, que postra la primera contrariedad del destino.

Pueden los que se llaman hombres positivos mirar en menos à la literatura, tener làstima de los poetas, fastidiarse de los oradores, abominar à los publicistas. Nada es sin embargo mas positivo y mas real que la importancia de la gloria literaria, como nada es mas positivo y mas real que el alma, sacrificada todos los dias y por todos à las meras exijencias del cuerpo, que debe ser muy luego un cadàver.

Que seria de Dante, Milton, Cervantes, sino hubiesen escrito la Divina Comedia, el Paraiso Perdido y el Quijote? Saben muchos hoy que el uno fué un notable de Florencia, Secretario de Cromwell, el otro, y soldado de Lepanto el último? Si lo saben es por el interés con que la admiracion por su genio hace buscar las menores anécdotas de su vida.

La juventud de Buenos Aires ha tenido la intuicion de estas verdades, y con el entusiasmo de estas grandes cosas, que anima siempre à la juventud, ha acometido la empresa de despertar el entusiasmo por la literatura y marchar à la conquista de ese vellon de oro de la gloria literaria, sin la cual no hay patria, digna de este nombre.

¿Responderà la época à su esfuerzo? ¿Se esterilizarà en la indiferencia general su iniciativa, como

tantas otras que han golpeado à la puerta del sentimiento público?

Quien sabe, pero no por eso es menos laudable el empeño, no por eso son menos acreedores al estìmulo de todos los que comprendan cuanto habia de grande y de bello para la patria en la realizacion de sus aspiraciones.

....

"Actos como la inauguracion del Ateneo crean en el pueblo el amor á las amenas producciones del talento, y ese sentimiento de lo bello, que es hoy impresion, y mañana recuerdo, viene á constituir en su memoria una tradicion literaria, que puede adormecerse por un espacio de tiempo, pero vuelve á despertar en cualquier momento para convocar á otra olimpiada á los bardos amados por el pueblo.

Cualquiera que sea el éxito de la asociacion, la semilla queda en el sentimiento popular, tierra fecunda en que ninguna noble aspiracion deja de jerminar, con el tiempo.. ..

Manifestaciones de està naturaleza fueron las que perpetuaron en la memoria de las jeneraciones la grande época de Rivadavia, reflejada por las reminiscencias como el bello ideal que contrastaba con la deformidad de la tirania, y hàcia el cual guardaron siempre la esperanza de encaminarse un dia.

Adelante juventud! Ojalá pueda la jeneracion que nos suceda ceñir la corona de la gloria literaria en la frente radiante de la libertad del Plata!

(Nacional del 13 de Setiembre.)

JUAN CARLOS GOMEZ.

LISTAS DE SUSCRIPCION.

ESTADO DE BUENOS AIRES.

Suscriptores en la capital.

Exmo. Sr. Dr. D. Valentin Alsina.
General D. José Matias Zapiola.
Colonel D. Bartolomé Mitre.
Dr. D. Aurelio Palacios.
" Adolfo Soldeaux.
" Aurelio French.
" Adriano Rossi.
" Adolfo Mata.
" Antonio Somellera.
" Antonio Benguria.
" Abelardo Baez.
Dr. " Amancio Alcorta.
" " Asiclo Cabot.
" Augusto Gonzalez.
" Bernabé Saenz Valiente.
" Benjamin Araus.
" Benjamin Medeyros.
Dr. " Bernardo Yrigoyen.
" Bernardo Castañon.
" Cipriano Noguera.
" Candido Lapuente.
" Cornelio Villar.
" Costant Santa Maria.
Dr. " Carlos Tegedor.
" Carlos Fajardo.
" Carlos Guido.
" Carlos Encina.
" Carlos Paz.

D. Carlos Saavedra Zavaleta.
" Carlos Casaballe.
" Cosme Martin.
Dr. " Eduardo Acevedo.
" Estevan Abraham Gonzalez.
" Emilio Capdevila.
" Eduardo Taylor.
Dr. " Eduardo Costa.
" Eduardo Eastman.
" Emilio Pazos.
" Eduardo Rodriguez.
Dr. " Estevan Moreno.
Dr. " Esteves Sagui.
" Eduardo Munilla.
" Eduardo M. Quintana.
" Epifanio Martinez.
" Federico Mejias.
Dr. " Fermin Ferreyra y Artigas.
Dr. " Fernando Cordero.
" Felipe Senillosa.
" Francisco Bilbao.
" Felipe Vela.
" Federico Toledo.
" Federico Berro.
" Fabian Vazquez.
" Francisco Lopez Torres.
" Felix Egusquiza.
Dr. " Florencio Garrigós.
" Francisco Esteves.
" Federico Silva.
" Feliciano Cajaravilla.
" Guillermo Stwart.
Presbitero " Gabriel Fuentes.

Dr. Gonzalez
D. Heraclio C. Fajardo.
Dr. " José Barros Pazos.
" José Màrmol.
" José Perez Mendoza.
" José M. Otamendi.
" Juan José Alsina.
" Juan Luciano Miguens.
" José M. Miguens.
" José Maria Cantilo.
" José Yturriaga.
" Juan T. Rivera Yndarte.
" José Maria Lafuente.
" Juan J. Coquet.
" José Olavarria.
" Juan Madero.
" José Pico.
" José Mariano Echeverria.
" José Vela.
" J. S. Galup.
" Luis Obligado.
" Luis Costa.
" Luis Casalla.
,, Luis Artayeta.
" L. Gauna Rivas.
Dr. " Miguel Garcia Fernandez.
" Mateo Martinez.
" Manuel R. Trelles.
" Miguel Navarro Viola.
" Mariano Lozano.
" Miguel Azcuénega.
" Marcos Sastre.
Dr. " Maria S. Mendeville.

Sr. Marqués de Forbin Janson, cònsul de Francia.
Dr. D. Mariano Pinedo.
" Manuel Letamendi.
" Mariano Artayeta.
" Magdalena Elegalde.
" Miguel Ortega.
" Octavio Garrigòs.
" Pedro José Acevedo.
" Plàcido Màs.
Dr. " Pedro Palacíos.
" Patricio Rocha.
" Pedro Vivar.
" Pedro J. Llambi.
" Pedro Petrochi.
" Pastor S. Obligado.
" Pedro Espinosa.
" Palemon Huergo.
" Ramon Rezabal.
" Ramon Muñiz.
" Rafael Pividal.
" Rufino Varela.
Dr. " Sixto Villegas.
" Tomàs Paoletti.
" Tomàs Taylor.
" Tomàs Gutierrez.
" Tomás Castro.
" Walterio Bradley.

San José de Flores.

D. Bartolomé Vivot.
" Carlos Casanova.
" Gervacio Zapata.

D. Guillermo Rodriguez.
" Isidro Silva.
Dr. " Justiniano Diaz Velez.
" Martin Farias.
" Rufino Forneguera.
" Ventura Martinez.

Dolores.

" Alejos Grimo.
" Augusto Shaws.
" Antonio Alvarez.
Dr. " Càrlos H. Correa.
" Cipriano Muñoz.
" David Wilson.
" Eugenio Debantes.
" Eduardo Revilla.
" Floriano Delgado.
" Honorio Ginbeante.
" Isidoro Bergeiro.
" Juvenal Rico.
" Juan Amaral.
" Juan Amesaga.
" José Ferreyra.
" Joaquin Arriola.
" Juan Silva.
La Municipalidad.
" Manuel Castro.
" Manuel Sanchez.
" Manuel Ferreyra.
" Manuel Britos.
" Nicolas Muñoz.
" Pedro Barra.

Navarro.

D. Juan Maunovich.
" Lucas Lubo.
" Rufino Bovitinieu.

Arrecifes.

D, Felipe Ulloa.

Pergamino.

" Francisco Romero.
" Juan A. Goicolea.
" José Cidra.
" Luis Píndola.
" Marcelino Fernandez.
" Mariano Echeverria.
" Pedro José Acevedo.
" Pedro Fernandez.
" Segundo Acevedo.

San Andres de Giles.

D. Baltazar Bradley.
" Pedro Cordova.

Fortin de Areco.

D. Adolfo Canaveris.
" Juan Pietronave.
" Ramon Castilla.

San Nicolas de los Arroyos.

Prefecto Dr. D. Alvaro Barros.
" Antonio Conceicao.
" Alejandro Heredia.
" Antonio M. Juares.
" Andres Listas.
" Casto J. Guiñazú.
" Càrlos Ferreira.

" Domingo Silva Guimaraens.
" Domingo Ballesteros.
" Emiliano Sanchez.
" Elias del Valle.
" Francisco Diaz.
" Francisco R. Abaca.
" Francisco J. Ramirez.
" Francisco Gastiaburu.
" Faustino Guiñazú.
" Federico Garcia.
" Hipòlito Quiroga.
" Justo Ubeda.
" José Vergara.
" Juan J. Pastor.
" Juan Andres Figuerego.
" Juan Antonio Casacuberta.
" José Luis Saavedra.
" Luis Arzac.
" Meliton Garcia.
" Mariano Moreno.
" Melchor Echagüe.
" Norberto Ruzi.
" Pedro J. Llovet.
" Pedro Barros.
" Pedro Lavaysse.
" Rufino Ruiz.
" Segundo R. Garcia.
" Santos Hernan.
Dr. " Tomas Caballero.
" Tomas Aquino Contreras.
" Tomas Acevedo.
" Wenseslao Romero. (hijo)

CONFEDERACION ARGENTINA

Parana.

D. Camilo Idoate.
" Emiliano Garcia.
" Eusebio Ocampo.
Coronel " Gerónimo Espejo.
" Ildefonso Alvarez.
" José Ciriaco Hernandez.
" Jorge Alzogaray-
Dr. " Juan Maria Gutierrez.
" Lucio V. Mansilla.
Dr. " Miguel Vidal, Delegado Apostòlico.
" Manuel Gonzalez.
" Pedro Diaz Rodriguez.
" Saturnino Herrera.
Dr. " Teófilo Garcia.

Rosario.

D. Angel Chereti.
" Antonio Aguirre.
" Antonio Zorrilla.
" Antonio Zubelzú.
" Bernardino Alvarez.
" Claudino Campos.
" Càrlos Gorze.
" Camilo Aldao.
" Clodomiro Arteaga.
Dr. " Conrado Rucker.
" Damian Pereyra.
" David Lopez.
Dr. " Ernesto Velasco.
" Eloy Esquivel.

D. Emiliano Frias.
" Eugenio Bustos.
" Elias Nicklison.
" Eugenio Perez.
" Federico Somoza.
" Froilan Ortiz.
" Federico de la Barra.
General " Gregorio Paz.
" Gundisalvo Figueroa.
General " Hilario Lagos.
" Ignacio Toro.
" José Padù.
" José Caminos.
" José Maria Cortina.
" José Matias Gutierrez.
" Juan Tartabull.
" José Agustin Gutierrez.
" José Gubeono.
" Juan Solares.
" Jose Maria Echagüe.
" Luis Argiriffo.
" Meliton Soto mayor.
" Mariano Rivero.
" Martin Fragueiro.
" Marcelino Freyre.
" Nicacio Oroño.
" Octavio de la Barra.
" Pomplio F. Pizarro.
" Pedro Virasoro.
" Saturnino Paramo.
" Tomàs Butler.
" Vicente Loysaga.
" Vicente M. Zorrilla,
" Vicente Salas.

REPUBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY.

MONTEVIDEO.

Dr. D. Adolfo Rodriguez
" Adolfo Pedralves
" Antonio Montero
" Aurelio Berro
" Ambrosio Fernandez
" Andres Sanchez
" Aureliano Rucker
" Aniceto Graseras
" Andres Gomez
" Antonio V. Fortegato
" Agustin Castro
" Antonio M. Marques
Dr. " Antonio Carreras
Dr. " Ambrosio Velasco
" Antonio Tanvolara
" Alfredo L' Eyeré
" Avelino Lerena
" Benjamin Ellauri
" Benigno Perez
" Benjamin Vazquez
" Cayetano Bover
" Cristoval Salvañack
" Carlos Narizano
" Carlos Juanicò
" Carlos M. Marquez
" Carlos Horne
" Dionisio Coronel
" Emilio Berro
" Eduardo Ricordi
" Estevan Antonini

D. Emilio Castellanos
" Exequiel Perez
Dr. " Enrique Muñoz
" Emilio G. Fernandez
" Ernesto Carreras
" Francisco Araucho
" Florencio Pinilla
" Facundo Zubiria
" Francisco Aguilar
" Francisco Tezanos
" Francisco G. Cortina
" Francisco Darrua
" Francisco Martinez
" Francisco Thomas
" Francisco Agell
Dr. " Florentino Castellanos.
Dr. " Francisco A. Vidal.
" Gaspar Reyssig.
" Gerónimo Toribio.
" Gerónimo Olloniego.
" Gabriel Munilla.
" Hermenejildo Fuente.
" Ignacio Madriaga.
" Isidoro Forteza.
" Ipolito Galliñal.
Dr. " José Vasquez Sagastume.
" José M. Zuviria.
" Juan Lucero.
" Julio Mendeville.
" Juan Ramon Gomez.
" José Maria Gallardo.
" Juan Manuel Lasota.
" Juan Furriol.

D. José Maria Martos.
" José M. Paez.
" Javier Alvarez.
" Juan Yldefonso Blanco.
" José Agustin Iturriaga.
" Juan H. Buggelù.
" Juan Buero.
" Justino R. Garcie.
" Juan A. Lavandera.
" José A. Pozolo.
" Jacinto Párraga.
" Juan José Errasquin.
" Juan Martin Machado.
" Juan Antonio Caravia.
" José Maria Peñalva.
" Juan Peñalva.
" Julian Paz.
Dr. " Juan Madera.
" Juan Francisco Rodriguez.
Dr. " Joaquin Requena.
Dr. " José Félix Antuña.
" José Maria Reyes.
" Juan de la Cruz Arrien.
" Lucas Moreno.
" Lorenzo Garcia.
" Luis Lerena.
" Lindolfo Spikerman.
" Leandro Gomez.
" Lino Maciel y Sostoa.
" Laurentino Jimenez.
" Leopoldo Gard.
Dr. " Manuel N. Tapia.
" Manuel V. Pereira.

" Manuel Acosta y Lara.
" Marcos Baeza.
" Nicolas Ojer.
" Nicolas Pozolo.
Da. Otilia Fajardo.
Dr. D. Octavio Lapido.
" Prudencio Echevarriarza.
Dr. " Patricio Vazquez.
" Pedro P. Bermudes.
" Pedro Vizcaino.
" Pedro de Nava.
" Pedro Marquez.
" Pedro A. Gomez.
" Pedro Luna.
" Rafael Sipitria.
" Ramon Dominguez.
" Ramiro Carreras.
" Salvador Garcia.
" Tomàs Villalba.
" Teodoro Britos.
Dr. " Tristan Narvaja,
" Tristan Malbran.
" Vicente Jidel Lopez.

Tacuarembó.

D. Antonio Avella.
Juez de Paz " Gaspar Fuentes de la Hanty.
Coronel " Jacinto Barbat.
" Miguel Jofre, secretario de la J. E. A.
" Pedro Chucarro, gefe polìtico.
Mayor " Nicolas Marfetan.
" Serafin Duarte, vice-cònsul brasilero.

Salto Oriental.

D. Angel Texo.
" Camilo Vila.
Coronel " Diego Lamas.
" Dionisio Trillo.
" Francisco Llovet.
" Francisco Gonzalez.
" Juan Francisco Rodriguez.
" Mariano Cabal.

Paysandú.

D. Abel Legar.
" Antonio Mendoza.
" Antonio Bablista.
" Adolfo Lapuente.
Coronel " Basilio A. Piuilla.
" Bernardo Duji.
" Carlos Català.
" Domingo Castellanos.
" Domingo Mendilarsú.
" Emilio Braña.
" Federico Gonzalez.
" Francisco Sinistry.
" Fulgenìco Moreira.
" Felipe H. Iglesias.
" Ijidio Ironday.
" José Lizaur.
" Jorge Castillo.
" Luciano Fraga.
" Leopoldo Arteaga.
" Lorenzo de Llantada.
" Miguel Horta.
" Manuel Cerros.

D. Mariano Pereda.
" Pedro Alvarez.
" Ramon Garcia y Arguibel.
" Ramon Taig.
" Santiago Brian.
" Tomas Debarbiere.
Dr. " Vicente Mongrell (1).

Se vé, pues, que la Biblioteca tiene inscriptos en efecto, CUATROCIENTOS CUARENTA suscriptores, la mayor parte personas muy conocidas en sus respectivas localidades y recomendables por sus luces, su posicion social, ó su fortuna.

Cerramos estas listas el treinta de Setiembre, y si se tiene en cuenta que faltan aun las de algunos de los pueblos mas notables del Estado de Buenos Aires, la República Oriental y la Confederacion Argentina, de donde se nos han hecho pedidos y à donde hemos enviado ya cerca de trescientos volúmenes, se comprenderà que hubieramos podido, sin faltar à la verdad, añadir al menos la mitad de esa suma al número anterior de suscriptores. Estos, segun un cálculo aproximado, deben pasar ya de SEISCIENTOS.

Con todo y para no usar del *puff* ò farsa, conveniente solo para los que necesitan apelar á indignas supercherias à fin de hacer creer al pùblico lo que no existe, nos hemos limitado à la cifra de cuatrocientos cuarenta suscriptores, segun aparece de las

(1) Los individuos que falten, ó cuyos nombres esten equivocados, se serviràn avisar en el punto donde se hayan suscrito, y oportunamente se salvarà la omision ó el error en las listas sucesivas.

cópias que nos han remitido los libreros de Buenos Aires y nuestros corresponsales del Exterior.

Y sin embargo—triste verdad que muchos de nuestros lectores no comprenderàn!—para que la Biblioteca pueda, no ya compensar el trabajo que ocasiona, sino para hacer frente à sus gastos de impresion, administracion, correspondencia, transporte etc. etc.; para que pueda anticipar erogaciones considerables, popularizarse, mejorar su parte material, marchar con toda regularidad, y ofrecer à los autores un estìmulo ò compensacion, que contribuya à vencer el desencanto que se ha apoderado de la mayor parte de ellos, ante *el coloso de la indiferencia pública*, la Biblioteca necesita por lo menos quinientos suscriptores fijos solo en Buenos Aires y en Montevideo, es decir, en el centro de la publicacion y en la ciudad mas cercana y que tan dignamente ha correspondido à sus tradiciones literarias (1). Con una base semejante, mucho podria hacerse. La suscripcion parcial y diseminada en grandes distancias, espuesta al estravìo de tomos, desidia de los agentes, etc. aunque sea muy considerable, representa à menudo valores negativos.

Problema es este cuya esplicacion exijiría algunas pàginas, y nos falta hoy tiempo y humor para escribirlas.

Por fortuna, abrigamos fundadas esperanzas de interesar cada dia mas y mas en nuestra empresa á las dos capitales del Plata, y doblar en breve el nùmero de los que en ellas nos favorecen. *Para eso, contamos principalmente con la propaganda de*

(1) Vease la nota final.

nuestros mismos suscriptores. No hemos publicado aqui mas que un tomo, (los Estudios Historicos se imprimieron en Paris) y ya hemos obtenido los resultados que acaban de verse. El tiempo y el mérito de las obras que publiquemos, haràn lo demas.

La opinion pública esta formada, gracias al talento y al noble concurso de nuestros colaboradores y amigos en la prensa; el editor de la Biblioteca està dispuesto à justificar la confianza con que le honran luchando contra las dificultades hasta donde alcancen sus fuerzas. El sabe que sus compañeros *no han de dejarle solo en la palestra.* Confia en la benevolencia é ilustracion de sus favorecedores, cuando obstàculos insuperables vengan à entorpecer su marcha: cuenta ya con algunos escelentes corresponsales, y va, aunque lentamente, adquiriendo otros nuevos. Las simpatias á su idea se traducen do quiera en hechos, que levantarian su alma, si esta pudiese fácilmente dar cabida al desaliento, y pronto la marea de la suscripcion desbordandose como el Plata, harà flotar y llevará à otras regiones, triunfante y con todas sus velas desplegadas, al bajel, hoy detenido en la orilla, de la Biblioteca Americana.

Tal vez sea demasiada presuncion por su parte abandonarse à estas ilusiones; pero, ay! del que se lanza á la batalla y no confia ciegamente en la victoria! Ay! del que no cree en la profunda verdad tan bien espresada por el cantor de la Araucana:

"Siempre de quien se atreve mas el triunfo ha sido:
"Quien no espera vencer, ya está vencido."

A. M. C.

Buenos Aires, Octubre 1.° de 1858.

NOTA DE LA PAGINA 302—En una carta que tenemos á la vista de nuestro buen amigo D. Job Cantaclaro, escrita con la atrabilis que caracterizan sus producciones, encontramos los siguientes periodos, que transcribimos à causa de su estravagante originalidad y reclamando la indulgencia del lector, en gracia de ser un *jorobado* el que habla, y suponer que carecemos de suscritores.

"En honor de la verdad, dice él, dando al César lo que le corresponde, y sin hablar de la suscripción de la ciudad de Montevideo que iguala á la de la ciudad de Buenos Aires, cuya poblacion y riqueza son tres veces mayores, como Vd. y otros saben ó deben saber, prevéngale, amigo, al Sr. Sarmiento, que la Atenas del Plata, sin duda por un capricho de niña mimada, no se ha conservado esta vez à la altura de su reputacion. Sea dicho sin ofender à nadie, por via de apercibimiento ó amonestacion, y como quien no quiere la cosa, agradeciendo doblemente, como es justo, la bondad de aquellos de sus hijos, que no se han mostrado indiferentes "al lustre de las letras argentinas."

"Oh Atenas! oh gran capital del Sud! qué dirán de tí las gentes, y sobre todo los poetas vocingleros que te colocaron à la vanguardia de la civilizacion hispano-americana, (1) cuando sepan que San Nicolas de los Arroyos ha hecho en esta ocasion solemne, relativamente cien veces mas que tú?

"Y el Paranà comparado con el Rosario?....otro desencanto!

"Vamos, el mundo dà un estallido, es decir, la Biblioteca se hunde, por mas ilusiones que Vd. se haga, si en adelante predomina el pésimo gusto de no leerla sino de *ufa*, merced á la terquedad da la raza perversa y contumaz (en eso de no suscribirse) y por lo tanto escomulgada! raza insociable, peor que Calfucurà (tratàndose del bolsillo), que no dà culto á Santo To_

---

(1) Alusion à las palabras con que termina nuestra cronica anterior.

mas, sino à Nuestra Señora del Triunfo y à San Damian, como descendiente que es en línea recta de D. Nicodemus Nihildemus Nones, Gorra y Valdivia, nieto del famoso licenciado Cabra, de horripilante memoria, como puede atestiguarlo el infeliz Lazarillo de Tormes, víctima inocente de su laceria fenomenal y superlatíva."

No seguimos copiando por temor de que algun necio tome à lo serio esta broma inofensiva, propia de un autor sin lectores, ó lo que es peor, sin compradores de sus libros, como probablemente le sucede al buen Cantaclaro.

Es sabido que no hay cosa mas *irritabile* que un autor defraudado en sus *cálculos alegres*, y en sus mas bellas esperanzas. No es suya la culpa.

Esperamos que las presentes listas y las nuevas que publiquemos, modificarán sus severas apreciaciones, respecto de los que puedan ó quieran considerarse aludidos. No se ganó Zamora en una hora.

INDICE.

Pájinas.



